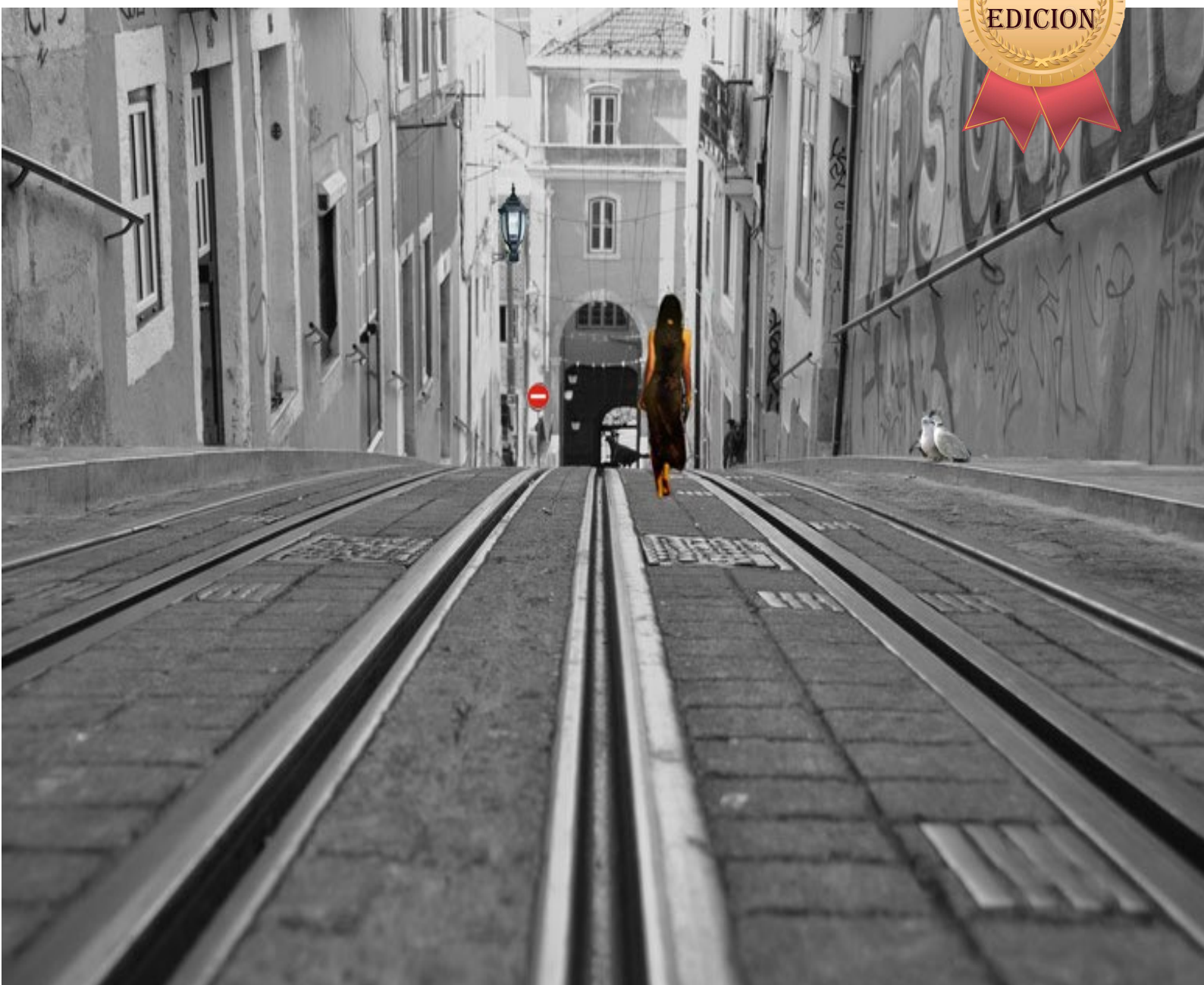


Ángel P. García Díaz

POLÍTICAMENTE INCORRECTOS





Ángel Pedro García Díaz nació en Madrid en octubre de 1946.

Nacida la nueva Ley de Prensa de 1966 dejó a un lado los estudios de arquitectura tentado por ver la ropa interior del mundo empresarial. No le atrajo mucho lo que vio, pero era demasiado tarde. Como director de marketing perteneció al comité de dirección de tres multinacionales.

Terminada su etapa de ejecutivo en la salvaje sociedad de consumo se dedicó a malgastar el tiempo en su verdadera vocación, que no es otra que contar historias:

Vivir sin decir Te Quiero

Un Espíritu Exigente

Fábulas y Poemas para después de una Guerra

Políticamente Incorrectos

Yo fui conductor de Limusina

El Baúl de la Piquer

POLÍTICAMENTE INCORRECTOS

Ángel P. García Díaz

DEDICATORIA:

A mi familia, a mis amigos, y a todos aquellos que murieron defendiendo sus ideas

POLÍTICAMENTE INCORRECTOS

Ángel P. García Díaz

REGISTRO TERRITORIAL DE LA PROPIEDAD
INTELECTUAL DE LA COMUNIDAD DE MADRID

Primera Edición:

Número de Asiento Registral: 16/2016/4113

Fecha: 3 de octubre de 2016

Segunda Edición:

Número de Asiento Registral: 16/2021/1189

Fecha: 23 de febrero de 2021

La mentira es el arma más efectiva de la revolución

Capítulo I, Madrid año 2015

Que trata de lo «Políticamente Incorrecto»

En un lugar de esta castigada y sufrida España, de cuya Guerra Civil no quiero acordarme, existen ciertos hidalgos de nobleza «no titulada» que pasando a la historia la tan criticada Dictadura franquista se ensalzaron como víctimas del totalitarismo genocida militar y fascista que en 1936 se puso al servicio de la Iglesia y el imperialismo oligarca y burgués que trató, a golpe de bombarda y fusil, liquidar el comunismo y esclavizar a la sociedad obrera, proletaria, libertaria y trabajadora.

Según el artículo primero de la ambigua Constitución republicana de 1931:

«España es una República democrática de trabajadores de toda clase que se organizan en régimen de Libertad y de Justicia»

Para la Segunda República sólo existían los «trabajadores de toda clase» el resto de los españoles debían sufrir las drásticas reformas republicanas sin oponerse por Ley a la expropiación de sus bienes y heredades para que la riqueza estuviera mejor repartida.

Las damas que pertenecían a la clase media, a la burguesía y la nobleza no estuvieron dispuestas a repartir el contenido de sus joyeros con las lavanderas de la ribera del Manzanares y esta insolidaridad capitalista impulsó las condiciones ideales para desatar el revanchismo popular y revolucionario de los que decían sentirse oprimidos por la que no reconocían como «su sociedad» sino la sociedad burguesa de la derecha fascista.

Los 36 años que estuvo en el poder la «dictadura franquista» dio la coartada perfecta a los que pretendían construir su «Paraíso Comunista en la Tierra» para convertir a España en un país acomplexado sometido a pedir perdón a los que no tenían derecho a reclamarlo. Ser blanco, heterosexual y cristiano es ser «Políticamente Incorrecto».

—Tengo amigos que todavía se relacionan conmigo. A pesar de que mi vida se ha complicado lo suficiente para poner en peligro mi reputación.

Decía un hombre de carácter bondadoso que había dejado atrás los que para muchos serán los inalcanzables noventa. Estaba sentado junto a otras tres personas en la terraza de un bar del Paseo de las Acacias, cercano al «pasillo verde de Madrid».

Tres curiosas copas de vino contemplaban a una jarra de cerveza sin atreverse a preguntar por qué la persona sentada a la izquierda del que hablaba ponía dentro de la cerveza un vaso muy pequeño con un chupito de vodka. Tampoco consideraron decir nada cuando el nonagenario tomó un ligero sorbo de vino de una de las copas y continuó:

—»Para los «políticamente correctos» soy un reaccionario xenófobo porque valoro mi cultura y propia identidad.

Se llamaba Serafín Díaz Carreño. Se había jubilado tarde. Le recomendaron hacer una jugada empresarial para sortear las elevadas cantidades que debía pagar a cada uno de sus empleados si cerraba su empresa. No quiso. La mayoría trabajaban con él desde sus comienzos y todo el patrimonio que pendía del árbol de la empresa les pertenecía en parte también a ellos. Les ofreció quedarse con la empresa y con todos los clientes más una discreta cantidad que les permitiera continuar con el negocio, pero no aceptaron.

Nunca tuvo el suficiente dinero para hacer frente a las indemnizaciones, debido a eso tuvo que aguantar hasta que no pudo más, su salud y la pérdida de Palmira, su mujer, le obligó a convertir en dinero su patrimonio, indemnizar a sus colaboradores y apartarse definitivamente del negocio. Ahora vivía en un pequeño pisito cercano a la glorieta de Embajadores... para tener» a mano el Metro.

No aceptó vivir con ninguna de sus hijas, aunque se llevaba muy bien con sus yernos. Tampoco con sus hijos, sus nueras no le aguantaban y él no aguantaba a sus nueras. Vivía de su pensión y unos pequeños ahorros que latían al mismo compás que su vida, así que ambas cosas terminarían a la par, lo había calculado.

Para él su club era la farmacia del barrio, la visitaba a menudo. Desayunaba en el bar, poca cosa con un café con leche. Para todo lo demás estaba asistido por una señora ecuatoriana —para todo lo demás relacionado con la intendencia del hogar—, nada de sexo, principalmente porque con noventa y dos años para él ciertas cosas estaban a la altura de la Luna, inalcanzables. Para la señora ecuatoriana tampoco, su último orgasmo fue cuando el Atlético de Madrid ganó el doblete.

—Aquellos que se creen demasiado inteligentes como para involucrarse en la política reciben su castigo al ser gobernados por otros que son mucho más tontos que ellos.

Intercaló en la conversación quien estaba a la derecha del señor Díaz Carreño.

—¡Me encanta! —exclamó Serafín—. ¿Quién dijo eso?

—Platón, el filósofo griego que fundó la Academia —respondió Chencho levantando la cara como si Platón hubiera sido su tío abuelo.

Inocencio García Pulgar había sobrepasado recientemente los sesenta años. Para los que le conocían era Chéncho porque sólo usaba corbatas de lazo, como el diplomático español Chéncho Arias. Tenía una curiosa afición: mientras hablaba hacía avioncitos, barquitos y pajaritas con cualquier papel que caía en sus manos, incluso con los billetes con los que pagaba las cuentas en el bar, provocando la admiración de algunos, y el cabreo de los que tenían que deshacer el trabajo para meter los billetes en la caja. Durante la Dictadura trabajó como periodista gráfico para la Prensa del Movimiento, por lo que llegada la democracia fue liberado de su penoso trabajo por los que aseguraban ser «demócratas de toda la vida». Como represaliado intelectual iba de trabajo en trabajo esperando conseguir los mínimos méritos que le permitieran retirarse con una modesta pensión.

—Soy blanco, lo que me hace un racista —dijo Chéncho después de haber tomado un sorbito de vino—. No pertenezco a ningún sindicato, por lo que soy un traidor a la clase obrera, como no voto a la izquierda, soy un opresor fascista.

—Además de otros defectos —dijo Víctor el tercero de los tertulianos que estaba sentado al otro lado de la mesa, justo enfrente de Serafin.

Víctor Sánchez Lara hacía footing a diario para llegar lo antes posible a los setenta. No era judío, pero como el «violinista en el tejado» estaba sujeto a la inestabilidad que proporciona tener que sujetar el violín con la izquierda y sacarle música con la derecha. Era un empresario que había heredado la empresa de reformas y construcciones de su padre. De él dependían ahora los vagos de la familia Sánchez y parte de los vagos de la familia Lara, además de cien obreros fijos y veinte pequeñas empresas similares a las que subcontractaba para realizar sus obras. Según él era socialista, pero era un socialista atípico porque iba regularmente con su familia a la iglesia y se emocionaba escuchando el himno nacional.

—Sí, además de otros defectos —convino Chéncho mientras hacía pajaritas con las servilletas del bar.

—Entre otros que perteneces a la casta de los corruptos periodistas franquistas que mantuvo oprimida a la sociedad con una vergonzosa Ley de Prensa que recortaba las libertades —barbotó más que habló la cuarta persona que estaba sentada a la mesa y bebía cerveza poniendo dentro de la jarra el «chupito» de vodka.

Se trataba de Julián López Zárate, marxista-estalinista de pensamiento y sindicalista de profesión. Cercano a los cincuenta no perdía la oportunidad de transmitir lo que llevaba de herencia en la sangre.

Terminó la cerveza e hizo un gesto al camarero para que le sirviera otra con un «submarino octubre rojo», como llamaba al chupito de vodka que sumergía dentro. Nunca pagaba, consideraba que ser un eterno invitado era parte de los beneficios de un liberado sindical. Era un tipo de cara insolente y cargado de kilos que tratando de hablar con la gracia castiza del viejo Madrid no alcanzaba las mínimas coordenadas de un vulgar chulo de barrio.

—El problema de los adoctrinados que defendéis el modelo de la Rusia estalinista es que no conocéis la verdadera justicia social inspirada en los derechos y libertades de cada ciudadano —Chencho se dirigió a él con la voz del padre que llegado el momento le dice a su hijo quien paga realmente los regalos que Santa Claus deja cada año en el árbol—. Te aseguro que tú no conoces el «paraíso comunista» como lo conozco yo:

Es cierto, la dictadura franquista recortó libertades. Pero también es cierto que recuperó otras que se perdieron durante el oscuro y efímero gobierno de la Segunda República. Con la dictadura se vivió una etapa de represión intelectual plasmada en los medios de comunicación, sobre todo en la prensa escrita que dejó de ser libre. Los españoles tuvieron a su alcance la prensa editada por el Movimiento, la más solicitada por la sociedad obrera para envolver el bocadillo y limpiarse el culo en el retrete. También la gente podía leer el «Financial Times», el «Frankfurter Allgemeine Zeitung» pero ¿Qué obrero sabía entonces inglés o alemán? Con la dictadura la información dejó de ser información y el periodismo dejó de ser periodismo por culpa del órgano de la «censura» importada por el franquismo desde las Repúblicas Socialistas del Este. El objetivo era controlar la opinión del país porque según los dictadores comunistas:

«La libertad es un serio inconveniente para gobernar».

Es cierto que el Estado soviético puso fin a la «censura» de los zares, como también es cierto que lo hicieron para imponer la suya. La «censura comunista» evitaba toda publicación en contra que dañara sus intereses. En la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se impuso el fenómeno persuasivo de presión ideológica a disposición del Estado. Los secretos políticos y estatales se protegían y manejaban por medio de la Administración Principal para la Salvaguarda de los Secretos de Estado, «GLAVLIT».

Todo era escrito o traducido por autores fieles al Partido Comunista. El control sobre el flujo de información estaba estrictamente controlado por el Estado. Los autores pasaban por una férrea censura ideológica y eran apartados los que no contaban con la benevolencia del Régimen Soviético. Los éxitos editoriales occidentales y la literatura popular «escapista» no existían en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Las máquinas de escribir y pequeñas imprentas eran controladas por la policía soviética para evitar la circulación de las ilegales copias «samizdat» de libros y revistas, las fotocopadoras, ordenadores y otras tecnologías exóticas de impresión no estaban al alcance del pueblo. Tener una copia «samizdat» manuscrita se consideraba un serio delito ideológico y era castigado con el famoso Artículo 58 del Código Penal Soviético de 1927, que convertía en traidores a la Patria Soviética a los sospechosos de realizar actividades contrarrevolucionarias dirigidas a sabotear el poder de los trabajadores y campesinos soviéticos y derribar, o subvertir la seguridad de la URSS, su economía y los ideales de la Revolución Proletaria. Las penas del Artículo 58 se basaban en la confiscación de todos los bienes y las penas mínimas de diez años de cárcel. Para casos más graves la pena de muerte o los campos de trabajo de Siberia, que era la muerte en vida. Los familiares cumplían las penas como subsidiarios si el culpable huía del país.

—Aquí a los que defendemos el dicho «sin mérito no hay recompensa» nos llaman egoístas, y lo que es peor, «antisociales». Si exigimos mano dura y que se cumplan las condenas por terrorismo torturadores —continuó Víctor la conversación interrumpida por el camarero que había traído la cerveza subida de tono de Julián y una nueva botella de vino de la Ribera del Duero para los demás.

—Yo estoy muy orgulloso de ser español, cristiano y conservador —aseveró Serafín levantado el dedo índice como si fuera la lanza de don Quijote—. No me avergüenzo si digo que soy heterosexual, de derechas y mucho menos que soy del Real Madrid.

—Querido —dijo Chenchó con la mano sobre el hombro de su amigo—. Por cada una de esas cosas serás señalado como «políticamente incorrecto»

—Más que incorrecto Serafín eres un «carca» que se opone al progreso y a la libertad de las clases sociales —espetó rabioso Julián acudiendo a sus progresistas consignas.

—Para vosotros progreso, libertad y bienestar social es ir contra los demás y contra los símbolos del Estado —manifestó Chenchó dando por terminada la pajarita que había hecho con una servilleta de papel.

—¿Te refieres a las medidas sociales de los nuevos alcaldes populares? —interpuso López Zárate jactancioso.

—Me refiero sí a esos alcaldes populistas a los que vosotros encumbráis con tanto entusiasmo por tomar ideas disparatadas en contra de las tradiciones impuestas por nuestra cultura. Sí, a eso me refiero.

—Tienen el derecho que les concede la democracia —vindicó Julián con gesto serio.

—No es democracia, a eso se le llama dictadura de las minorías —replicó Serafín Díaz Carreño—. No están gobernando las listas más votadas, sino las que han sido previamente pactadas.

“Con el aterrizaje en los ayuntamientos de los partidos populistas que por sí solos no cuentan para nadie, alcaldes y concejales poco identificados con la identidad nacional española entraron en los consistorios tomando medidas por las que serían severamente castigados en otros países”

—Ha llegado la hora de cortarles el «gañote» a los putos fachas de mierda.

Dijo un joven mientras salía de la terraza del bar en compañía de una muchacha de su misma edad que, según los tatuajes que mostraba, debía llevar tatuado al «Che» Guevara en los mofletes del culo. Sin duda habían seguido la conversación de los mayores desde la mesa vecina. Ambos tenían la imagen de los que convirtieron la indignación en cambio político aplicando la filosofía del fundador del comunismo italiano Antonio Gramsci, el místico populista argentino Laclau y muy identificados con el pensamiento filosófico de Carl Schmitt, el nacionalsocialista alemán comprometido durante el Tercer Reich con el régimen de Hitler

—Este es el producto que dejó Franco con sus 36 años de dictadura —dijo con intención Serafín a sus amigos de la tertulia señalando a los que salían—. Un producto nacional elaborado con el silencio de los padres y la ignorancia de los hijos.

—Da pena ver como han aceptado el rol de la parte visible de la venganza y el odio que como metástasis vive en este país—manifestó Víctor con gesto elocuente—. Esos muchachos pertenecen a la casta victimista que juzga por el color político, no por el contenido de la persona, su maximalismo hace que odien a la España que les dejamos.

—Estoy de acuerdo con los que no se pliegan y no se conforman con lo que vosotros queréis dejarlos. Con los que no aceptan herencias políticas ni símbolos de la derecha fascista con los que el pueblo no se siente identificado —declaró el sindicalista López Zárate recitando lo que tantas veces había oído durante su adoctrinamiento político.

—En vuestras promovidas manifestaciones se exhiben las banderas de un Estado republicano que ya no existe y la bandera roja con la hoz y el martillo que nadie utiliza, ni siquiera los comunistas más nostálgicos —denotó Víctor con un firme gesto.

—Cada uno lleva la bandera que siente en el corazón —interpuso López Zárate interesándose ahora por su cerveza subida de todo con el vodka.

—Algunos llevan «pendones» y banderas arcoíris que representan a los que no están de acuerdo con las normas convencionales de su género, lo digo sin mala intención y con mis más educadas palabras para no ser «políticamente incorrecto» —apoyó Serafín su discurso con una irónica sonrisa.

—Todo cabe si quien se manifiesta representa con su presencia la comprometida lucha de clases contra el fascismo. —replicó Julián con tono revanchista.

—¿Sabes qué es el fascismo? —preguntó Serafín.

—Sí

—¿Sabes quién dijo?: «El pueblo es el cuerpo del Estado y el Estado en el espíritu del pueblo.

—Lenin, sin duda —contestó Julián satisfecho.

—Lo dijo Benito Mussolini. Son palabras que recogen la esencia del fascismo.

—Lo que está claro es que no lo dijo Franco —replicó Julián mostrando una mueca con pretensión de sonrisa.

—Las proclamas políticas de Mussolini —continuó Serafín aclarando lo que sin duda Julián desconocía—, pertenecen a los discursos populistas que hacía siendo el número tres del Partido Socialista Italiano. Antes de convertirse en dictador fue el director del periódico «Avanti», que era el órgano histórico del Partido Socialista que tenía como misión el adoctrinamiento de sus bases hacia la Dictadura del Proletariado.

—Para ser un dictador de extrema derecha hay que ser primero un dictador de extrema izquierda. Es sin duda la mejor base —dijo Víctor con una sonrisa.

—Las soflamas de Mussolini son parte de los exaltados discursos de Adolf Hitler siendo líder del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, el «PSOE» de los obreros alemanes —observó Chenchó alineando tres pajaritas de papel junto a la jarra de cerveza del sindicalista—. Aquí tienes a tus tres enemigos Julián: Franco, Hitler y Mussolini.

—A la mierda tus asquerosos fascistas —apartó Julián con malas maneras las tres pajaritas de un manotazo.

—Para los políticamente correctos fascista es un insulto y comunista una definición. Llamáis antifascismo a los radicalismos, el terrorismo vasco no hace otra cosa que defenderse del fascismo opresor y centralista. —defendió Chenchó su punto de vista recogiendo sus pajaritas.

Desde la Revolución propuesta por el marxismo-leninismo en 1917 decir «fascista» tiene peores connotaciones que decir «comunista». Ambos adjetivos son escalofriantes.

Benito Mussolini promovió el «fascismo» desde su posición en el Partido Socialista Italiano. Afirmaba que la Italia moderna era heredera de la Roma antigua y él como «Duche» (caudillo) debía recibir el uso militar del saludo romano brazo en alto para ser distinguido como «César». La idea imperialista y el saludo entusiasmaron al «Führer» (caudillo) que lo copió y se proclamó «César» de lo que él llamó hasta su muerte en 1945 el Gran Imperio Alemán, «III Reich». Las ideas imperialistas del Caudillo (caudillo) vienen de la mano de su admiración por los Reyes Católicos, artífices de la unión de los reinos de España y su expansión imperialista Atlántica y Mediterránea. Su nieto, el emperador Carlos I de España y V del Sacro Imperio Romano Germánico era llamado y tratado como «César».

En España se utilizó el saludo romano, también conocido como saludo hispano, hasta la derrota del nazismo en Europa. Hitler, Franco y Mussolini tuvieron en común además del saludo militar su ideología nacionalista antisemita y anticomunista a la que Franco añadía su nacionalcatolicismo. Mussolini era socialista y ateo. Hitler también, aunque no quiso pronunciarse hasta la completa desaparición en Europa de judaísmo. El plan encubierto que conocían sus allegados era sustituir todas las religiones por el nacional socialismo. Acabado el judaísmo había que acabar con el cristianismo.

Aunque las comparaciones sirven para poco en el ranking de los genocidas el general Franco fue un simple «becario» en prácticas como dictador. Si no hubiera sido por el testimonio del premio Nobel de literatura, el historiador ruso Alexander Solzhenitsyn, la izquierda seguiría negando las barbaridades cometidas por el terrorífico dictador comunistas mariscal Iósif Stalin.

Existieron importantes vasos comunicantes entre el totalitarismo nazi de Hitler y el totalitarismo comunista de Stalin, sin embargo, el genocida ruso no fue juzgado porque salió victorioso de la Segunda Guerra Mundial. El exterminio de los comunistas fue la gran inspiración de Hitler. Sin embargo, el paralelismo que hubo entre ambos fue tabú para los intelectuales que consumían marxismo como sustancia opiácea transmitiendo a la sociedad que las purgas socialistas obedecían a «ideales humanistas» y las purgas fascistas eran «crímenes de lesa humanidad».

La limpieza étnica llevada a cabo por Stalin en la URSS acabó con millones de personas entre los que fueron directamente fusilados y los que murieron en los «Gulag» en condiciones infrahumanas. Entre 1929 y 1932 Stalin provocó un período de extrema hambruna. Según los críticos historiadores que no tenían compromiso de silencio con el marxismo sólo en Ucrania murieron 14 millones de personas.

Stalin nació como Iósif Vissariónovich Dzhugashvili. En su juventud se convirtió en un matón callejero, jefe de una banda y manipulador carismático de las calles de Gori, su ciudad georgiana natal. Stalin «hecho de acero» es un sobrenombre derivado del ruso stal (acero) y el sufijo posesivo personal que también usaba Lenin. Familiarmente era conocido como «Soso» y así era llamado por sus camaradas más cercanos.

Fue en el seminario de Tiflis, institución ligada a la iglesia ortodoxa, donde tomó su primer contacto con el marxismo. Estuvo becado allí con el único fin de acceder a estudios superiores que el origen humilde de su familia nunca hubiera podido pagar.

Fue expulsado del seminario sin ordenarse por tener en el Observatorio del seminario su centro revolucionario y ateo clandestino. Su éxito revolucionario se debía a la rara combinación de brutalidad callejera y la educación clásica de ética y religión recibida en el seminario. Su carácter frío, rígido y calculador le permitía aparentar la total ausencia de emociones y un marcado desprecio a los sentimientos.

En la Segunda Guerra Mundial se negó a intercambiar a su hijo mayor, Yákov, que había caído prisionero de los alemanes por el mariscal alemán Friedrich W. Paulus, que había caído a su vez prisionero de los rusos. Solicitado el cambio desde el cuartel general de Hitler, Stalin contestó con estas frías palabras:

«No cambio mariscales por soldados»

Existió un paralelismo en la Guerra Civil española: sucedió que siendo aún coronel el general Moscardó no quiso rendir el Alcázar de Toledo a las tropas del Frente Popular y pidiendo que le comunicaran con su hijo le dijo:

«Hijo, muere por Dios y por España»

Es cierto que el 23 de agosto de 1936 murió fusilado el hijo del «coronel fascista» José Moscardó en la afueras de la ciudad de Toledo. Como también es cierto que si el «coronel fascista» hubiera entregado el Alcázar el Ejército Popular hubiera fusilado a todos los civiles que se habían refugiado dentro del Alcázar acusados de traidores y fascistas enemigos del pueblo.

Stalin repetía una y otra vez a sus camaradas: «La gratitud es una enfermedad de los perros». Que no os tiemble la mano. Si entre diez inocentes hay un culpable y no sabéis quién es colgarlos a todos.

Sus camaradas se sentían subyugados por sus planteamientos estratégicos y políticos fríos y calculadores. Con 31 años asaltó el carruaje-correo de Tiflis escoltado por un escuadrón de cosacos llevándose millones de rublos para financiar el Partido. Hubo 40 muertos y 60 heridos, la mayoría civiles.

Lenin comprendió entonces lo que vale un aliado formado por una infancia violenta, una mano ejecutora que no vacile a la hora de segar una vida, o segar la vida de un millón. A diferencia de los comunistas los fascistas nunca pretendieron que el Estado asumiera la responsabilidad de los medios de producción, se conformaban con llevar la batuta en el mundo de los negocios y para ello respaldaron la política industrial. El programa económico fascista era similar al de los progresistas americanos y británicos, hubo un tiempo que Mussolini fue objeto de veneración para buena parte de la izquierda progresista. En esa misma onda se situaron también los nazis, aunque estos por predicar la xenofobia y el racismo, distanciaron al fascismo de la izquierda y lo acercaron hacia el pensamiento ideológico de la extrema derecha».

—Leninismo, estalinismo, maoísmo, nazismo, fascismo. Por mucho que quieran los «políticamente correctos» los «ismos» no les quitan el veneno a las serpientes —dijo Serafin con sencillez patriarcal tomando un sorbo de vino.

—En su ensayo «Humanismo proletario en 1934» el comunista ruso Máximo Gorki afirmó: «Exterminada la homosexualidad desaparece el fascismo» —intervino de nuevo Chencho viendo a través de los cristales de la terraza una nube con forma de empanadilla—. Sin embargo, los que no estamos en la onda progresista somos tachados de sexistas homófobos de la derecha si ponemos en cuestión el matrimonio homosexual.

“El carácter de dicterio, o insulto, que toma la voz fascista se acentúa con la apócope de «facha». Los castellanos utilizan el dígrafo del alfabeto latino «Ch» para formar palabras afrentosas: chapero, chaquetero, chulo, chorizo. Hoy día ser fascista es un diagnóstico como lo es ser diabético, así que en este país hay personas que son fascistas sin sospechar que lo son. El fascismo se ha convertido en la primera idea política que concede cargos gratuitos de fachas sin que intervengan los candidatos”

—Es comprensible que la gente odie al fascismo —terció Víctor dirigiéndose a Julián—. Pero no es justo que no se odie al comunismo con la misma intensidad. Si un grupo de sujetos levantan el brazo haciendo el saludo fascista reciben un torrente de abucheos y más de una denuncia de los que se sienten ofendidos. Sin embargo, los que levantan el brazo con el puño cerrado no aceptan reproches ni denuncias, a pesar de que el uso de este gesto ha caído en desuso por ser considerado agresivo y anacrónico por los partidos de la izquierda europea.

Un perro se asomó a la terraza mirando con atención a los clientes que había en la terraza, mostraba orgulloso el collar rojo y amarillo de la bandera española y movió el rabo contento cuando Serafín le hizo un guiño.

—Cómo es posible que hasta los que militan en la extrema derecha no se atrevan a decir que son fascistas, en cambio los comunistas pregonan que lo son sin temor a ser insultados —terció Serafín—. El fascismo y el comunismo se diferencian en la teoría, pero no en la práctica. El fascismo es la bota derecha del dictador belicoso y genocida, el comunismo la bota izquierda del dictador genocida y belicoso. Ambas botas pisotean por igual los derechos humanos suprimiendo las libertades en aras de la ideología en la que creen. Es cierto que existen diferencias: el comunismo nunca ha sido elegido libremente por el pueblo en una votación democrática. El fascismo sí lo ha sido, el partido Nacionalsocialista de Hitler fue elegido democráticamente por los alemanes... lo de Franco y Mussolini fue otra cosa, llegaron al poder prescindiendo de los votos.

—El comunismo arrastra mayor cómputo de víctimas porque el Régimen comunista han sido más duradero que el Régimen fascista —concluyó Chencho.

—Yo soy sindicalista y revolucionario, por tanto, conozco mis motivos —defendió Julián con ceño fruncido—. Lucho contra la oligarquía, el fascismo y el régimen de propiedad capitalista.

—Entonces no olvides que el Sindicalismo Revolucionario italiano fue la inspiración del fascismo —le cortó Chencho haciendo ahora tres barquitos de papel, cada uno de distinto tamaño—. Hoy es imposible que vuelvan las históricas dictaduras fascistas porque faltan los buques insignias que las llevaron a cabo. Aquí los tienes —dijo Chencho poniendo los barquitos delante de Julián—: Hitler, Franco y Mussolini. El mundo está amenazado, sí, pero no por los que reciben el insulto de fascista, sino por los que justifican la ideología de los Estados represivos.

—Me pones de ejemplo a los «tres tenores» —interpeló Julián a Chencho con una irónica sonrisa—. A mí esos tres «hijos de puta» no me preocupan porque ya están muertos. Lo que me preocupa es el fascismo emergente, cobarde, sinuoso y demoledor capaz de destruir el estado de bienestar que tanto le ha costado construir a la izquierda, que tanto nos ha costado conseguir a los socialistas —colocó los tres barquitos de papel uno tras otro en el centro de la mesa y continuó—: El fascismo se adorna con los símbolos de patria, raza y destino, símbolos con los que quieren ocultar su cara de criminales opresores y genocidas vendidos a la Iglesia, la monarquía, la nobleza, la caduca sociedad burguesa y al imperialismo yanqui capitalista.

Hubo un silencio como si alguien hubiera arrojado un manto sobre la mesa. Las tres copas de vino se miraron entre sí sin saber que decir, así que cruzándose de piernas esperaron a que los tertuliano se las llevaran a la boca, que era para lo que estaban allí.

—No hay más ciego que el que no quiere ver. —afirmó Serafín señalando a Julián—. Fascismo, derecha y ultraderecha son conceptos propagandísticos utilizados por la izquierda con fines ideológicos. Ni el nazismo ni el fascismo se declaró de derechas: los nazis de Hitler se definían como socialistas y Mussolini fue un populista devoto del socialismo. Franco fue otra cosa, si quieres y tienes tiempo te lo explico...

“Cuando murió Iósif Stalin cuatro poetas de la Generación del Veintisiete: Miguel Hernández, Rafael Alberti, Nicolás Guillén y Pablo Neruda, escribieron odas y poemas a su padre ideológico al que tanto veneraban”

Los cuatro pertenecían a la «Alianza de Intelectuales Antifascistas» organización creada al comienzo de la Guerra Civil de 1936. Tenía su sede madrileña en el Palacio Zabalburu, un bonito palacio junto a Cibeles incautado por la República al marqués de Heredia: diplomático y político conservador de carácter liberal moderado, monárquico y capitalista, por tanto enemigo para el Frente Popular que decidió despojarle de todo lo que poseía en nombre de la República.

El manifiesto de la Alianza de Intelectuales Antifascistas declaraba:

“Se ha producido en toda España una explosión de barbarie en que las viejas formas de la reacción del pasado han tomado un nuevo y más poderoso empuje, como si alcanzasen una suprema expresión histórica al integrarse en el fascismo. Este levantamiento criminal de militarismo, clericalismo y aristocratismo de casta contra la República democrática, contra el pueblo, representado por su Gobierno del Frente Popular, ha encontrado en los procedimientos fascistas la novedad de fortalecer todos aquellos elementos mortales de nuestra historia, que por su descomposición lenta venían corrompiendo y envenenando el pueblo en su afán activo de crear una nueva vida española. Contra la auténtica España popular se ha precipitado para destruirla o corromperla, envileciéndola con una esclavitud embrutecedora y sangrienta, como la de la represión asturiana; este criminal empeño de una gran parte del Ejército, que al traicionar a la República lo ha hecho de tal modo que ha desenmascarado la culpabilidad de su intención, agravándola con la de traicionarse a sí mismo en la falsedad de los ideales patrióticos que

se decía defender, sacrificando la dignidad internacional de España y ensangrentando y destruyendo el suelo sagrado de su historia. Y esto con tal ímpetu desesperado, demoledor, suicida, que la trágica responsabilidad delictiva de sus dirigentes lo ha determinado con características vesánicas de crueldad y de destrucción acaso jamás conocidas en España; en una palabra: fascistas. Contra este monstruoso estallido del fascismo, que tan espantosa evidencia ha logrado ahora en España, nosotros, escritores, artistas, investigadores científicos, hombres de actividad intelectual, en suma, agrupados para defender la cultura en todos sus valores nacionales y universales de tradición y creación constante, declaramos nuestra unión total, nuestra identificación plena y activa con el pueblo, que ahora lucha gloriosamente al lado del Gobierno del Frente Popular, defendiendo los verdaderos valores de la inteligencia al defender nuestra libertad y dignidad humana, como siempre hizo, abriendo heroicamente paso, con su independencia, a la verdadera continuidad de nuestra cultura, que fue popular siempre, y a todas las posibilidades creadoras de España en el porvenir” «Madrid 30 de julio de 1936».



Capítulo II, Madrid año 2008.

Que trata sobre los «Viejecitos encantadores»

Señoras y señores les habla el comandante. Dentro de breves minutos tomaremos tierra en el aeropuerto de Madrid-Barajas. Mientras tanto les invito a que observen por la parte derecha del avión el histórico lugar de Paracuellos del Jarama, donde fueron fusilados durante la Guerra Civil siete mil víctimas inocentes. El que les habla es hijo de una de esas víctimas. El responsable de los fusilamientos nos acompaña en este vuelo, se llama Santiago Carrillo, va sentado en el asiento 27 B.

El incidente lo provocó el Secretario general del Partido Comunista de España que tras la «renuncia» al marxismo-leninismo por parte del mismo Santiago Carrillo había sido legalizado en el año 1977. El Secretario general volaba de Barcelona a Madrid y acercándose al aeropuerto de Barajas pidió a la azafata que le permitiera pasar a la cabina para ver Madrid desde el aire, recibiendo del comandante lo que para el político fue una intolerable y fascista humillación.

Aprovechando su poder político solicitó al Gobierno que el comandante recibiera un severo castigo y no volviera a volar nunca más. La dirección de Iberia consideró que con la suspensión de empleo y sueldo durante un mes era más que suficiente para castigar la insolencia del piloto y esta decisión provocó la ira de los comunistas madrileños que para no salirse del guión llamaron fascistas al presidente de Iberia y a todo el consejo de administración.

El 27 de abril de 2008, murió el comandante y durante su velatorio se habló sobre el incidente que ocurrió entre él y quien fue durante la Guerra Civil Consejero de Orden Público y Secretario general de las Juventudes Socialistas Unificadas.

Carlos Angulo Álvarez de Lasarte fue uno de los pilotos militares que pasó a Iberia en la década de 1970. Era relativamente joven, 40 años, pero no tan joven para seguir siendo piloto de combate. Según sus compañeros de vuelo más cercanos, que conocían el incidente con Santiago Carrillo, la suspensión de empleo y sueldo de un mes fue para el comandante el dinero mejor empleado de toda su vida.

Santiago Carrillo murió 4 años después, tenía 97 años y retirado de la política activa ofrecía una imagen de «viejecito encantador». La misma imagen que ofreció en los últimos años de su vida el terrible dictador, torturador y genocida camboyano Pol Pot.

Este «viejecito encantador» fue el Secretario general de los belicosos exterminadores del partido de organización guerrillera «Jemeres Rojos», además de Primer ministro y Secretario general del Partido Comunista de Kampuchea Democrática, forma en la que se constituyó políticamente el Reino de Camboya. El pavoroso «viejecito encantador» conquistó el poder en 1976 destituyendo y encarcelando al príncipe Norodom Sihanouk y ordenó la purga de su país asesinando a una cuarta parte de la población. Según sus propias palabras: «Basta un millón de buenos revolucionarios para mantener el país que estoy construyendo» Del resto de los camboyanos se podía prescindir.

Su Estado de corte «maoísta» vació las ciudades y puso a los ciudadanos de toda condición a cultivar la tierra en condiciones infrahumanas. Sometió a los camboyanos a privaciones, torturas y continuas ejecuciones llevadas a cabo por los Guardias Rojos, haciendo retroceder al país a la Edad de Piedra. Su brutal violencia fue dirigida a toda la sociedad: los que llevaban gafas de sol eran ejecutados al ser acusados por las autoridades comunistas de ser intelectuales enemigos del pueblo. Los católicos fueron crucificados en los árboles de la selva y los dejaban colgados para infundir el terror entre los campesinos y pasto de aves y monos.

“Franco también se convirtió con los años en un «viejecito encantador», Hitler y Mussolini no... gracias a Dios no llegaron a viejos”

Durante los últimos años de su vida Santiago Carrillo consiguió que le vieran como un «viejecito encantador» portavoz de la paz y estandarte del antifascismo. La democracia española «blanqueó» su pasado para que la sociedad olvidara sus tenebrosas responsabilidades políticas. Como no era fascista no había motivo de reproche.

En la desesperación de reconocer virtudes que no tenía fue investido por sus camaradas ideológicos Doctor Honoris Causa por la Universidad Autónoma de Madrid en el año 2005, sin tener en cuenta que un «doctor honoris causa» recibe el mismo tratamiento y los mismos privilegios de un doctorado académico, y el señor Carrillo sólo llegó a completar la enseñanza primaria.

El año anterior de la muerte del comandante de Iberia que humilló de manera desproporcionada al señor Carrillo, se había aprobado la Ley de Memoria Histórica que reconocía, ampliaba y establecía medidas a favor de los represaliados de la Guerra Civil y la Dictadura franquista. Una ley que no estaba pensada para ofrecer compensaciones a los represaliados por la Segunda República y sus servidores antifascistas.

El proyecto de Ley impulsado por la izquierda progresista fue aprobado por sus socios «políticamente correctos»; excepto por los «políticamente incorrectos» de la derecha conservadora que defendía que más que una ley era una argucia empleada por los recuperadores del odio que ignoran que «la historia sólo se determina por ley en los regímenes totalitarios».

Como primera medida para poner en marcha la Ley, que establece «la retirada de los símbolos de exaltación nacional y franquista», el excelentísimo señor don José Bono, presidente del Congreso de los Diputados y miembro destacado del Partido Socialista Obrero Español, celebró una íntima ceremonia en su propia burguesa mansión para retirar de la pared del salón la fotografía en blanco y negro de su padre, antiguo alcalde del pueblo albaceteño de Salobre, jefe local del Movimiento y camarada de Falange Española. El sencillo gesto de descolgar el retrato de la pared fue llevado a cabo por el propio señor Bono en presencia de su mayordomo, que con su presencia representaba al servicio doméstico de la casa. También estuvieron presentes dos de sus secretarias, sus escoltas y el chofer del coche oficial. El cuadro fue recogido por el mayordomo que lo envolvió en un paño de terciopelo negro y prometió solemnemente deshacerse de la basura fascista de la manera más humillante posible. Mientras tanto se colgaba en el palacio del Congreso de los Diputados el retrato del señor Bono que había costado 82.600 euros sin contar el importe de los tacos y las escarpias para colgarlo.

Tal acto de repudio contra los símbolos franquistas no podía pasar desapercibido para el «nietísimo ZP», y menos a un Santiago Carrillo que presumía de haber hecho lo mismo con su padre, llamándole, además de fascista, traidor a la causa del socialismo.

Pocos comunistas conocen que Wenceslao Carrillo fue un obrero fundidor de Gijón afiliado a la Unión General de Trabajadores y a las Juventudes Socialistas de España desde los catorce años. A pesar de sus escasos estudios fue redactor en El Socialista y accedió a la dirección de UGT al impulsar los acuerdos con la dictadura de Primo de Rivera. Fue concejal del Ayuntamiento de Madrid, además de diputado en las Cortes Constituyentes de la Segunda República. Siendo miembro de la ejecutiva del PSOE fue nombrado subsecretario de Gobernación. En la última etapa de la Guerra Civil participo en el golpe de Estado militar del coronel Casado que derribó al gobierno socialista de Juan Negrín. Fue además miembro del Consejo Nacional de Defensa que entregó Madrid a las tropas del Frente Nacional. Exiliado en Bélgica siguió perteneciendo a la dirección de la Unión General de Trabajadores.

Santiago Carrillo recibió en París la noticia de la participación de su padre en la insurrección que provocó una Guerra Civil en 1939 dentro de la propia Guerra Civil Española de 1936. Los comunistas que seguían siendo fieles a la República disparaban contra los alzados socialistas de Julián Besteiro, los anarquistas de Cipriano Mera, y los republicanos que habían perdido la fe en el Frente Popular. En el centro de Madrid los tanques y las piezas de artillería de los comunistas disparaban sin sentido contra las piezas y los tanques de los socialistas. El consejo Nacional de Defensa, al que pertenecía como subsecretario de Gobernación Wenceslao Carrillo, quiso poner fin a una guerra que estaba completamente perdida.

La vergonzosa entrega de Madrid a los fascistas de Franco fue el motivo de las duras palabras dirigidas por Santiago Carrillo a su padre, pensando que sería un hermoso gesto que le distinguiría ante la dirección del PCE como un militante íntegro capaz de sacrificar los valores de la familia en beneficio de la causa comunista.

En una carta monótona y extensa el «viejecito encantador» llamaba a su padre fascista y le tachaba de traidor. En esta parte final de la carta se ve como, además de cometer la aberración de renegar y despreciar a su padre, Santiago Carrillo demostró ser un mal profeta: sus predicciones sobre el fin de la dictadura de Franco no se cumplieron.

«Cuando pides ponerte en comunicación conmigo olvidas que yo soy un comunista y tú un hombre que ha traicionado a su clase. Que ha vendido a su pueblo. Entre un comunista y un traidor no puede haber relaciones de ningún género. Tú te has quedado ya al otro lado de las trincheras. No, Wenceslao Carrillo, entre tú y yo no puede haber relaciones porque ya no tenemos nada en común. Yo me esforzaré toda mi vida con la fidelidad a mi Partido, a mi clase y a la causa del socialismo, en demostrar que, entre tú y yo y, a pesar de llevar el mismo apellido, no hay nada en común. Por vuestra traición la República española ha sido batida, pero la lucha no ha terminado. Por el esfuerzo del pueblo Franco caerá, los obreros y campesinos, unidos a todos los demócratas, con el Partido Comunista a la cabeza, restaurarán de nuevo la República popular, pero jamás ni bajo la dominación fascista ni después de nuestra victoria olvidarán vuestra infame traición. Santiago Carrillo» «París 15 de mayo de 1939»

El desapego familiar de Santiago Carrillo se hizo visible con la pérdida de su hija de dos años, y la controvertida desaparición de la que fue su primera mujer.

El Secretario general del Partido Comunista de España nunca trató de esposa a su «compañera Chon», como él la llamaba. Se conocieron siendo muy jóvenes durante la Revolución de Asturias de 1934. Según las contadas ocasiones, en las que Santiago Carrillo hablo de su relación con Asunción Sánchez de Tudela, reconoció que se casó con ella al principio de la Guerra Civil de 1936 y tuvieron una hija a la que le pusieron de nombre Aurora, en honor del legendario «crucero Aurora» cuyos cañonazos sobre la residencia oficial de los zares de Rusia iniciaron la Revolución Bolchevique del 25 de Octubre de 1917.

—Aurora nació en condiciones muy difíciles. Mi hija nació con una enfermedad congénita porque mi compañera tenía una afección de corazón realmente seria.

Dijo Santiago Carrillo durante la entrevista que le hicieron con motivo de su investidura como Doctor Honoris Causa.

—»Al terminar la Guerra Civil mi compañera y mi hija pasaron desapercibidas porque Chon no era una persona conocida, sino una simple muchacha como tantas otras. Más tarde fueron capturadas en el puerto de Alicante cuando trataban de reunirse conmigo. Fueron trasladadas al campo de concentración fascista de Albaterra donde mi hija empeoró de su incurable enfermedad, así que los franquistas las echaron de allí y fueron vagando de pueblo en pueblo hasta que mis camaradas las encontraron.

»El Partido logró sacarlas del país. Mi hija ya estaba muy mal, se estaba muriendo, la última vez que la vi fue en un hospital de Moscú en 1940, donde la pequeña murió.

Para un escritor que se precie es fácil escribir su propia historia, lo hace tan bien que llega el momento que se cree su propia mentira y muere por defenderla. Nadie tiene derecho a poner en entredicho la versión que dio el líder comunista sobre este episodio de su vida, porque fue él quien lo vivió y no otro. Sin embargo, hubo personas que tratando de ir más allá sostuvieron que Santiago Carrillo fue un cobarde como tantos otros que huyeron de España dejando atrás lo que les estorbaba. Enrique Lister llegó incluso a decir que Carrillo estranguló él mismo a su compañera Chon y la enterró en el jardín de la casa que la Pasionaria tenía en París. Algo demasiado horrible y monstruoso para que sea verdad.

José Manuel Lara, presidente del Grupo Planeta, contestó de esta forma a una pregunta que le hizo un periodista sobre el libro «Así destruyó Carrillo el PCE» que escribió el ideólogo general del Frente Popular, y miembro duro del Partido Comunista de España Enrique Lister:

«Nunca en mi vida me vi obligado a «amputar» el capítulo de un libro, soy un editor valiente y respetuoso con las obras de mis autores. Pero no se podía demostrar que la primera mujer de Santiago Carrillo había sido asesinada en París y enterrada en la casa de Dolores Ibárruri, ni tampoco en el jardín de otra casa. La casa que la Pasionaria tenía en París fue derribada y hay un rascacielos construido sobre esa supuesta secreta sepultura. Le dije al señor Líster que Santiago Carrillo era un personaje político poderoso que ante la constante necesidad de reinventar la historia de su vida se sentía muy apoyado. Los socialistas que están en el Gobierno, y sobre todo la Casa Real, recomendaron blanquear su pasado. Durante el intento de golpe de Estado del 23F tuvo tanta confianza en su blindaje político que permaneció sentado en su escaño sin obedecer a los que le encañonaban y le ordenaban tirarse al suelo. Después cuando se le llevaron a un recinto aparte junto a otros cuatro diputados líderes de sus partidos no perdió la compostura en ningún momento. Y no creo que fuera por valiente, porque ante una cosa así cualquiera se viene abajo».

Estrangulamiento, suicidio, abandono. No se sabe. Existen varias versiones sobre la desaparición de Chon y su hija, pero la verdad de lo sucedido pertenece al andamiaje de mentiras con la que el político comunista Santiago Carrillo remodeló su pasado y toda la madera de ese andamio ardió con él en el crematorio de La Almudena.

La denuncia de su camarada Enrique Líster sobre la muerte de «la compañera Chon» quizá se debía a la envidia que sentía por quien había desempeñado un papel crucial en la transición a la Democracia traicionado a sus camaradas, robándoles su protagonismo, y adueñándose de sus ideas. Para quien había sido formado en la Academia Militar del Ejército Rojo de la URSS y fue jefe del V Regimiento republicano, el camarada Carrillo era tan dictador como lo fue Franco.

Según Enrique Líster los testimonios del oportunista Carrillo faltaban a la verdad:

«Tuvo la oportunidad de subir a su mujer y su hija en un avión que salió de Alicante con veinte asientos vacíos, según el testimonio de los pilotos»

El ningún momento la dirección del Partido Comunista prohibió a Santiago Carrillo salir de Francia. Tampoco es verdad que no dejó París porque fue atacado por la sarna, no volvió a España porque además de mentiroso Santiago Carrillo era un cobarde.

Sobre su mujer un compañero de Líster, camarada de la Academia Militar de la URSS, Chon se había suicidado al no superar la depresión que le causó la muerte de su hija ingresada en un hospital de Moscú.

Esto es más difícil de creer porque tanto Carrillo, como su compañera Chon, tenían asumida la muerte temprana de su hija, sabían que por su minusvalía la niña estaba condenada desde su nacimiento. Según Lister todo lo que rodeaba a esa mujer era un auténtico misterio. Otras versiones aseguran que Asunción Sánchez de Tudela, (Chon), consiguió salir de España, pero no pudo evitar terminar en un campo de concentración francés, donde su hija murió de hambre y miseria. Ella sola logró llegar a la Unión Soviética donde mal vivió con el sistema nervioso destrozado.

Para otros, los hechos ocurrieron de forma diferente:

Aseguraban que Santiago Carrillo se marchó de España con su compañera y su hija camino de la URSS. Estuvieron allí hasta que pudieron salir hacia el continente americano a través de Japón. Primero estuvieron en Nueva York y desde allí fueron a La Habana, donde poco tiempo después murió la niña. La pareja decidió entonces dejar Cuba para trasladarse a Méjico, Buenos Aires y terminar en Montevideo. Desde Uruguay salió Santiago Carrillo solo hacia Lisboa dejando a sus camaradas una orden expresa: debían impedir que Chon regresara a Europa porque así se lo había hecho saber la dirección de Partido.

Desde ese momento la compañera de Carrillo se convirtió «en problema» y «el problema» apareció meses después en Francia, precisamente en Toulouse, donde al parecer «el problema» desapareció sin dejar rastro.

También hubo una versión planteada por el catedrático, historiador y político español Ricardo de la Cierva, sobrino del inventor del autogiro:

Según el que fue varias veces ministro durante la monarquía de Alfonso XIII y Ministro de Cultura con el gobierno de Adolfo Suárez, todo lo que se cuenta sobre Asunción Sánchez de Tudela es mentira: la tal Chon abandonó a Santiago Carrillo en 1949 para marcharse con un tal Muñoz a Cuba. Este a su vez se deshizo de una amante porteña con la que mantuvo relaciones en Buenos Aires para unirse a Carmen Méndez, compañera que mantuvo Carrillo durante el resto de su vida y con la que tuvo sus tres hijos. La duda sobre esta versión se centra en la ideología política del exministro de la Cierva, un franquista que siempre defendió la Dictadura y no le guardaba mucha simpatía al que para él era el verdadero responsable de la matanza de Paracuellos.



Capítulo III, Moscú año 1977.

Que trata sobre un crimen «Políticamente Incorrecto»

Lo cierto es que toda la trayectoria política de Santiago Carrillo resultó rodeada de misterios, él y el poeta chileno Pablo Neruda fueron señalados en su día como presuntos implicados en el asesinato de León Trotski y, aunque es verdad que el Secretario general del PCE participó en acciones puntuales de «purga» ordenadas por Stalin, poco o nada tuvo que ver con el atentado que llevó a cabo el comunista catalán Jaime Ramón Mercader del Río para acabar con el «trotskismo», asesinando al líder e impulsor de esta tendencia marxista desarrollada por el judío-ruso Lev Davidovich Bronstein, conocido en España como León Trotski.

—Muerto Franco y legalizado el Partido Comunista en España mi hermano Ramón estaría dispuesto a volver a Cataluña, lo haría, aunque se viera obligado a trabajar de barrendero.

Las palabras iban dirigidas al Secretario general del PCE Santiago Carrillo Solares por el Ingeniero de telecomunicaciones y doctor en esta materia por la Universidad de Moscú Lluís Mercader del Río. Ambos estaban sentados en una mesa situada junto al ventanal de uno de los salones del hotel donde estaban alojados los invitados extranjeros con nacionalidad soviética que habían ido a Moscú en 1977 para celebrar con sus camaradas el 60 aniversario de la Revolución de Octubre.

—Supongo que lo de barrer las calles tu hermano lo dirá en broma...

Dijo Santiago Carrillo sacando del bolsillo un paquete de Belomorkanal: cigarrillos de tabaco negro tipo «papirosa» bien cumpliditos de nicotina. Lluís rechazó el que le ofrecía el Secretario general porque el «dame veneno que quiero morir» ya lo habían registrado los Chunguitos en España.

—...En España se abre una nueva y esperanzadora etapa de reconciliación nacional, los que nos marchamos con el puño cerrado al exilio empujados por la represión franquista volvemos ahora con la mano abierta en señal de concordia. Volvemos sí, pero no para barrer las calles, volvemos para hacer y vivir de la política

—Ramón vive ahora en Cuba enfermo y desesperado. Dice que colabora con el gobierno de Fidel Castro, pero no, no es verdad, vive en La Habana tratado como exiliado de lujo y vigilado por su propio escolta que reporta sus movimientos al KGB.

Lluís hizo una pausa para mirar alrededor por si un comisario político andaba por allí pegando la oreja, pero nadie prestaba atención a la mesa donde estaban sentados.

—»Lo de vivir es una forma de hablar —continuó—, sus mismos camaradas se encargaron de cumplir la sentencia reservada a los que participaron en el atentado que le costó la vida a León Trotski.

Un rayo de sol entró sin permiso del Estado por un acristalado ventanal del salón, rebotó en el suelo como una pelota de ping-pong y se escondió tras las cortinas de cretona para escuchar rodeado de profunda intimidad la conversación mantenida por Santiago Carrillo y el hijo menor de Caridad del Río.

“Caridad nació en Santiago de Cuba como Eustacia María Caridad del Río Hernández. En ambientes anarquistas revolucionarios fue conocida como la «Pasionaria catalana»”

El hotel había sido instalado en un antiguo palacio arrebatado por los comunistas a la nobleza rusa obedeciendo el sistema inversamente jerárquico de «Lo de abajo Arriba». El opresor y monótono gobierno de la URSS confisco los bienes de la nobleza burguesa para sacar a los obreros y campesinos de la pobreza colocándose en cabeza del bloque «oriental comunista». No cumplió el objetivo. En ningún caso llegó a conseguir una renta per cápita superior a ninguno de los Estados del bloque «occidental capitalista».

—En este paraíso comunista aniquilan tu voluntad —dijo Lluís insistiendo en mirar con cautela a su alrededor—. Te obligan a matar y cuando ya no les sirves te condenan a morir de un disparo, o a fuego lento como hicieron con mi madre.

—¿Tu madre ha muerto?

—Hace dos años en París —dijo Lluís bajando la vista para ocultar su emoción—. Fue obligada a dejar la NKVD cuando empezaron sus «problemas de salud». Una vez retirada del trabajo el Estado no permitió su salida de la URSS. Ella les engañó solicitando vivir en La Habana. Mi madre nunca pudo adaptarse a vivir en la Unión Soviética —continuó Lluís bajando en extremo la voz—. Cuando estaba obligada a permanecer en Moscú sólo tenía un pensamiento, salir de la URSS cuanto antes.

El Secretario general del PCE miró a su alrededor viendo como el salón luchaba a brazo partido para no perder el antiguo esplendor de la época de los zares, pero no lo conseguía. Los comunistas se empeñan en desestimar el lujo porque lo consideran burgués y fascista.

—Nunca le oí a tu madre «cantar la palinodia», dormía con la pistola y la foto de Stalin bajo la almohada —Carrillo soltó una columna de humo que se ensortijó varias veces antes de disolverse—. Tu madre murió amando a la URSS que es la madre patria de los comunistas españoles.

—Mi madre sabía que luchaba por una utopía —dijo Lluís mirando a un lugar impreciso—. Nunca reconoció el fracaso del comunismo, murió siendo comunista, adorando a Stalin y fiel a la distopía que seguían sus camaradas.

Hizo una pausa para sacar un paquete de cigarrillos tan feo como el Belomorkanal y encendió uno mirando el techo del salón que no había sido pintado desde la coronación del zar Nicolás:

—»A mi madre nunca le gustó este ambiente ruso tan triste y apagado —continuó Lluís mirando alrededor del salón—. Repitió una y otra vez haber nacido para derribar el capitalismo, no para construir el comunismo. Murió arrepentida por haber hecho de mí hermano Ramón un asesino y de mí un eterno rehén.

Una camarera llegó hasta la mesa donde estaban reunidos. Traía una bandeja con tazas de café y lo imprescindible para poder tomarlo. La vajilla y cubertería disponible en los hoteles de la Unión Soviética tenían la gracia de una tabla de lavar y el borde de las tazas un dedo de grueso. Los soviéticos eran capaces de poner un hombre en órbita y traerlo con vida, pero incapaces de hacer algo con el mínimo detalle. Tenían asumido que el lujo y el diseño eran degeneraciones de la moral fascista. Todo en Rusia era frío, oscuro, pobre, su palabra favorita era ¡Niet! (No) Todo cambió con la caída de la Unión Soviética, desaparecido el comunismo volvió el lujo a Moscú.

Durante la etapa soviética los empleados de los hoteles y restaurantes eran esquivos, distantes y no se esforzaban para nada en ser atentos. Trabajaban por un sueldo fijo muy bajo impuesto por el Estado. No recibían ningún incentivo por ser trabajadores y menos por ser amables. Ser complaciente estaba tan fuera de lugar como un ornitorrinco en un concierto de pandereta. Los uniformes eran tan feos y mal hechos que hacían daño a la vista. Si se trataba de una camarera que se pintaba para estar mona su maquillaje era de tan mala calidad que su cara más que agradar, producía pena.

—Ahora veo cercana mi liberación. Hace unos años estuve dispuesto a dar media vida por volver a Barcelona —dijo Lluís después de ver pasar a dos oficiales del ejército ruso que miraron a la mesa con la insolencia con la que miran los militares en Moscú:

—Tu madre desmentía una y otra vez tu condición de rehén —dijo Carrillo tomando un sorbo de aquel líquido oscuro que poniendo mucha voluntad podía pasar por café.

—Sí, sostenía que mi situación en la Unión Soviética me había permitido desarrollar mi vocación de ingeniero —reconoció Lluís con una amarga sonrisa—. Mi rol familiar fue el de joven sacrificado, el Estado soviético nunca me hubiera permitido salir con mi madre o mi hermano fuera de la URSS. Acepté mi destino sin ninguna queja.

En ese momento entró en el salón una mujer muy delgada vestida de riguroso negro que no destacaba nada sobre el seco ambiente de aquel salón. En principio se dirigió con paso decidido hacia la mesa donde había visto sentado al Secretario general, pero al ver que le acompañaba Lluís Mercader cambió de idea y fue hacia otra mesa donde estaban sentados unos camaradas rusos que ni siquiera hicieron intención de levantarse. Ella, Dolores Ibárruri, Presidente del recientemente legalizado Partido Comunista de España, habló algo con ellos, quizá un simple saludo, y salió de nuevo del salón mirando muy seria de reojo al menor de los Mercader.

—»Han invitado también a la fiesta a la vieja zorra vestida de luto, como la llamaba mi madre —preguntó Lluís señalando con la mirada a la «Pasionaria» mientras tomaba un sorbo de... «café».

—Tu madre nunca cultivó con ella unas buenas relaciones —Carrillo miró el resto del cigarrillo que había aplastado en un cenicero metálico feo como un bote de tomate.

—Pasionaria fue tratada aquí como una exiliada de lujo, esa mujer nunca hizo nada por otros exiliados si ponía en peligro sus prebendas —dijo Lluís dejando la taza de café en el feo platillo.

—Sí, lo sé, como sé que era muy peligroso tenerla enfrente —reconoció con firmeza Santiago Carrillo—. Ninguna mujer tuvo tanta fuerza en el PCE como ella. Siempre estuvo involucrada en los procesos de «purga» ordenados por Stalin y nunca le tembló la mano a la hora de decidir.

Carrillo dejó de mirar la colilla del Belomorkanal con papirosa y decidió encender otro, después de haber probado los cigarrillos que se vendían fuera de la URSS había que estar desesperado para fumarse uno de aquellos, pero que iba a hacer, no había otra.

Dolores Ibárruri creció en un ambiente familiar de devoción religiosa que estuvo a punto de llevarla a las puertas del convento. No fue monja porque tuvo que trabajar, le atraía tanto el hábito que decidió vestir siempre de negro. Se casó en 1916 con un minero socialista que fue el culpable de su acercamiento al marxismo y alejamiento de la religión cristiana. Su matrimonio duró poco, Julián Ruiz era poca cosa para quien había asumido la doctrina comunista como la ideológica perfecta para liberar a la clase obrera de la explotación fascista.

Dejó a su marido para unirse sentimentalmente a Francisco Antón, un joven de nulo nivel intelectual y político 17 años menor que ella al que liberó de luchar en el frente durante la Guerra Civil. Le convirtió en supercomisario político y le promocionó hasta la cúpula del PCE, llegando a ser su número dos.

Dolores Ibárruri murió en Madrid el 12 de noviembre de 1989, curiosamente tres días después de la caída del Muro de Berlín. Antes de morir se confesó y comulgó en secreto con el jesuita Padre Llanos, que fue antes de evolucionar hacia posiciones izquierdistas y militar en el Partido Comunista de España, falangista y director espiritual del dictador Francisco Franco.

—Mi madre odió a la Pasionaria hasta el mismo día que le llegó la muerte —dijo Lluís mirando fijamente a los ojos de Carrillo—. No perdía la ocasión de llamarla cobarde y echarle en cara su apremiante ¡vamos, vamos! dirigido a los pilotos de los Douglas de las Líneas Aéreas Postales que utilizaron ella y la cúpula de Partido para huir de España camino de Moscú.

»Mi madre siempre le afeo las palabras que dijo a los que la habían escoltado hasta la escalerilla del avión, dejándoles allí como se abandona a un perro en una gasolinera. Volviéndose en la escalerilla del avión les dijo: «Camaradas cubrid nuestra salida. Después a las sierras a luchar contra el fascismo. Resistir. El partido no se olvidará de vosotros»

—Mucho más que por eso tu madre odió a la Pasionaria por buscarle la ruina política al camarada Francisco Antón —Carrillo lo dijo como disculpa a su camarada.

—Fue la vieja zorra de negro quien se vengó de Antón incluyéndole en un proceso de depuración estalinista desproporcionado —Lluís lo dijo con firmeza—. Sin tener en cuenta que ella fue quien destrozó su imagen y la del PCE cultivando una relación de la que hasta Iósif Stalin hacía comentarios jocosos.

—Lo sé y sentí de veras haber sido yo el instrumento utilizado por Pasionaria para llevar a cabo su venganza —se disculpó Carrillo bajando un poco la cabeza, quizá para ocultar la verdad, o para que pasara inadvertida la mentira en sus ojos.

Terminada la Guerra Civil en España en 1939 Francisco Antón puso tierra por medio entre él y el nuevo Gobierno franquista que perseguía a los comunistas sospechosos de haber tenido delitos de sangre durante la guerra y la década republicana. El camarada Francisco Antón se refugió en Francia para continuar desde allí la lucha contra el fascismo y fue capturado por los alemanes durante la ocupación nazi.

Dolores Ibárruri la Pasionaria consiguió que Stalin reclamara a Hitler —aliados durante los veintidós meses previos a la Segunda Guerra Mundial—, la liberación de su joven amante. En contra de la opinión de toda la cúpula del PCE Francisco Antón se reunió con su amante en Moscú y gozó de las prebendas reservadas para el consorte de la Secretaria general del partido. Pasionaria no supo ver que para los camaradas del proletariado internacional su relación amorosa, con un joven comunista 17 años menor que ella, era una pasión burguesa incompatible con la altísima misión reservada a la madre amantísima del Partido Comunista de España.

—No todas las mujeres han tenido el poder político suficiente para depurar a los hombres que las han abandonado —dijo Lluís dejando que la camarera se llevara el servicio de café y dejara en su lugar una jarra de agua del grifo y dos vasos que hacían juego con el ambiente gris que se respiraba en el triste salón del hotel.

—Excepto Pasionaria, lo sé —admitió Carrillo—. Francisco Antón murió en París el año pasado, poco antes estuve con él y le pedí perdón por las perrerías que Pasionaria me obligó a hacer cuando en París él y yo controlábamos el Partido —hizo una ligera pausa para continuar—: no sólo me perdonó, también me agradeció la puesta en marcha del proceso de revisión de su caso...

—¿Y perdonó a Pasionaria? —le interrumpió interesado Lluís.

—...Por supuesto que no —contestó Carrillo estirando el cuerpo—. Me encargue de limpiar su imagen y readmitirle en el comité central del Partido, cosa que hice con sumo gusto. Sin embargo, dijo que nunca perdonaría a Dolores Ibárruri.

—Según mi madre le denunció a la NKVD como posible agente fascista.

—Antón lo tuvo todo y lo tiró enamorándose de Carmen Rodríguez, la joven que militó en el Partido comunista francés...

Explicó Carrillo como el profesor que se dirige a sus alumnos para explicarles que en la familia homoparental que propone la izquierda el padre es madre a la vez, como tienen la oportunidad de ser los caracoles de jardín.

—...Cuando a Pasionaria le contaron la relación que tenía su joven amante en París le dijo a Antón que cortara inmediatamente su relación y volviera a Moscú. Él no estaba dispuesto reconociendo que su aventura con Pasionaria había llegado a su fin.

—Y ella no se conformó —convino Lluís—. Se propuso acabar con él y con todo lo que le rodeaba y lo consiguió. Sé que fue deportado a Polonia donde se le obligó a trabajar con un régimen de semiesclavitud en una fábrica de Varsovia.

—El camarada Antón no tuvo en cuenta que Rubén, el hijo de Pasionaria que murió en la batalla de Stalingrado le obligó a renunciar a muchas cosas, pero nunca estuvo dispuesta a renunciar a la energía que su pareja proporcionaba. Dolores Ibárruri era incansable en su trabajo y el camarada Francisco Antón el combustible para que esa poderosa máquina política no dejara de funcionar. Pasionaria tenía tres convicciones: sus propios ideales antifascistas, su demostrada lealtad a la Unión Soviética y su enloquecida pasión por «su compañero Paco». Cuando la abandonó por otra mujer más joven y hermosa Pasionaria no estuvo dispuesta a renunciar a su envenenada venganza.

“En 1960 Dolores Ibárruri llegó a la Presidencia del PCE y dejó la Secretaría general en manos de Santiago Carrillo. Llegaron entonces los honores que esperó durante años: la ciudadanía soviética y la Orden de Lenin. Un año después fue investida Doctora Honoris Causa por la Universidad de Moscú. Doctora sin carrera universitaria. Rubén Ruiz Ibárruri, su único hijo, llegó exiliado a la URSS después de haber combatido en la Guerra Civil Española. Ingresó en la Academia Militar y se licenció como teniente del Ejército Rojo. Recibió a título póstumo la medalla de Héroe de la Unión Soviética, el alto título honorario en grado de distinción que un ruso de la época podía recibir por haber caído en combate en la batalla por el control de la estación central de Stalingrado. Recibió la Orden de Lenin y la Orden de la Bandera Roja. Fue enterrado en Stalingrado bajo un monumento reservado para los caídos ilustres”

—Tampoco renunció a vengarse de mi madre echándole en cara de ser la «pareja» sentimental del camarada Eitingon, su compañero de la NKVD. Criticaba su actitud diciéndole que se cambiaba más de amante que de bragas.

—Me lo creo, Pasionaria es amiga de decir cosas así —reconoció Carrillo con media sonrisa.

—Mi madre fue la primera mujer extranjera que recibió la medalla de la Orden de Lenin. A la vieja zorra de negro no le gustó, pero no lo pudo evitar —dijo Lluís resentido—. También recibió un apartamento que para lo que hay por aquí podía considerarse de verdadero lujo.

—Un premio insignificante por implicarse en lo que representaba el drama de ver como la Revolución Rusa se devoraba a sí misma acabando con el trotskismo —dijo Carrillo con un gesto negativo con la cabeza.

—Mi hermano Ramón pagó con veinte años de cárcel quitarle al camarada Stalin la piedra enquistada en el zapato. Por esta acción fue recibido aquí en Moscú como un héroe nacional y readmitido en el KGB con el grado de comandante. Compraron su silencio con la Orden de Lenin y la medalla de Héroe de la Unión Soviética, ambas condecoraciones le fueron impuestas con absoluta intimidad en un despacho del KGB.

—Ramón Mercader fue un asesino para unos y un héroe para otros —reconoció Carrillo con brillo en los ojos—. Sobre su repatriación a Barcelona podríamos arreglarlo bajo un mínimo de condiciones

—¿Qué condiciones? —preguntó Lluís interesado.

—Que escriba sus memorias y diga quien le dio la orden de ejecutar a Lev Trotski.

—No puede hacerlo, sería traicionar a sus ideales. El asesinato del camarada Trotsky quedará en la historia como parte de los miserables secretos de la vida. La circunstancia actual de mi hermano consiste en destruir lo que ha hecho en su vida, no de traicionarlo.

Dijo Lluís mirando hacia la tapa de la mesa. Los vasos habían dejado sospechosos círculos de agua incapaces de ser formados por la excelente agua mineral de las fuentes serranas españolas.

—El comunismo está viviendo un momento tétrico, con esta gente no se puede ir a ningún sitio —dijo Carrillo buscando la fórmula de convencer al catalán—. La retórica antifascista del comunismo actual se dirige a esa España irreal con la que García Berlanga nos hace reír a todos. Tu hermano debe destruir todo sí, pero en el sentido de dejar de ser un buen comunista para convertirse en un mejor demócrata.

—Esa puede ser nuestra principal intención para volver a Cataluña, distanciarnos del marxismo y acercarnos más hacia las virtudes de la razón democrática —replicó Lluís con determinación—. Nosotros los Mercader, que renegamos del fascismo de Franco, no hemos sabido alejarnos del comunismo de Stalin.

—Cada día está más cerca la disolución de la Unión Soviética y el fin de la Guerra Fría —Carrillo trató de darle más intimidad a la conversación—. La URSS necesita encaminar su futuro hacia una economía socialista de mercado que corrija los errores de la economía impuesta por Stalin basada en el totalitarismo económico del Estado. La fuerza progresista de la Revolución de Octubre está exhausta. El futuro se encuentra ahora en el «eurocomunismo» propuesto por Enrico Berlinguer que nos ha hecho observar por qué la Europa occidental debe rechazar el modelo de la Unión Soviética.

—¿Renunciando al marxismo-leninismo? —preguntó Lluís Mercader con una ligera sombra de duda.

—Sí —afirmó Santiago Carrillo—. Los eurocomunistas debemos aproximarnos más a la clase media social y al modelo parlamentario pluripartidista. Renunciar al leninismo por un marxismo revolucionario inspirado en una política de reconciliación nacional que considere las libertades democráticas y los derechos humanos como logro histórico irrenunciable.

—La verdad es que no sé hasta qué punto estará dispuesto mi hermano Ramón a distanciarse de los ideales en lo que siempre ha creído.

—Dile que si desea volver a su verdadera tierra tendrá que dar un paso al frente...

El Secretario general del Partido Comunista de España siguió hablando con el hermano del espía soviético, necesitaba mostrar en España la imagen de un PCE moderno dispuesto a romper con todo lo que le anclaba al pasado.

Lluís Mercader escuchó las promesas que le ofrecía Santiago Carrillo:

Estaba dispuesto a conseguir para él una Cátedra en Madrid y otra en Barcelona o Navarra. Para su hermano, Ramón Mercader del Río, un puesto destacado en el Partido Comunista de España y un escaño en el Congreso de los Diputados, sentado junto a los comunistas Rafael Alberti y el catalán Jordi Solé Tura. Para su esposa Roquelia Mendoza y sus hijos adoptivos una vida llena de comodidades.

Lluís le escucho y prometió a Carrillo que trataría de convencer a su hermano, pero Ramón Mercader murió de cáncer en La Habana un año después.

“Ramón Mercader recibió del KGB un reloj de pulsera como homenaje. Ese reloj pudo llevar escondido un componente nuclear radioactivo que le causo el síndrome que poco a poco fue minando su vida y le causó la muerte”

Muertos su madre y su hermano Lluís Mercader dejó de ser el «eterno rehén» y regreso a España desde «su exilio soviético» para ocupar la Cátedra que le habían prometido durante la visita del Secretario general del Partido Comunista de España a Moscú. Comentó entonces a la cúpula del Partido que se había cumplido la sentencia que su hermano intuía que le había reservado el represivo Estado soviético por ser el autor material del asesinato de León Trotski.

La implicación de Santiago Carrillo en el asesinato de Trotski pertenece al paquete de misterios que se llevó al lugar donde reposan las almas de los ateos, aunque es poco probable que Iósif Stalin pidiera a Santiago Carrillo que le librara de su peor enemigo.

—Conocí al camarada Stalin en 1940 en una reunión en el Kremlin a la que fui con Pasionaria. En la reunión había dos militares que nos traducían las palabras de Mijaíl Suslov, Secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética, las del Ministro Molotov y las del Mariscal Voroshílov.

Así respondía Santiago Carrillo a las preguntas de un periodista norteamericano vestido con un elegante traje de color crema, pajarita roja con lunares blancos y una pipa en la boca que encendía a menudo dejando en el ambiente un perfumado olor a tabaco de Virginia. Era un joven pecoso y pelirrojo que tomaba notas en una carpeta con tapas de hule con una pluma estilográfica de la Parker Pen Company estadounidense, que el periodista regaló al Secretario general del PCE al terminar la entrevista.

—»Es curioso —continuó Santiago Carrillo—, no supe que estuvimos reunidos con Stalin hasta el día siguiente que vino a la oficina del Partido el camarada Suslov y nos trajo un regalo suyo, se trataba de un maletín con medio millón de dólares.

A la pluma se le atragantó la tinta al escuchar la cantidad y soltó un eructo que causó un ligero borrón de color azul. El periodista sonrió, no por el borrón de tinta, sino por comprobar que recibir medio millón de dólares sin recibo era sin duda una financiación irregular a un partido político, delito tipificado en países democráticos occidentales y caído en desuso tras el «telón de acero».

—Un dinero que debía ser destinado para aniquilar el trotskismo eliminando a su líder ideológico refugiado en México —apuntó el joven periodista con perspicacia.

—¡No! —declaró Carrillo más rotundo que sorprendido—. Era una aportación personal del camarada Stalin destinada a nuestros fondos reservados.

Estaban reunidos en el «1912 Museo Bar» del hotel Palace, situado más abajo del Palacio de las Cortes. Meses atrás había sido legalizado el Partido Comunista de España y Santiago Carrillo, como Secretario general del PCE, se reunió con Enrico Berlinguer, Secretario general del Partido Comunista Italiano y Georges Marchais, Secretario general del Partido Comunista Francés. Se trataba de presentar en Madrid las líneas fundamentales del Eurocomunismo.

La espaciosa sala del bar —decorada al más puro estilo clásico inglés—, poco tenía que ver con el salón, el café, y la calidad del servicio del hotel de Moscú, por ese empecinamiento de los comunistas soviéticos que consideran que la elegancia y el buen gusto es incompatible con la clase obrera.... ¡Valiente chorrada!

—¿El Kremlin no les informó sobre la «operación Pato»? —preguntó el periodista por si había suerte y recibía un sí del político comunista.

—No, para nada. Toda la conversación giró en torno al desafío de los comunistas yugoslavos hacia la Unión Soviética y la limpieza étnica que estaba llevando a cabo el Mariscal Tito para construir lo que él llamaba la Segunda Yugoslavia. Stalin estuvo en la reunión porque habían servido té y chocolate con pastas, placeres burgueses y mundanos a los que el camarada Iósif Stalin no se resistía.

El Secretario general hizo una pausa para encender un puro. Ahora estaba en España, podía fumar otra cosa que no fueran los Belomorkanal rusos con papirosa.

—¿Entonces su implicación en el atentado contra Lev Trotski la basan sus críticos en la coincidencia de fechas? —apuntó el periodista.

—Durante mi exilio de seis meses en la URSS me enviaron a Nueva York como funcionario de la juventud de la Internacional Comunista, precisamente en 1940. Permanecí en América con pasaporte falso algo más de seis meses. En Nueva York vivía en Ámsterdam Street, donde me reunía con jóvenes comunistas norteamericanos, pero no me involucraba en nada por problemas del idioma

¿No habla usted inglés? —preguntó sorprendido el periodista.

—Bueno, sí, un poco... pero sólo por señas

Contestó Carrillo haciendo un chiste fácil que el yanqui no entendió. Andaba flojo de reflejos.

“Los líderes comunistas españoles no hablaban inglés y a pesar de su admiración por la «madre patria» tampoco conocían su idioma. El ruso de Pasionaria era muy pobre, como el francés de Santiago Carrillo. En España es preciso saber inglés para trabajar en un hotel o entrar de becario en una empresa. Sin embargo, se pueden ocupar los más altos cargos políticos sin dominar ningún idioma extranjero”

—En 1940 —continuó Carrillo—, visité en la cárcel al Secretario general del Partido Comunista de los Estado Unidos Earl Russel Browder —prosiguió Carrillo—. Browder quería abandonar la Internacional Comunista y acercarse de manera oportunista a los gobiernos burgueses. Se trataba de conciliar el capitalismo y el socialismo bajo una teoría a la que él llamaría «browderismo», un nuevo socialismo que tenía feo hasta el nombre. Browder me habló sobre un atentado contra León Trotski que preparaba el mexicano Siqueiros y un «topo» estalinista norteamericano que se había infiltrado entre los guardaespaldas del líder trotskista.

—¿Conoció en 1940 a Robert Sheldon Harte? —preguntó el periodista.

—Sé quién es pero no le conocí. —negó rotundo Carrillo.

—Él fue quien se encargó de facilitar la entrada a los pistoleros que ametrallaron la residencia de León Trotski —dijo el periodista convencido de que Carrillo conocía los pormenores del atentado—. Dispararon más de 200 balas pero ninguna alcanzó a Lev Trotski, que era su principal objetivo. Tras el intento fallido los asaltantes se llevaron al hipotético traidor y su cuerpo apareció días más tarde en una casa de las afueras desfigurado y semienterrado entre kilos de cal.

“En la operación Utká (Pato) además del comunista mexicano y pintor muralista David Alfaro Siqueiros participaron dos mujeres: Julia Barradas y Ana María López. El pintor catalán Antonio Pujol Jiménez, el pintor mexicano y cuñado de Siqueiros Luís Arenal. Estaban además otros cinco del partido comunista mexicano y un tal Frank Jackson que no era otro que Ramón Mercader que estaba en México bajo una de sus muchas identidades falsas. El verdadero nombre de Siqueiros era José de Jesús Alfaro Siqueiros. El «José de Jesús» lo cambio por David que, aunque también es un nombre bíblico, era más apropiado para ser lucido por un ateo”

—Es la forma acostumbrada con la que los agentes de la NKVD se deshacen de los testigos —reconoció Carrillo soltando una cumplidita columna de humo de su cigarro cubano de importación—. He visto hacer cosas peores a los «comisarios del pueblo».

—Fusilar sentados en una silla a los que rompían la columna vertebral durante los interrogatorios —convino el periodista con un gesto controlado de repulsa.

—Por ejemplo —contestó Carrillo apagando el puro en un bonito cenicero de cristal tallado—. Mire usted joven: el resultado de mi vida no despertará ningún interés hagiográfico, tampoco espero pasar a la historia por mis maldades. Es verdad que en 1940 estuve cerca del escenario donde murió León Trotski, pero no tuve nada que ver con su muerte como tampoco convencí a Pilatos para que crucificara al rey de los cristianos. Hace unas semanas le dije en Moscú a Lluís Mercader que convenciera a su hermano Ramón para que escribiera sus memorias, que contara al mundo quien le ordenó matar al camarada Trotski y que personas estuvieron realmente involucradas, todavía no he recibido respuesta.

Quizá Ramón Mercader empezó a escribir sus memorias, pero la muerte le sorprendió en La Habana en octubre de 1978.

Para ocultar su identidad y no ser identificado como el preso que cumplió veinte años en la cárcel mejicana de Lecumberri, sus cenizas están en una tumba con el nombre de Ramón Ivánovich López en el cementerio de Kúntsevo, un cementerio reservado para los Héroes de la Unión Soviética.

También le reservaron un lugar de honor en el museo del KGB de Moscú por haber provocado la muerte del que fue el eterno enemigo del mariscal Stalin, el camarada y fundador del Ejército Rojo Lev Trotski. Lo hizo a traición clavándole por la espalda un piolet para escalar montañas en la parte trasera de la cabeza. La inusual arma la había preparado para llevar a cabo su macabra misión. Para entrar en la blindada residencia del fundador del «trotskismo» la llevaba oculta en un bolsillo de la gabardina. En ningún momento fue registrado.



«Tumba en Moscú de Ramón Mercader del Río»

Capítulo IV, Barcelona año 1936.

Que trata sobre esos «Héroes de Medalla»

Pobre aquel que cree y llega hasta el extremo de autofanatizarse con doctrinas políticas y filosóficas, que sustentan la destrucción como remedio inevitable para iniciar la reconstrucción de un hipotético mundo mejor y más libre, llevando al poder la dictadura del proletariado. No se debe pensar en que el marxismo es una «filosofía política superior», sino la idea «de una religión inferior».

Después del fusilamiento del Che Guevara por el ejército boliviano en un artículo, que no fue publicado hasta después de su muerte, el revolucionario argentino alababa la actitud belicista del régimen cubano con este lapidario texto:

“Seremos el ejemplo escalofriante del pueblo que está dispuesto a inmolarse atómicamente para que sus cenizas sirvan de cimiento a la nueva sociedad popular” «Ernesto Che Guevara»

Del 1 al 16 de Agosto de 1936, durante el período del III Reich, se celebraron los Juegos de la XI Olimpiada de Berlín, donde por primera y única vez, España no participó. El Frente Popular lo decidió así para no parecer fascista.

El Gobierno de la Segunda República boicoteó lo que los antifascistas llamaron la «Olimpiada Parda» promoviendo en su lugar la Olimpiada Popular de Barcelona donde participarían deportistas obreros antifascistas.

En las Olimpiadas Obreras podían participar países, regiones y nacionalidades sin reconocimiento internacional como país: Argelia y Marruecos no estaban reconocidos entonces como países independientes, eran protectorados. Cataluña y el País Vasco se presentaron como países independientes, obedeciendo a su vocación de presentarse a los eventos internacionales con selecciones y deportistas de su «propia nación».

La XI Olimpiada de Berlín de 1936 logró un éxito colosal. La Alemania nazi del dictador Adolf Hitler quiso impresionar al mundo y ¡vaya! que lo consiguió. Berlín lo superó todo quedando como modelo para el resto del futuro. Fue toda una lección.

La Olimpiada Popular de Barcelona se vio condenada a la oscuridad sofocada por la Guerra Civil Española de 1936, quedando en la historia como una insignificante nota al pie de una página, de los insignificantes medios de comunicación.

La intención de los Juegos Obreros no era promover las rivalidades nacionales como era el caso de los promovidos por el burgués Comité Olímpico Internacional, sino enaltecer la solidaridad y el compañerismo en el deporte. Con ese fin el único himno permitido era «La Internacional», himno oficial de los partidos políticos y sindicatos obreros de ideología marxista. Estaban prohibidos los himnos nacionales de cada país y la única bandera que podía exhibirse era la roja.

¿Qué tenían pensado utilizar como pebetero Olímpico? ¿Qué premios entregarían a los vencedores de cada prueba: las tradicionales medallas, una butifarra, un bocadillo de panceta?

Caridad del Río formaba parte de la secretaría de los Servicios de Prensa de la Olimpiada Popular de Barcelona donde participarían obreros de los países inscritos, que no deberían tener trabajo fijo porque muchos se quedaron en España luchando en las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil que empezó precisamente a mediados del mes de julio del siniestro año bisiesto de 1936.

La que fue distinguida con la medalla de la Orden de Lenin por el gobierno de la URSS pertenecía a una familia acomodada de origen indiano. Su padre, Ramón del Río, había nacido en Cantabria. La familia del Río llegó desde la isla de Cuba a Barcelona años antes de la independencia cubana. Pronto se integraron en la élite social burguesa barcelonesa. La del Río afirmaba que su madre apoyó al independentismo cubano, que su padre fue gobernador de Santiago de Cuba y distinguido como el primer hacendado que había liberado a sus esclavos... mentía, mintió toda su vida.

Como otras mujeres casadas con el comunismo estudió en un colegio religioso, en su caso en el Sagrado Corazón de Sarriá. Pasó también por los centros de la congregación católica de Londres y París y aprendió ambos idiomas. Como la Pasionaria sintió «la llamada» de la vocación religiosa, aunque no quiso ser monja, se libró entonces de estar entre las 283 religiosas que sus camaradas antifascistas violaron y fusilaron durante el período de exaltación del Frente Popular.

Con apenas dieciséis años se casó con Pablo Mercader Marina, siete años mayor que ella, que pertenecía a una familia que poseía varias factorías y prósperos negocios en el mercado textil. Se trataba entonces de un enlace entre dos familias adineradas de la burguesía barcelonesa. Caridad del Río se enamoró de su marido por su extraordinaria manera de montar a caballo, admiraba a los que sabían montar y eran maestros sacando lo que lleva dentro una buena yegua. Como ocurrió con la Pasionaria el marido elegido por la brava hembra «no cubrió» las expectativas.

Pablo Mercader tenía un carácter afable, conservador y devoto de la familia. Con él Caridad del Río tuvo cinco hijos, pero también cantidad de desencuentros con las aficiones sexuales poco convencionales del barcelonés que le gustaba acudir a burdeles donde incitaba a su mujer a observar a través de mirillas ocultas como lo hacían las prostitutas con sus clientes. La parafilia de su esposo originó en Caridad del Río un profundo desprecio hacia su decadente clase social.

Caridad abandonó las convenciones de su círculo social mostrando actitudes poco acordes con los principios básicos burgueses. Frecuentaba ambientes intelectuales y bohemios que la llevaron al consumo continuado de drogas, se hizo pronto adicta y lo fue hasta su muerte. Trataba con oscuros personajes anarquistas, pistoleros comunistas a los que incitó para que atentaran contra las empresas de la extensa familia Mercader para provocar la ruina de todos.

Otro de los factores que contribuyó al fin de su matrimonio fue la relación que tuvo Caridad del Río con el aviador francés Louis Delrieu. Se enamoró perdidamente del joven elegante y caballeroso al que veía envuelto en la aureola mítica de heroísmo que acompañaba a los pioneros de la aviación. Convertidos en amantes el piloto le introdujo a Caridad —es posible que por vía vaginal—, el exacerbado fanatismo estalinista del que ella no se desprendió.

Sin embargo, el ideólogo comunista no lo era tanto: llevaba en secreto que pertenecía a la organización paramilitar fascista francesa conocida como la «Croix-de-feu».

Descubierta su implicación en los atentados anarquistas que llevó a la ruina a la familia Mercader, y los desenfundados escándalos que ella no ocultaba, llevó a tomar medidas drásticas a la familia que acordó encerrarla en el manicomio Nueva Belén de Sant Gervasi, donde recibió un tratamiento agresivo. De allí no salió hasta que fue liberada por sus camaradas anarquistas que amenazaron de muerte a la familia Mercader por haber consentido que Caridad del Río hubiera sufrido, durante tres meses, la experiencia traumática de las duchas frías y las sesiones de electrochoque que dejaron en su mirada el aspecto de loca que le quedó para siempre como signo de identidad.

La revolucionaria anarquista nunca perdonó a su familia. Cuando le quitaron la camisa de fuerza y le permitieron salir de la institución mental deseó su muerte y prometió que ella misma mataría a todos los fascistas burgueses de la clase a la que, por la pasión que sentía por su padre ideológico Iósif Stalin, ya no pertenecía.

Entre 1924 y 1925 abandonó a su arruinado marido. Los atentados anarquistas le obligaron a cambiar de casa y vivir desde entonces con un modesto sueldo de contable.

Caridad del Río vivió con su amante Delrieu durante tres años en Francia, donde se trasladó con sus cinco hijos. Su amante se cansó de la relación y pasó entonces por una mala época en la que por primera vez tuvo que trabajar. No lo había hecho nunca. La improvisada circunstancia la llevó a un estado depresivo que la indujo al suicidio.

Cuando se enteró de la situación en la que vivían sus hijos con su demente madre Pablo Mercader fue a Toulouse donde la que aún era oficialmente su mujer regentaba un restaurante. Se hizo cargo de los tres menores y regresó con ellos a Barcelona. Debido a su modesta situación económica tuvo que internarlos en una institución religiosa. Los dos hijos mayores Jorge y Ramón se quedaron en Francia estudiando en la escuela de Hostelería: Jorge como jefe de cocina y Ramón para ser maître de hotel.

Caridad del Río recuperada se trasladó a París y se afilió a la sección francesa de la Internacional Obrera del Partido Socialista, incomprensible paradoja porque su espíritu se encontraba lejos del «mundo obrero». Es más, despreciaba tanto a los obreros como a los empresarios. Desde la agrupación de extrema izquierda entró en contacto con el espionaje soviético y conoció a quien se convirtió en su nuevo amante: Leonid Eitingon, oficial de la NKVD —lo que después fue el KGB—, que la reclutó como espía de la Agencia del Comisariado del Pueblo y la acercó más hacia la ideología estalinista del Partido Comunista francés, a los brazos de su secretario general y a la cama de los principales dirigentes del partido que comprobaron que Caridad del Río no estaba loca, sino que hacía el amor como una loca.

En 1930 su hija Montserrat se escapó del internado para reunirse en Francia con su madre e ingresar en el Partido Comunista. En 1936 se trasladó a España con su marido para participar en las Brigadas Internacionales Antifascistas y emulando a su madre pronto se convirtió en amante y secretaria personal de André Marty, encargado de la Internacional Comunista para organizar el reclutamiento. Como Inspector General y comisario político de Albacete —donde se encontraba el grueso de la organización brigadista—, el polémico militar y político del Partido Comunista fue conocido como le boucher d'Albacete «el carnicero de Albacete» debido a los fusilamientos de civiles que simpatizaban o apoyaban al Frente Nacional y los brigadistas internacionales antifascistas que él mismo acusaba de cobardes. Sin embargo, él nunca participó en ningún combate, se mantuvo siempre en la segura retaguardia.

Según su informe al Comité Central del Partido Comunista de 1937 en ningún momento vaciló ante las ejecuciones que él consideró necesarias. Afirmar que los fusilamientos ordenados no sobrepasaron los quinientos.

Obligado por los métodos asesinos y sus operaciones de confiscación de bienes a la sociedad burguesa André Marty abandonó España cuando vio la guerra perdida. Cuestionado también en Francia por su espíritu belicoso y genocida terminó fijando su residencia en la Unión Soviética, donde fue tratado como un héroe.

Ramón Mercader volvió a Barcelona como militante comunista durante la proclamación de la Segunda República, en 1931. Sus hermanos Jorge y Montserrat se quedaron en Francia junto a su madre. Pablo y Lluís seguían en el internado religioso de Barcelona. Su madre les visitó sólo una vez en seis años.

Caridad del Río era una mujer conflictiva. Tuvo problemas con la policía francesa y al ser expulsada de París fijó su residencia cerca de Burdeos. Los problemas volvieron y fue detenida en 1935, en el interrogatorio recibió tal paliza que perdió la visión dos semanas. Fue expulsada del país y se trasladó a Barcelona donde su hijo Ramón ya trabajaba como maître en el hotel Ritz. De forma inmediata «la Pasionaria catalana» ingresó en el Partido Comunista de Cataluña donde militaba su hijo Ramón Mercader. Caridad del Río participó en el proceso de confluencia de los partidos obreros catalanes que dio lugar al Partido Socialista Unificado de Cataluña «PSUC».

A principios de Julio de 1936 la revolucionaria comunista catalana fue designada para llevar la redacción del órgano del expresión del Partido y formar parte de la Secretaría de Prensa de la Olimpiada Popular de Barcelona de 1936, interrumpida por la sublevación militar que dio origen a la Guerra Civil. Caridad del Río con el mono miliciano y la pistola al cinto representaba a la mujer modélica y ejemplar liberada de la esclavitud de la sociedad burguesa.

“Estamos decididos a hacer en España lo que se ha hecho en Rusia. El plan del socialismo Español y del comunismo Ruso es el mismo”
«Francisco Largo Caballero»

El discurso del conocido entre sus camaradas como el «Lenin español» fue el pistoletazo de salida para radicalizar a la Sociedad catalana abrazando el anarquismo y la revolución proletaria. El proceso socialista se le fue de las manos a la Generalitat y a su presidente Lluís Companys que inoperante se limitaba a firmar decretos que no podía hacer cumplir y aceptaba los que capitalizaban la lucha obrera imponiendo su forma de vivir a la Sociedad burguesa catalana.

Como base del proceso revolucionario se puso en marcha la colectivización agrícola, expropiación del tejido industrial, incautación de dinero, taxis, autobuses, camiones y vehículos privados. Los edificios propiedad de las empresas pasaban a ser sedes de los partidos políticos y sindicatos obreros. Los palacios convertidos en edificios oficiales y las residencias de la clase burguesa en «casas del pueblo». Las iglesias se quemaban una vez despojadas de lo que se podía fundir o vender, los conventos desalojados y convertidos en almacenes sin ninguna utilidad. Nadie protestaba públicamente para no ser tachado de enemigo de la sublevación popular.

La Sociedad española no estuvo de acuerdo con el nuevo estilo de vida impuesto por el Frente Popular con el visto bueno del Gobierno republicano, circunstancia que impulsó a la parte discordante del Ejército nacional comprometida con la defensa de la Nación a promover el Alzamiento en armas contra los que habían impuesto a «todos» los españoles la forma de vida soviética que contempla la Dictadura del Proletariado.

El inevitable golpe Estado militar provocó la Guerra Civil española de 1936 y la suspensión de las Olimpiadas Obreras en Barcelona. La ira de Caridad del Río provocó que se echara a la calle con su mono azul recién planchado y la intención de matar al mayor número de burgueses y fascistas posible. Sobre todo, si eran empresarios textiles y habían asistido a su boda.

Cuando el general Goded fracasó en el intento de tomar el control de la ciudad de Barcelona, fue Caridad del Río quien le salvó de ser inmediatamente fusilado por los milicianos anarquistas que le habían arrestado. Según sus palabras:

«Este facha de mierda muerto no sirve ni para darle de comer a los cerdos»

Caridad del Río convenció a sus camaradas para que le llevaran a presencia del presidente de la Generalitat de Cataluña y obligarle a decir por radio que el Golpe militar había sido un completo fracaso. Tras el mensaje radiofónico el general Goded fue conducido al barco-prisión Uruguay desde donde salió veinticuatro días más tarde para ser fusilado junto al general de brigada Álvaro Fernández Burriel, que estaba al mando de la brigada de caballería de Cataluña el 19 de julio de 1936.

—Me marcho mañana mismo a Barcelona.

Dijo el escritor y periodista Eric Arthur Blair, más conocido por su seudónimo de George Orwell.

—¡Y esa tontería! ¿A qué viene? —preguntó asombrado su amigo y novelista estadounidense Henri Miller.

—Tengo que ir a matar fascistas porque alguien debe hacerlo —contestó Orwell durante la reunión que mantenían ambos en París durante las navidades de 1936.

—Me parece una completa estupidez.

—La lucha que se libra ahora en Barcelona tiene mucho que ver con mis ideales, allí ahora la clase obrera te mira a la cara, los dependientes y camareros te tratan como a un igual, sin servilismos, sin formas ceremoniosas en el lenguaje. Los tratamientos han desaparecido, ya nadie dice señor, ni don, ni tampoco te tratan de usted. Todos son camaradas y se llaman de tú. Se dice ¡salud! en lugar de buenos días.

—Lo que es bueno para unos no lo es para otros —convino Miller con una ligera sonrisa de circunstancias—. Prescindir de las formas no debe ser determinante para llevar a cabo la Revolución Social...

—Anticapitalista —interrumpió Orwell.

—...Anticapitalista, antifascista o lo que tú quieras o digas —aceptó Miller bajando la cabeza—. Tu entusiasmo por ver como la Dictadura del Proletariado tiene ahora el control del poder político no te deja pensar en el profundo abismo donde puede caer la Sociedad empujada por los que se dedican más a delimitar las prerrogativas que a poner en marcha una verdadera Revolución Industrial.

—El marxismo ha puesto el poder del Estado en manos de los obreros, esto es el fin de una Dictadura fascista y burguesa que ha querido interrumpir con las armas el período de transición entre el Capitalismo y la Sociedad Comunista.

Orwell tuvo que salir de España unos meses después de su llegada, no por el tiro que recibió en el cuello luchando en el frente de Huesca, sino para salvar la vida cuando fue perseguido por la NKVD de los camaradas Orlov y Leonid Eitingon «Kótov», el amante de Caridad del Río. Estos camaradas fueron los responsables de montar las «checas» utilizadas por los partidos políticos y sindicatos marxistas para interrogar, juzgar y ejecutar a los enemigos de la Revolución libertaria. Además de ser los enviados de Iósif Stalin para eliminar el trotskismo enquistado en los partidos antiestalinistas españoles, como era el caso del Partido Obrero de Unificación Marxista al que Orwell perteneció por pura casualidad, no supo entonces dónde se metía.

—Me equivoqué —confesó Orwell—. Me hubiera ido mejor alistado en la Milicia Confederal de los Sindicatos Obreros, como era mi intención al salir de París. Me alisté en el POUM para evitar ir a la lucha con las Brigadas Internacionales, con las que no estaba de acuerdo por el exacerbado comunismo de sus mandos.

—Sé que tuviste que defenderte a tiros en la sede del partido para evitar que te detuvieran los estalinistas —le dijo Celia Kirwan, miembro del IRD británico que era el responsable de combatir la influencia infiltración y propaganda soviética.

“Celia Kirwan era la cuñada del historiador anticomunista Arthur Koestler y la primera mujer a la que Orwell propuso matrimonio al quedar viudo. La Kirwan le visitaba en el sanatorio inglés donde se curaba de la tuberculosis para conseguir los nombres de intelectuales que ocultaban su acercamiento al comunismo, ciudadanos británicos indeseables para el IRD”

—Estuve a punto de ser asesinado y desaparecer en España sin dejar rastro, como desapareció sin dejar rastro el líder del partido al que por mi desconocimiento de lo que había allí fui afiliado al llegar a Barcelona.

—Sí, es cierto. Tenemos en la Agencia información de la detención y tortura de Andrés Nin en la «checa» comunista de Alcalá de Henares. Su cuerpo roto y desollado nunca se encontró, es posible que terminara en el horno secreto del camarada Orlov.

Alexander Orlov disponía en España de su propio horno crematorio para deshacerse de los cadáveres de sus víctimas antiestalinistas. Dicho horno secreto estaba supervisado por el coronel del NKVD Stanislav Vaupshasov y el responsable de su funcionamiento era José Castelo Pacheco, un salmantino del Partido Comunista Español nacido en 1910. Hombre de máxima confianza del general Orlov demostró con su silencio su lealtad a Stalin. Castelo Pacheco dejó instrucciones a la mujer con la que convivió hasta 1982 para que se dirigiera al Gobierno soviético solicitando una pensión por los servicios que José había prestado a la Segunda República y a los servicios de inteligencia soviéticos durante la Guerra Civil española de 1936.

—Reconozco que viví una quimera —reconoció George Orwell—. Fui a España a escribir artículos periodísticos sobre la Guerra Civil. Pensé que sería más fácil si pertenecía a las milicias anarquistas que controlaban Cataluña. La revolución estaba en su apogeo, por primera vez en mi vida me encontré en una ciudad donde la clase obrera llevaba las riendas. Los edificios estaban cubiertos con banderas rojas del Partido Comunista y las rojas y negras del Anarquismo Libertario.

—Todo fue bien al principio, ¿no es cierto?

—Sí, todo estaba en manos obreras, en todas partes las paredes ostentaban la hoz y el martillo y los símbolos e iniciales de los partidos políticos que estaban con la República.

»En las tiendas, en las cafeterías, por todas partes se veían letreros que proclamaban su nueva condición de Servicios Socializados. Hasta los limpiabotas habían sido colectivizados, sus cajas estaban pintadas con el rojo y negro de los anarquistas.

George Orwell dirigió la mirada al ventanal de la habitación del sanatorio. Le recordaba su convalecencia en el Hospital General de Barcelona del que salió con los certificados médicos de inutilidad para no tener que regresar al frente de Aragón, donde recibió el tiro de un francotirador franquista que atravesó su cuello de lado a lado.

—Me hubiera quedado en Barcelona si el partido con el que combatía no hubiera sido declarado ilegal —reconoció Orwell con voz de nostalgia—. Cuando salí del hospital presencié lo que era una Guerra Civil dentro de otra Guerra Civil. Por las calles había enfrentamientos armados entre el Ejército Regular republicano, bien equipado por la Unión Soviética, y las Milicias Anarquistas del trotskismo, por supuesto mucho peor equipadas. El resultado dio lugar al desarme de las milicias y el inicio de una auténtica purga represiva al más puro estilo soviético. Sin duda sufrí un duro revés en mis convicciones, me di cuenta de que el comunismo es otra forma de dictadura equiparable al nazismo. Son dos caras en la misma moneda.

»La manipulación informativa y propagandista de la izquierda puede obviar los hechos de Barcelona como si no hubieran existido, yo no puedo hacerlo. Postrado en esta cama, tratando de quitarme del pecho la única medalla que obtuve por combatir en España, puedo asegurar que nada diferencia al fascismo del estalinismo.

Mientras tanto en su exilio de Francia Manuel Azaña, expresidente de la Segunda República española, se lamentaba del tratamiento de traidor y cobarde que le habían dirigido el Primer Ministro de la República, el socialista Juan Negrín y la dura líder comunista Dolores Ibárruri «Pasionaria» por haber huido a Francia y negarse a volver a España. Ellos también lo hicieron al ver el peligro cerca.

—Salí de España sintiendo vergüenza de ver como cada ciudad, cada provincia, hacía su guerra particular —le decía cansado y enfermo al embajador de la República de México Luís I. Rodríguez. El embajador le puso bajo su directa protección en el Hotel du Midi de Montauban, donde murió por la grave enfermedad que padecía.

—»Barcelona deseaba conquistar Baleares y Aragón y con ello formar con la gloria de la conquista la ¡Nueva Nación Catalana! Los vascos querían incluir en su autonomía a Navarra y puestos a pedir también Asturias y León. Málaga y Almería suspiraban por Granada y el resto del antiguo Reino nazarí. Valencia quería quedarse con Teruel.

Fuera de la habitación no se oía nada. Sin embargo, alguien pasó cerca de la puerta y dejó caer una bandeja donde llevaba un servicio de té. El expresidente Azaña dio un respingo, desde su huida de Madrid cada ruido le hacía creer que alguien le disparaba por la espalda. Una vez pasado el susto se pasó un pañuelo para secarse unas gotas de sudor y continuó:

—»Cada Región quiso aprovechar la Guerra Civil para fraguar sus conquistas. Los diputados acudían al Ministerio de la Guerra para pedir un avión o un cañón, como si se tratara de pedir una escuela pública o estafeta de correos.

Hizo una pausa para toser cubriendo su boca con un pañuelo, el embajador comprobó entonces que por las marcas dejadas en el pañuelo el estado de salud del expresidente republicano era muy, muy preocupante.

—»Provincianismo, ignorancia y frivolidad a la que se debe añadir la codicia y deslealtad al Estado —continuó el exiliado expresidente—. La Generalidad se alzó con todo. El improvisado Gobierno vasco hacía política internacional. Santander llegó a tener hasta su propio ministro de Asuntos Exteriores. Nadie, nadie estaba dispuesto a luchar por el Frente Popular, cada partido, cada sindicato, cada provincia, todos querían mantener su propio ejército. Las columnas de combatientes no congeniaban entre ellos, se hacían daño unos a otros, se arrebataban los víveres, robaban las municiones.

Otra pausa que Manuel Azaña aprovechó para tomar un sorbo de agua de Vichy que le hizo torcer el gesto, la palabra Vichy le producía escalofríos porque era el Régimen de Vichy del colaboracionista mariscal Pétain quien le perseguía para entregarle a los nazis de la Gestapo. En el hotel podía sentirse seguro, las habitaciones se habían declarado como sede de la delegación de la embajada de México, por tanto, estaban protegidas con los privilegios de extraterritorialidad que protege al cuerpo diplomático.

No obstante, cada vez que se oía en la calle el paso de una patrulla alemana hasta el mismo colchón de la cama se arrugaba como una cabra ante una manada de lobos.

—»Todos rechazaban ir al frente, se reservaban para defender lo que ahora llamaban su propia Nación. Las milicias de las columnas catalanas hicieron estragos en Aragón y los aragoneses pedían que se marcharan. No estaban dispuestos a ser «presa de guerra».

Nueva pausa para mirar en torno, donde pudo comprobar que la habitación poco tenía en cuenta la revelación que el expresidente le hacía a quien se había declarado su amigo: el político y diplomático mexicano del Partido Revolucionario Institucional que mantenía su hegemonía política en México y la mantuvo durante sesenta años... como una dictadura más.

—»El sindicalismo asambleario —continuó el expresidente Azaña—, no permitía trabajar en los talleres militares donde se repara el material de guerra más de lo que la asamblea de obreros establecía, se negaban a trabajar en turnos de noche y para ellos, que como comunistas convencidos negaban la existencia de Dios, los días festivos eran sagrados. Cuando estuve en Valencia comprobé que allí no estaban dispuestos a recibir al Gobierno de Madrid. Molestaba su presencia porque los valencianos pensaban que atraería los bombardeos de la aviación alemana. Además, rechazaban a los refugiados porque consumían víveres que ellos no estaban dispuestos a compartir.

—Sin pensar que Valencia siempre se mantuvo de pie gracias a Madrid —remató el embajador mexicano esbozando una sonrisa que se mantuvo durante unos segundos en el aire antes de salir de la habitación atravesando los cristales.

Manuel Azaña, cuando comprendió que la Segunda República perdería la guerra, preparó su propio exilio llevándose, además de su esposa, un millón de francos que fueron enviados a París por su cuñado Cipriano Rivas Cherif, escenógrafo y director de escena, además de supuesto amante del presidente Azaña. Según los intelectuales de la época el señor Rivas Cherif llegó al cargo de Jefe de Protocolo del presidente por el camino más «recto». El «cuñadísimo» del presidente convirtió el millón de francos en dólares oro para pagar el pretendido dorado exilio, que fue arruinado por la persecución de los nazis alemanes y los colaboracionistas franceses que se alinearon con el gobierno de Burgos del general Franco. El nuevo embajador franquista José Félix de Lequerica presionó a los franceses para juzgar al expresidente Azaña aplicándole la Ley española de Responsabilidades Políticas. Le acusó de enemigo de la Patria y de su histórica religión, de ser masón, marxista y presunto homosexual. Manuel Azaña no negaba su posición, en su célebre discurso de la madrugada del 14 de octubre de 1931 en las Cortes Constituyentes dijo: «España ha dejado de ser católica».

Esta sentencia lapidaria le alejó del ochenta por ciento de los españoles que eran católicos. Además, con la sentencia se enfrentó a más de mil doscientos millones de cristianos repartidos por todo el mundo. Un «partido» demasiado fuerte y peligroso para tenerlo enfrente, teniendo en cuenta quien es su Presidente, y el Secretario general.

El expresidente Azaña pronto se arrepintió de mirar hacia otro lado durante los saqueos y la quema de las iglesias y conventos, sobre todo en Madrid. De permitir la expropiación de los bienes eclesiásticos y no reaccionar ante el robo y la destrucción de millares de obras de arte de incalculable valor que se perdieron para siempre.

Tampoco hizo nada por impedir los fusilamientos de obispos, sacerdotes y monjas, entre ellos los padres agustinos del Monasterio de El Escorial donde él mismo había estudiado la carrera de derecho. Para él la religión no tenía ningún sentido y lo dejó ver cuando declaró: «Ni todos los conventos de Madrid valen la vida de un republicano».

En el momento de su muerte rodeaban a Manuel Azaña: el pintor Francisco Galicia, el general Juan Hernández Saravia, el mayordomo Antonio Lot, una monja llamada Ignace, el obispo de Montauban Pierre Pierre-Marie Théas y su esposa Dolores Rivas Cherif, con quien el expresidente había contraído matrimonio católico en el antiguo monasterio de San Jerónimo el Real de Madrid, Iglesia y convento muy ligados a la vida de la Corte y la monarquía española. En «Los Jerónimos» se casó también el rey Alfonso XIII, al que el gobierno de la Segunda República obligó a abandonar el país.

El mariscal Pétain prohibió que el expresidente fuera enterrado con honores de Jefe de Estado, porque ya no lo era. Accedió a que su féretro fuera cubierto con la bandera española a condición de que esta fuera la bicolor rojigualda, de ninguna manera la tricolor bandera republicana.

Ante la rotunda negativa de los republicanos españoles de cubrir el féretro de Manuel Azaña con una bandera a la que odiaban y no reconocían el embajador Luís I. Rodríguez decidió cubrirlo con la bandera de su país:

“Al presidente Manuel Azaña lo cubrirá con orgullo la bandera de México. Para nosotros los republicanos mejicanos será un privilegio. Para los republicanos españoles la esperanza. Para los republicanos franceses una dolorosa lección”

Los restos del expresidente republicano quedaron en Francia en el cementerio de Montauban. A pesar de que sus anticlericales camaradas tratan de ocultarla con flores hay una cruz grabada en su lápida de piedra.

Antes del golpe de Estado del 18 julio de 1936 que llevó a los españoles a la Guerra Civil, hubo otros dos: El del General Sanjurjo en 1932 no causó víctimas. El de octubre de 1934 promovido por el PSOE que causó: miles de muertos, la proclamación en Oviedo de la República Socialista Asturiana y en Cataluña el Estado Catalán de la República Federal Española. El tercer golpe de Estado de 1936 fue a consecuencia de la inestabilidad y el caos promovido por los partidos políticos.

Todos lo querían todo para sí y nada para el adversario, y eso sólo conduce al conflicto. La Guerra Civil de 1936 empezó con el enfrentamiento de una parte del Ejército español que no toleraba la inactividad de la otra parte del sovietizado Ejército popular que no intervenía ni cortaba los desmanes ordenados por los líderes del Frente Popular con el visto bueno del Gobierno de la República.

El Frente Nacional utilizó la bandera tricolor republicana durante los primeros meses de combate y su grito de guerra fue ¡Por España y la República! hasta que decidieron luchar por la bandera que juraron y prometido lealtad, la bicolor Rojigualda.

El populismo de la izquierda y el republicanismo exacerbado indujo a los españoles a renegar de la religión y despreciar los símbolos propios del Estado. La Marcha Real resultaba monárquica y burguesa y la bandera bicolor representaba con su escudo los reinos históricos de España... además tenía una cruz.

La Primera República —1873-1874— fue experiencia efímera, en sus primeros once meses se sucedieron cuatro presidentes del Poder Ejecutivo. Los republicanos del siglo XIX se limitaron a quitar los símbolos monárquicos del escudo Nacional manteniendo los colores de la bandera Rojigualda que pertenece a todos los españoles desde que fue adoptada como pabellón nacional en el año 1785. A excepción de los ocho años de la Segunda República.



«Tumba de Manuel Azaña, en el cementerio de Montauban»

Capítulo V, Barcelona año 1936.

Que trata sobre «El atentado contra León Trotsky»

En 1936 el espíritu olímpico no estaba en Berlín, sino en Barcelona. Lo proclamaba a golpe de cobra la prensa afín a la Izquierda revolucionaria. La inauguración de la Olimpiada Popular fue interrumpida por la rebelión militar que dio origen a la Guerra Civil Española. Caridad del Río y su hijo Ramón Mercader del Río saltaron del Estadio Olímpico de Montjuic a las calles de Barcelona donde los Guardias de Asalto y los grupos armados de la CNT y la FAI se hacían dueños de la ciudad. En la plaza de Cataluña Ramón Mercader, que luchaba junto a los vehementes milicianos del PSUC, se hizo con un cañón del cuartel militar Sublevado y su popularidad subió como la espuma llegando hasta el grado de comandante del V Regimiento; aunque, para llegar a oficial del ejército irregular de la Segunda República bastaba con denunciar a un fascista, quemar una iglesia o matar a un obispo, como hizo Buenaventura Durruti.

Caridad y sus hijos Ramón y Pablo Mercader se involucraron activamente en las columnas de milicianos comunistas del frente de Aragón, allí la Pasionaria catalana resultó herida durante un ataque aéreo de la aviación Nacional. La metralla le produjo heridas de las que se recuperó, pero le dejaron una incómoda dolencia intestinal que dejaba en sus bragas manchas semejantes a las manchas del quemado de la plancha.

La propaganda comunista se encargó de convertir a Caridad del Río en principal adalid de las corrientes feministas como modelo de combatiente antifascista catalana y ejemplo de las voluntarias que no se unían a las milicias por frivolidad, sino por su compromiso político:

“Caridad del Río camaradas está lejos de ser la mujer revolucionaria que se conforma con vestir el mono azul. Anarquista desde la juventud practica la acción directa como única acción. Una auténtica feligresa de la bomba y el atentado. Marxista por su firme convicción y camarada que encontró en el estalinismo su única verdad y pasión carnal. No cabría mayor antología del heroísmo en estas mujeres que luchan por la libertad del mundo, con la tranquila decisión de quien marcha hacia la muerte consciente del sacrificio que aceptan sin vacilación, sin temblor, sin un gesto, sin una queja”

La Pasionaria catalana no volvió al frente. Se dedicó a las misiones propagandistas organizadas por la Generalitat, el PSUC y el Comité de Milicias Antifascistas paseando su mono azul recién planchado por México y Estados Unidos. Volvió en barco desde Nueva York junto a un centenar de voluntarios que se dirigían a Figueras para formar parte de la Brigada Lincoln, jóvenes norteamericanos que pertenecían a organizaciones obreras de inspiración socialista y al Partido Comunista de los Estados Unidos.

Bajando del barco fue recibida por su hijo Lluís que la informó que Pablo Mercader había caído en el frente de Madrid, un carro blindado pasó por encima del nido de ametralladoras donde Pablo se encontraba. Según sus macabros compañeros le habían enterrado casi entero porque uno de ellos era «un figura» haciendo puzles.

Lluís Mercader abandonó a su padre. No le volvería a ver nunca más. Se fue a vivir con su madre a un palacio del distrito burgués de Sarrià-Sant Gervasi que su hermano Ramón había requisado en nombre de la República a un lejano miembro de la familia barcelonesa de su padre. En el palacio vivía Ramón Mercader con Lena Imbert, maestra y militante comunista que era su «compañera» de turno. También se encontraba allí la sede del Estado Mayor del batallón que Ramón comandaba y donde iban a parar gran parte de los bienes confiscados a la clase burguesa por la milicia de su partido.

Viviendo en el palacio, que estaba situado cerca del que perteneció a la familia de su marido —antes de que ella les arruinara con sus acciones terroristas—, la Pasionaria catalana dejó a un lado las acciones propagandísticas de Partido y se implicó más en el espionaje soviético. Era en esa mansión de lujo donde Caridad recibía al camarada Leonid Eitingon, que la proveía del sexo que necesitaba y de las sustancias opiáceas de las que dependía.

—No puedo más, estoy desesperado por el apremio del Kremlin. He tratado incluso de contratar a un piloto mercenario que estuviera dispuesto a lanzar una bomba sobre la residencia del viejo traidor —dijo Leonid Eitingon—, «camarada Kótov», a Caridad del Río mientras esta miraba al techo extasiada por los derivados de morfina que se había introducido por sus dos conductos más íntimos usando supositorios de glicerina.

—Eso es como cazar perdices con misiles de crucero —replicó Caridad mirándole con ojos tan sinuosos como velados por la droga.

—Tienes razón, pero ¿Qué otra cosa puedo hacer? —insistió él bajando la cabeza el militar como si entre las desnudas piernas de su amante se encontrara la respuesta.

—El viejo judío es un salido, aprovechémoslo.

Dijo Caridad del Río levantándose para ir al baño. En el camino hizo todo lo posible para que el militar ruso no apartara la vista de su trasero escandalosamente desnudo, como mujer insaciable de sexo no perdía la oportunidad de provocar a cualquiera hombre que estuviera a su lado.

—Después del escándalo con Frida Kalho dudo que se meta de nuevo en la cama con otra mujer que no sea Natalia Sedova —contestó él camarada Kótov apartando la vista hacía las cortinas que hacían la ola por lo que habían visto hacer a la pareja sobre el colchón de la lujosa cama de estilo imperio.

—¿Tampoco conmigo mi amor? —preguntó Caridad elevando la voz desde el baño.

—Tampoco contigo querida —contestó Leonid Eitingon viendo como la lámpara colgada del techo aún se movía por los empujones contra la pared del cabecero de la cama imperio.

—Poca fe tienes en mí, querido —dijo ella mezclando su voz con el sonido del agua del inodoro que había tenido el placer de besar las apretadas nalgas de la Pasionaria catalana.

—¿Conoces a Diego Rivera? —preguntó él girando la cabeza hacia la puerta del baño.

—Sí, me lo presentó Vicente Lombardo, el Secretario General de la Confederación de Trabajadores cuando estuve en México. Ese gordo elefante mejicano me persiguió cada día, estaba empeñado en dibujarme la cara y pintarme el culo

Caridad salió del baño mostrando ahora su cuerpo desnudo de frente tratando de excitar de nuevo al camarada Eitingon, amante mujeriego y difícil de soportar, pero ideal para una mujer tan apasionada como ella.

—»¿Por qué hay que matar al viejo? —insistió Caridad encendiendo un cigarrillo ante el desinterés de su compañero por volver de nuevo a empujar contra la pared el cabecero de la cama imperio.

—Fusilando a José Antonio no se liquidaba el fascismo, pero sí su base ideológica. Matando a Lev Trotsky no se acaba con el trotskismo, pero sí con la fuente de su inspiración.

Caridad, a la vista que el camarada no tenía otra intención que no fuera la muerte del peor enemigo del camarada Iósif Stalin, se bajó de la lujosa cama imperio y se puso el mono azul miliciano recién planchado.

—Ya puestos, ¿por qué no nos cargamos el franquismo matando a Franco?

—Lo hemos intentado, pero no es fácil, Franco es difícil de matar.

Ahora fue el camarada Eitingon quien encendió uno de sus apestosos cigarrillos con «papirosa» y empezó a tirar volutas de humo, una tras otra, contra el lujoso artesonado de techo que no estaba de acuerdo con la presencia de aquel intruso que hablaba y hablaba sobre la forma de poder acercarse y matar al mayor enemigo vivo que tenía el estalinismo. Fuera se oían disparos y a la gente corriendo. Las Patrullas de Control, organismo represor controlado por los milicianos de la CNT-FAI, continuaban con su política de terror con total libertad.

—¿Entonces Diego Rivera lo ha complicado todo? —preguntó Caridad del Río encendiendo otro cigarrillo, después de ser montada alocadamente, le daba por fumar como una loca.

—El viejo no se siente seguro en ningún país donde pretende exiliarse porque el camarada Stalin no se lo permite —sostuvo el camarada Kótov—. Después de su expulsión de Francia, y obligado a salir de Noruega, acepto el ofrecimiento de asilo político de Lázaro Cárdenas. El presidente de México se dejó convencer por Frida Kalho y Diego Rivera sin tener en cuenta que con ello los tres se convertían en enemigos de la Rusia de Stalin.

—¿El Presidente se dejó convencer así, sin más, sin pedir nada a cambio?

Preguntó Caridad sin entender como la pareja de pintores mejicanos se atrevían a enfrentarse al dictador y generalísimo de todos los ejércitos por la gracia de él mismo, el mariscal Iósif David Vissarionovich Dzhugashvili, más conocido por el sobrenombre de Stalin y más conocido aún entre las víctimas de su propio pueblo como el tirano rojo que provocó la muerte de veinte millones de rusos.

—Algo pidió a cambio sí —contestó el camarada Kótov—. La Kahlo y Diego Rivera tendrían que cuidar del invitado del Presidente ofreciéndole una residencia segura a prueba de atentados.

—Una habitación con vistas en la fortaleza de Fort Knox —Caridad trató de dibujar una risa divertida sin conseguir otra cosa que una ingrátida sonrisa.

El camarada Kótov no hizo caso del comentario, o quizá no lo entendió, los rusos tienen menos reflejos que un espejo de madera. Miró a través del gran ventanal de la lujosa mansión del distrito más exclusivo y burgués de Barcelona y continuó:

—En el aeropuerto de Tampico fue recibido por Frida Kalho que le traslado a la Capital Federal a bordo del tren Presidencial. El «invitado» y su esposa Natalia Sedova aceptaron vivir con ella y su marido en la Casa Azul de Coyoacán.

—Y no resultó —afirmó Caridad sin gran interés por recibir la respuesta

—Bueno... al principio sí, hasta que Diego Rivera descubrió que su mujer se acostaba con Lev Trotski, el traidor al que consideraba su amigo y camarada.

—¿Se había enamorado del... camarada? —Caridad apagó su cigarrillo en uno de los ceniceros de cristal que estaba lleno hasta el borde de colillas.

—Conocemos la bisexualidad de Frida como conocemos las aventuras y devaneos infieles de su marido. Diego Rivera mantiene una relación sentimental con su cuñada Cristina Kalho, considera que fidelidad es una actitud burguesa» y él odia todo lo que es burgués —el camarada Eitingon aplastó su cigarrillo en el elegante cenicero que le miró con desprecio porque sabía que el ruso tenía muy a gala lo de ser burgués.

—Lo sé, ella se empeñó en ver lo que llevamos las milicianas del PSUC debajo del mono y después de darnos un revolcón me dijo que lo había hecho como terapia para ponerse a la altura del cabrón de su marido.

—Diego Rivera debería haber sido menos civilizado —continuó el camarada—. En lugar de romper sus relaciones políticas con el «invitado» debería habernos resuelto el problema pegándole un tiro. El muy cobarde se ha conformado con poner en crisis su matrimonio y poner al viejo y a la Sedova con el culo mirando a Jalisco.

—¿Entonces el puto judío ya no está en Coyoacán? —preguntó Caridad viendo como dos moscas copulaban en pleno vuelo y pensó que esa era una postura que aún no había practicado. Tendría que tomar medidas.

—En Coyoacán sí pero no en la «Casa Azul», está a una calles de allí —contestó el camarada Kótov con la vista perdida—. Ahora no será tan fácil. Se ha hecho construir un bunker y lo ha llenado de guardaespaldas bien armados...

—Me gustan los tíos bien armados —susurró Caridad poniendo la mano en la entrepierna de su socio, camarada y proveedor de todo lo que ella necesitaba... menos las capsulas duras sin receta para aliviar su meteorismo.

Leonid Eitingon no cogió de qué iba la cosa por su falta de reflejos, hizo la postura de la esfinge y continuó:

—»En la Casa Azul hubiera sido más fácil acercarnos, en su residencia acorazada de la calle Viena resultará difícil, por no decir casi imposible.

—¿Y si lo sacamos de allí invitándole a venir a España? —dijo Caridad pasando por su cabeza un momento de inspiración

—Ni le interesa ni le gusta España por dos motivos —replicó el camarada arrugando el paquete vacío de Belomorkanal—: El trotskismo aquí no tiene futuro y dice de los españoles que son la viva copia de los franceses, pero peor educados.

—A mí no me preocupa, no soy española, soy catalana —dijo Caridad despreciativa.

—También tiene para vosotros los catalanes, asegura que os habéis instalado en el victimismo siendo los contrabandistas con los mayores privilegios de toda España. Barcelona para él es como Niza, una ciudad llena de sucias fábricas donde la gente ofrece gratis el culo si con ello gana dinero.

—A ese cabrón no sólo hay que matarle a él, hay que aniquilar a toda su sucia y judía ralea —protestó alterada la Pasionaria catalana.

—Ya nos hemos ocupado de eso —el camarada Kótov mostró su rusa sonrisa que, aun siendo un tipo bien parecido, causaba en la gente escalofríos—. El camarada Stalin, glorioso padre de los pueblos soviéticos, ordenó al Kremlin desencadenar la persecución y represión contra su familia:

“La primera mujer de León Trotsky, Aleksandra Sokolovskaya, murió en un campo de trabajo. Su hija Zina se suicidó en Berlín desesperada por la «desaparición» de su esposo. Su hijo Serguéi murió en prisión y Lev Sedov, dos años mayor que su hermano, fue asesinado en Francia. Su hermana Olga Kámeneva fue fusilada en los bosques Medvédev, así como su marido Lev Kámenev y sus dos hijos. El menor de los Kámenev tenía 17 años, con esa edad poco enemigo del pueblo podía ser”

—Si el pintamonas de Diego Rivera ha fallado entraremos nosotros en acción —dijo Caridad dejándose caer en la lujosa cama que no protestó porque había sido muy bien educada por quienes fueron dueños y señores de la casa.

—Por eso debes convencer a tu hijo Ramón. Tiene que dejar esta guerra sin futuro.

—Está bien, hablaré con él.

Poco después volvieron a oírse los golpes del cabecero de la lujosa cama imperio, golpes que se mezclaron con las voces de dos milicianos revolucionarios del Comité de Defensa del distrito burgués de Sarrià-Sant Gervasi que discutían ante la chimenea del espacioso y lujoso salón de la plata baja:

—Te he dicho que el reloj es mío —decía uno de ellos—. Tú te quedaste con el cuadro y yo estuve de acuerdo.

—Valiente mierda de cuadro, sólo pintado de azul —contestó el otro disgustado—. Ahí lo tienes, está ardiendo en la chimenea.

—Tendrás que esperar hasta que le vaciemos la casa al próximo burgués.

—Por lo menos podías darme la cadena, que también es de oro...

Mientras tanto fuera de la lujosa mansión iban de un lado a otro las pavesas que salían de la chimenea del palacete de Sarrià-Sant Gervasi, pavesas de un cuadro que había pintado un joven que estuvo en Barcelona con algo más de veinte años. Pertenecía a su época azul, se llamaba Pablo Ruiz Picasso.

La Caja General de Reparaciones, o caja de daños derivados de la Guerra Civil, era el organismo de represión económica cuya misión era incautar los bienes de la Iglesia, la aristocracia y la burguesía. También todo lo que se pudiera fundir o vender de los empresarios y civiles que ofrecieran apoyo a la sublevación militar fascista del Ejército Nacional. La Caja era dirigida por la Unión General de Trabajadores y el Partido Comunista de España. Los milicianos de los partidos y sindicatos de ideología marxista, organizaciones sindicales y los comités de obreros revolucionarios se encargaban de incautar los bienes a los propietarios. Los expolios de las propiedades privadas se hacían en la mayoría de las ocasiones de manera violenta y sin respaldo legal. Las fincas, casas y palacios con todo su contenido, más los vehículos de lujo confiscados, eran para el uso exclusivo de las autoridades civiles y militares de la Segunda República. El oro, las joyas, las obras de arte y todo lo que podía cambiarse por dinero se enviaban a Francia por carretera, o como el caso de México a bordo del yate Vita. Terminada la Guerra Civil en 1939 nadie fue capaz de informar sobre el destino final del inmenso tesoro robado a sus propietarios.

Ramón Mercader desertó estando en el frente de Guadalajara. Su madre le dijo que tenía que marchar a Moscú donde sería entrenado por la NKVD (KGB a partir de 1954)

Pero no fue en la Unión Soviética donde el comunista catalán es entrenado, sino en Francia, por su conocimiento del idioma. Allí comenzó su nueva vida como Jaques Mornard y a partir de entonces se presentaría ante la sociedad como un periodista belga hijo de diplomático nacido en Teherán y educado en La Sorbona. Adquirió un perfil de joven millonario, frívolo, discreto y sobre todo galán. Cada día se integraba más en el marxismo y de la mano del camarada Eitingon aprendía las tácticas y la disciplina estalinista. Se integró inmediatamente como agente especial del Kremlin y la NKVD le seleccionó para que formara parte del plan estratégico para matar a León Trotsky.

Se planificaron tres distintas estrategias de atentado sirviéndose de agentes rusos en la sombra y una selección de voluntarios antifascistas de las Brigadas Internacionales combatientes en España. Entre los sicarios estaba el pintor muralista mejicano David Alfaro Siqueiros. Fueron adiestrados en Moscú bajo un estricto rigor soviético.

Stalin encargó la eliminación de quien él mismo señaló como su peor enemigo a los agentes supremos de la Internacional Comunista de origen judío. Lo que no les sirvió para eludir la condena que el antisemita Iósif Stalin les reservó terminada la misión.

Durante 1938 los soviéticos se vieron sumidos en los horrores de la «Gran Purga» con la que Stalin eliminó a la vieja guardia bolchevique. Conseguido el poder eliminó a los posibles candidatos a sucederle, Lev Trotski era el más peligroso de todos porque era el más firme favorito de Lenin. Fuera sus adversarios fueron reemplazados por adeptos estalinistas que adoraban a su líder, más por miedo que por amor o respeto.

Alexander Orlov veía como eran detenidos y fusilados los camaradas que como él eran de origen judío. Pensando que pronto llegaría su turno participó en el asesinato en París de Rudolf Klement, antiguo secretario de Trotsky. Después del crimen desertó llevándose las divisas de la caja de operaciones de la NKVD en territorio francés. Desde su exilio en los Estados Unidos cursó una amenaza al Kremlin advirtiéndole que si él o su familia eran perseguidos saldrían a la luz las futuras operaciones de la Inteligencia Soviética, la lista de los agentes infiltrados en Occidente, las acciones llevadas a cabo por él con los camaradas Leonid Eitingon y Ernő Gero para proclamar la República Socialista Soviética de España.

Ernő Gero perteneció a la extensa nómina de amantes de Caridad del Río.

Alexander Orlov envió una carta al camarada León Trotsky informándole que había sido encargado por Moscú de asesinarle, pero había desertado abandonando el plan. Le alertó además sobre los agentes de la NKVD que trataban de acabar con su vida y la de su hijo Lev Sedov, lo que dejó al camarada Eitingon al descubierto y con remotas posibilidades para acercarse al «objetivo».

“El general Orlov fue condecorado con la Orden de Lenin por haber trasladado el oro del Banco de España a la Unión Soviética. En declaración ante el Senado de los Estados Unidos aseguró, refiriéndose a este «robo», que Stalin dijo divertido: «Los españoles no verán su oro, como tampoco nadie puede ver sus propias orejas»”

La primera parte de la misión encargada a Jaques Mornard era enamorar a la mujer que sin duda podía acercarle a León Trotsky. En esta ocasión la joven no cumplía con el perfil de sus conquistas, Silvia Ageloff era poco atractiva, pero sí cumplía con lo que él precisaba de ella: era americana, trotskista y además hermana de Rita Ageloff, antigua secretaria del viejo judío.

El flechazo de Silvia por el falso Jacques Mornard fue inmediato cuando fueron presentados en París por la periodista americana y militante comunista Ruby Weil, que por órdenes del Komintern ejerció de «celestina» durante la preparación de la IV Internacional de los comunistas seguidores de las ideas de León Trotsky. Se inició entonces un noviazgo para ella apasionado, superficial para él, que continuó en Bruselas donde la versión del Mata Hari masculino hizo promesas de matrimonio. Se trataba de enamorar a la mujer que debía ayudarlo a conseguir el objetivo de asesinar al enemigo número uno del camarada Stalin.

La vida de la nueva pareja continuó en México y Nueva York. Todo resultó como una película de cine negro: escenas de crimen, psicoanálisis, juicios, prisión, e intento de suicidio de la inocente enamorada Silvia Ageloff, que se vio engañada, traicionada e imputada en el asesinato del camarada Trotsky.

Jaques Mornard dijo a su novia que siendo belga e iniciada la Segunda Guerra Mundial temía ser llamado a filas, por lo que debía trasladarse acompañado por ella a los Estados Unidos con una nueva identidad. A partir de ese momento se convirtió en el ingeniero de minas de origen canadiense Frank Jackson, nombre con el que se introdujo en la residencia de León Trotsky de la mano de la cándida amante americana.

En el mes de mayo de 1940 se produjo el atentado llevado a cabo por el pintor muralista mejicano David Alfaro Siqueiros, «chapuza» en la que intervinieron el agente soviético Iosif Grigulievich, el mismo Frank Jackson y los brigadistas de la Guerra Civil española que fueron entrenados en Moscú. El fracaso de los veinte pistoleros —dos de ellos eran mujeres—, condujo al famoso pintor muralista David Alfaro a la cárcel de la que fue liberado por la intermediación del diplomático comunista chileno Pablo Neruda.

El muralista revolucionario Alfaro Siqueiros se manifestaba contrario a la dictadura que no fuera la estalinista, fue expulsado de México y marchó a Chile para cumplir con el compromiso contraído con Pablo Neruda: pintar en los muros de la Escuela de México en Chillán «Muerte al Invasor», un mural antiimperialista de gigantescas dimensiones que denunciaba la cruel invasión del continente americano por los tiranos y asesinos españoles.

Mientras tanto el episodio más vergonzoso del siglo XX, llevado a cabo por los dictadores antisemitas Iosif Stalin y Adolf Hitler, llegaba a su fin con la ruptura del acuerdo entre nazis y comunistas para repartirse Europa. Un pacto que no entendían los que rechazaban el marxismo y menos los que odiaban a las decadentes democracias burguesas sostenidas por el fascismo.

Dolores Ibárruri la Pasionaria ensalzó desde su exilio dorado en Moscú la alianza nazi-soviética. Cuando su hijo murió en Stalingrado en manos de los alemanes sus camaradas se lo recordaron. El pacto de no agresión entre nazis y soviéticos duró poco: oficialmente del 23 de agosto de 1939 al 21 junio de 1941, fecha de entrada de los alemanes en territorio soviético. Sin esta agresión Iósif Stalin y los partidos comunistas del mundo hubieran seguido colaborando con el imperialismo nazi-fascista de Adolf Hitler. Terminada la II Guerra Mundial se formó el Bloque del Este: países liderados bajo el yugo del imperialismo de la hoz y el martillo comunista.

El fracaso de la «operación Pato» llevada a cabo por los pistoleros de David Alfaro, usando armas y uniformes de policía, puso en marcha la «operación Madre» en la que también estaba involucrada África de las Heras: agente de la NKVD conocida por «Patria» que había sido infiltrada por el Kremlin como secretaria personal de León Trotsky. Era una militante comunista española nacionalizada soviética captada para el espionaje por Caridad del Río y Pável Sudoplátov —el amante de turno que tuvo la Pasionaria catalana durante los primeros meses de la Guerra Civil—. El camarada Sudoplátov fue el agente soviético que montó las terribles «checas» comunistas y participó en la formación de las Brigadas Internacionales haciéndose pasar por polaco.

Los agentes de la NKVD que fueron amantes reconocidos de la Pasionaria catalana: Alexander Orlov, Pável Sudoplátov y Ernő Gero. Además de Leonid Eitingon que fue el último y preferido de Caridad del Río, para ella el más disciplinado y atractivo. Ambos fueron los que se encargaron de enviar a «Patria» a Moscú para que África de las Heras recibiera la pertinente instrucción.

El único herido durante el ametrallamiento de los sicarios en la residencia de León Trotsky en la calle Viena de Coyoacán fue su nieto de trece años Sieva Esteban Volkov: hijo de Zinaida Volkova —de soltera Zinaida Lvovna Bronstein—, hija de Lev Trotsky y de su primera mujer Aleksandra Sokolovskaya, abuela materna del chico que fue condenada por el camarada Stalin a morir en el «Gulag» haciendo trabajos forzados.

—A Zina Volkova, mi madre, el Kremlin le hizo perder la razón —relataba el nieto de Trotsky ya de mayor a un periodista español que le entrevistaba en el Museo Casa de León Trotsky en Coyoacán, museo del que Sieva Volkov era el presidente—. Mi padre, Platón Volkov, fue perseguido, detenido y deportado a Siberia por Stalin en 1928. Volvió destrozado del exilio e inmediatamente fue de nuevo detenido. Esta vez ya no volvió, desapareció en los «Gulag», allí desaparecían los críticos del estalinismo.

»Mi madre —continuó Sieva con voz emocionada—, deprimida, privada de nacionalidad y viendo a su familia perseguida, se suicidó en Berlín donde había ido en busca de tratamiento. Fui entonces a vivir a París con mi tío Lev Sedov, pero él también fue asesinado en un hospital en extrañas circunstancias tras una operación. Yo, Sieva Esteban Volkov Bronstein, soy el único de la familia de León Trotsky que ha sobrevivido a los horrores del estalinismo.

El ambiente de la casa-museo resultaba más bien oscuro y algo sombrío debido a las rejas y persianas de acero en las ventanas que Lev Trotsky mando poner para evitar ser asesinado. Tanto en el interior, como en el exterior, podían verse muchos de los cuatrocientos impactos de bala de gran calibre que los pistoleros David Alfaro Siqueiros y su cuñado Leopoldo Arenal dejaron allí como testimonio de su barbarie.

—Yo tuve suerte —dijo Sieva Volkov—. Un asaltante entró en mi cuarto y vació el tambor de su revólver sobre el colchón. No fui abatido porque no estaba sobre la cama, sino debajo, sólo me alcanzó uno de los disparos en un dedo del pie. Todavía recuerdo el ruido terrible y el olor a pólvora mezclado con mi sangre.

—¿Por qué cree que fracasaron los asaltantes?

Preguntó el periodista viendo como en el despacho-estudio de Lev Trotsky, situado en el centro de la casa, todo estaba exactamente igual que el día del atentado: las gafas, los documentos, los libros...

—El miedo, el alcohol. Estaban bebidos y disparaban sin orden ni concierto.

Contestó el presidente del museo señalando las telas mejicanas que cubrían las camas, todas ellas hecha jirones por los impactos de las balas.

—»Llegaron de madrugada y lograron entrar en la casa con la complicidad de uno de los guardaespaldas, un estalinista que Moscú infiltró como agente trotskista en la guardia personal de mi abuelo...

—Robert Sheldon Harte —convino el periodista, conocía los detalles del atentado.

—Sí, ese era su nombre. Fue asesinado inmediatamente después. Mi abuelo y su mujer, Natalia Sedova, se resguardaron detrás de la cama pegados a la pared.

»El propio David Alfaro fue quien descargó con rabia su arma contra el lecho donde creía que estaban sin alcanzar a ninguno de los dos. Después de los disparos los sicarios no tuvieron más oportunidades, los guardias alertados intervinieron y los intrusos huyeron como conejos asustados sin lograr cumplir con su objetivo.

»Supongo que el fracaso le llenaría de ira al dictador y mariscal Iósif Stalin, el amado y glorioso padre de todos los comunistas.

Cuando murió Iosif Stalin cuatro poetas de la Generación del Veintisite: Miguel Hernández, Rafael Alberti, Nicolás Guillén y Pablo Neruda, escribieron odas y poemas al padre ideológico que tanto veneraban.

En trenes poseídos de una pasión errante
Ah, compañero Stalin: de un pueblo de mendigos
has hecho un pueblo de hombres que sacuden la frente,
y la cárcel ahuyentan, y prodigan los trigos,
como a un inmenso esfuerzo le cabe: inmensamente.
«Miguel Hernández»

“Padre y maestro y camarada:
quiero llorar, quiero cantar.
Que el agua clara me ilumine,
que tu alma clara me ilumine,
en esta noche en que te vas”
«Rafael Alberti»

Stalin, Capitán,
a quien Changó proteja y a quien resguarde Ochun
A tu lado, cantando, los hombres libres van:
el chino, que respira con pulmón de volcán,
el negro, de ojos blancos y barbas de betún,
el blanco, de ojos verdes y barbas de azafrán.
«Nicolás Guillén»

Camarada Stalin, yo estaba junto al mar en la Isla Negra,
descansando de luchas y de viajes,
cuando la noticia de tu muerte llegó como un golpe de océano.
Fue primero el silencio, el estupor de las cosas, y luego llegó del mar una
ola grande.
De algas, metales y hombres, piedras, espuma y lágrimas estaba hecha esta
ola.
«Pablo Neruda»

Todo el entorno del museo: la zona de jardín, las instalaciones de la guardia, los altos muros, las torres de vigilancia; allí, en aquella zona residencial junto al arroyo que corría paralelo al río Churubusco se respiraba ahora paz y tranquilidad. Por todos lados se exhibían fotografías y efectos personales de Trotsky. El periodista se detuvo curioso ante una pequeña colección de grafitis.

—Hacemos una exposición anual de estas exhibiciones artísticas —le explicó Sieva Volkov—. Tiene como objeto reconocer el talento de los grafiteros, en algunos casos considerados víctimas de la marginación. Soy padre de cuatro hijas. Me casé con una madrileña nacida en el barrio de Lavapiés.

»Hace poco fui a Madrid y llamó mi atención una exposición de grafitis en el antiguo edificio de la Fábrica de Tabacos. La fachada principal da a la calle de Embajadores, cerca de donde nació mi esposa. En el muro que da al patio del edificio permitieron que treinta grafiteros pintaran lo que ellos sentían sobre Madrid. El grafiti que más llamó mi atención pertenecía a un grupo de hombres y mujeres bien vestidos manteniendo a unos niños entre los brazos. Ningún personaje tenía cabeza. Sobre sus pies había: huesos, calaveras, y esqueletos de significado tan macabro como el texto que el grafitero había escrito al pie: «Contra la impunidad de los crímenes franquistas»

Habían salido al jardín y se detuvieron en el centro ante una estela de piedra en forma de lápida que había sido diseñada por el arquitecto mejicano Juan O’Gorman. En la estela, además del símbolo de la hoz y el martillo, había un mástil con la bandera de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

—Aquí están las cenizas de mi abuelo y de su segunda esposa Natalia Sedova, con la que seguí viviendo hasta el día de su muerte —continuó el nieto de Lev Trotsky con una triste sonrisa—. Es posible que al grafitero de Madrid nadie le habló de «La impunidad de los crímenes del estalinismo»»



«Tumba de León Trotsky en el Museo Trotsky de Coyoacán, México»

Capítulo VI, México año 1940.

Que trata sobre el famoso «Madre, ya lo hago yo»

Uos meses más tarde, el 20 de agosto de 1940, León Trotsky sufrió en su casa el segundo y mortal atentado que le costó la vida. La operación activa la llevó a cabo el «Grupo Madre» que, para el belicoso y genocida jefe de los terroríficos espías soviéticos Lavrenti Beria, el nombre era más apropiado por el trío familiar que lo conformaba: Caridad del Río «madre» Ramón Mercader «hijo» y Leonid Eitingon «padre» o padrastro, qué más da la relación. El Jefe de Operaciones Especiales de la NKVD y ex amante de la Pasionaria catalana Pável Sudoplátov, advirtió a su camarada Leonid Eitingon de las graves consecuencias para su integridad física si no cumplía con el objetivo de eliminar al peor enemigo del pueblo soviético. El camarada Kótov puso en marcha el operativo de espionaje soviético en América. La Agencia de Inteligencia Americana «CIA» seguía los movimientos del operativo soviético, pero no quiso intervenir: «Que se maten entre ellos»

—Es nuestra hora —dijo Leonid Eitingon a Caridad y Ramón Mercader. Se habían reunido en Nueva York y el camarada les prevenía—. No quiero ocultaros que esta es una orden directa del «padre», él no admite fracasos.

—Confía en mí camarada, no fallaré —Ramón Mercader apoyó su mano derecha sobre el hombro del amante preferido de su madre.

Leonid Eitingon ya había localizado a Grigorij Rabinovich, conocido como Roberts o «judío francés». Era el hombre del Kremlin en Nueva York que se encargaba de la intendencia del personal: documentación falsa, mantenimiento económico y vivienda de los agentes dispersos de la NKVD. Roberts movía sus figuras como fichas en un tablero de ajedrez. Para esta acción especial organizó una empresa de importación-exportación en Brooklyn que serviría como tapadera del «Grupo Madre».

El camarada Rabinovich ofreció como apoyo a otro importante agente soviético: Iósif Grigulievich, «el escritor». Era amigo de Pablo Neruda y de otros escritores antifascistas españoles, aunque siempre les ocultó su verdadera identidad.

Tenía una brillantísima carrera como asesino en el Sur y en toda Centroamérica, incluso fue el agente comisionado por Iósif Stalin para eliminar al Mariscal Tito, presidente de Yugoslavia.

Al camarada Eitingon no le pareció acertado incluirle en el «Grupo Madre», Iosif Grigulievich había sido uno de los pistoleros del frustrado atentado de David Alfaro Siqueiros y había fracasado. Sin embargo, dudaba, temía que el ofrecimiento no viniera del camarada Rabinovich, sino del mismo mariscal Stalin. El amor y respeto al líder soviético era producto del miedo, los que orbitaban en su violento entorno llevaban encima la ampolla de cianuro y la Tokarev dispuesta para quitarse la vida. Llegar a un lugar importante en la escala de mando era ponerse a la cabeza de la lista de las víctimas de la máquina represiva de la NKVD instalada en Lubianka.

“La purga política hacía pasar a los rusos por situaciones tan esperpénticas como ser represaliado por fruncir el ceño ante el todopoderoso Iósif Stalin, que no permitía ninguna forma de reflexión que cuestionara su poder, ni dudas que reflejaran el rechazo al «culto de su persona» «Alexander Orlov»

Como F. Jackson R. Mercader del Río pronto llegó a formar parte del círculo de afectos que visitaban la residencia del matrimonio Trotsky. Silvia Ageloff, considerada como su futura esposa, consiguió que el viejo trotskista le recibiera regularmente y en agradecimiento el infiltrado comunista se ofreció para pasear al matrimonio Trotsky y a su nieto en su flamante Buick de la General Motors.

“En ningún momento el espía catalán hablaba de política, prefería pasar por un joven apolítico y enamorado que sólo pensaba en su próxima boda”

Cercano a los hechos, el diez de agosto de 1940, la pareja de novios fue invitada por Natalia Sedova a tomar el té en su residencia. En las últimas semanas el comunista catalán Ramón Mercader del Río no se mostró tan cuidadoso, de forma simulada buscó la oportunidad de aproximarse más al viejo revolucionario interesándose por la forma de comunicar su política. Con habilidad llevó la conversación al terreno que le interesaba para inspirar confianza en el entorno del líder ideológico trotskista, comentar las divisiones de los trotskistas ante la participación de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial y el problema que suscitaría la Guerra de Invierno en Finlandia.

—Estos hechos cuestionarán a la Unión Soviética como Estado obrero, será acusado de Estado imperialista con un componente obrero residual —asumiendo su pape dejaba caer inquietudes ideológicas sobre el comprometido actor de la Revolución de Octubre de 1917, fundador del Ejército Rojo y brazo derecho de Lenin.

El matrimonio Trotsky y Silvia Ageloff se sorprendieron por ver al joven de repente tan interesado en la política. A él no le importó, quería profundizar en el tema para preparar la forma de reunirse a solas con su objetivo.

—Si me lo permite camarada —continuó el catalán ante el silencio del matrimonio y de su novia—, desearía escribir un artículo sobre las graves consecuencias que puede recibir la URSS como Estado obrero independiente.

El viejo marxista, hombre teórico y de acción, le contestó que no se oponía a tal fin y aceptó corregir el artículo cuando lo tuviera escrito.

—El pueblo soviético debe hacer una limpieza del Estado expulsando a los que más se ha manchado con la sangre del pueblo —dijo Trotsky a pesar de la mirada de reproche de su esposa para que dejara de hablar de política y centraran más la conversación sobre la boda de la pareja—. El fin del Estado debe ser el medio para organizar, desorganizar y reorganizar las relaciones sociales. Según en qué manos se encuentre puede ser el motor de una Revolución organizada, o el instrumento de una Represión profunda. Por esta razón la Burguesía no debe ser la cabeza del poder.

»Si la minoría burguesa no protege los intereses de la mayoría representada por campesinos y trabajadores la clase obrera se rebelará contra la casta empresarial que los explota. Serán los obreros los que lleven al país a una Revolución que les garantice una igualdad claramente contrastada.

El silencio envolvió la casa. Hasta las moscas que miraban golosas el tarro del azúcar quedaron quietas en un rincón sin hacer ningún ruido. Un gorrión despistado golpeó volando una ventana y Natalia Sedova miró en aquella dirección con gesto preocupado.

—¿Qué condiciones serían ideales para llegar a un socialismo perfecto? —Silvia Ageloff, con cara de alumna interesada ante un ilustre catedrático, también quiso intervenir para desviar la mirada reprobatoria de la esposa de Trotsky a su prometido.

—Lo ideal será el crecimiento tecnológico de las empresas que a su vez haga crecer a la clase trabajadora —contestó el viejo camarada Trotsky—. Como parte psicológica, traerá consigo el aumento de la conciencia del pueblo asalariado sobre la situación de explotación y expropiación de la que son víctimas. Hay que dar el gran salto hacia la Revolución de la clase obrera, impulsora de la sociedad hacia el socialismo y esto sólo es posible donde existe un menor desarrollo económico capitalista. Digamos que en los países donde es más amplia la clase trabajadora la Burguesía imperialista se ve tan reducida que no tiene otro remedio que ceder el paso a la mayoría marxista que exige el cambio, como ocurrió en la Rusia de los zares.

»Todas las revoluciones deben llegar a su tiempo, y la gente debe prepararse para ello. Si se realiza a la fuerza, como se ha pretendido hacer en España, la revolución no llega a nada y la clase obrera pierde la oportunidad de alcanzar y consolidarse en el poder, al que se llega por medio de dos Revoluciones ligadas entre sí: la Revolución burguesa primero y la Revolución proletaria inmediatamente después.

»La Revolución burguesa se encargará de eliminar el sistema feudal imponiendo instituciones y políticas liberales que establezcan sistemas económicos Capitalistas en un entorno Industrializado. La Revolución proletaria debe llegar antes de que se desarrolle demasiado la industria. Este modo hace posible el sueño de un gobierno y un Estado socialista que permita a los trabajadores apropiarse del tejido industrial. Esta combinación no fue posible en la Rusia de los zares porque allí no existían instituciones parlamentarias ni gobiernos de gabinete. La combinación de ambas Revoluciones es «La ley del desarrollo combinado».

»La clase media rusa es débil, tímida e incapaz, nada comparable con la francesa, por poner un ejemplo. La industria en Rusia siempre dependió del Estado y del capital extranjero confiado en las garantías de sus inversiones. Sin embargo, allí se desarrolló el proletariado adoptando la tecnología moderna y la organización en gran escala, llevando a los industriales a tener más miedo a sus trabajadores que a la Autocracia.

“El requisito fundamental que defendía Trotsky era mantener de manera exitosa al socialismo como sistema político. Su teoría se basaba en la Revolución permanente. Según él los países son los que deben iniciar la revolución obrera, unir a los pueblos en un solo bloque de intereses y expandir el movimiento en todos los rincones del planeta”

—Con esto mimbres sabré hacer un crítico examen al «cesarismo» impuesto por el gobierno estalinista —dijo Ramón Mercader entusiasmado.

La reunión por indicación de Natalia Sedova giró entonces en otro orden fuera de la política. Después, durante la despedida, Ramón Mercader repitió una y otra vez que volvería con el artículo para que León Trotsky lo corrigiera. Siete días más tarde, el 17 de agosto de 1940, a las 16:35, se presentó con un artículo manuscrito confuso y poco meticuloso que sorprendió a Trotski pero, por educación, le hizo pasar a su despacho porque se encontraba en un lugar del jardín realizando dos de sus pasiones favoritas: cuidar de su colección de cactus y dar de comer a unos conejos que criaba.

En el despacho Trotsky hizo las primeras observaciones que el espía catalán atendió simulando gran interés. Íntimamente a él poco le importaba el artículo y lo que pensara el viejo judío enemigo de la patria soviética sobre las líneas que había escrito, vertiendo en ellas estupideces trotskistas en las que no creía.

Cuando Ramón Mercader se marchó tanto Trotsky como su esposa Natalia Sedova se sintieron incómodos por el modo que se comportó el joven durante la visita: el joven se había sentado irrespetuosamente en la mesa sin quitarse el sombrero y no soltaba una bien planchada gabardina que llevaba colgada en el brazo. Al matrimonio las miradas esquivas y la inseguridad del joven les produjeron mala espina; sin embargo, le citaron para tres días más tarde con el fin de devolverle el artículo debidamente corregido por Trotsky. El plan estaba en marcha. Aquel fue el grotesco ensayo para lo que vendría después: el atentado en el que intervendría el «Grupo Madre».

Según contó Silvia Ageloff durante el interrogatorio dirigido por Leandro Sánchez Salazar, el coronel de los servicios secretos responsable de la investigación de los dos atentados contra León Trotsky en México, su novio estuvo esos días peor que nunca en todos los sentidos. Tenía temblores, estaba nervioso y continuamente irritado, llegando incluso a portarse de manera ofensiva y grosera. Su mirada era perdida, parecía agotado y ofrecía la sensación de estar pasando por una crisis de miedo profundo. Apenas se levantaba de la cama, rechazaba cualquier caricia amorosa, contestaba con palabras sueltas y apenas probaba bocado.

El día del atentado, 20 de agosto de 1940, salió del hotel y volvió visiblemente nervioso y disgustado. Comieron juntos y él volvió a irse con la disculpa de tener que hacer un trabajo pendiente. Fue entonces a la calle Viena donde llegó a las diecisiete horas para matar de manera salvaje a León Trotsky: el delfín propuesto por Lenin como su sucesor, creador del Ejército Rojo y el líder internacional del trotskismo internacional que impulsó la IV Internacional de París. A la que no acudió por temor a ser asesinado.

Aquel día nada hacía presagiar la tragedia. Lev Trotsky había estado revisando uno de sus manuscritos sobre Stalin, el genocida jerarca soviético y sus terribles intrigas por las que ninguna autoridad política podía en ningún momento sentirse seguro. Tras un liviano almuerzo había reposado en el jardín. Antes de tomar el té de las cinco con su esposa le había puesto algo de comer a sus conejos y después fue a su despacho donde le sorprendió la visita de Frank Jackson vestido con sombrero y la gabardina donde ocultaba las armas con las que pretendía matar a Trotsky: un piolet de alpinista con el mango cortado para que entrara en un bolsillo, un cuchillo de caza y un revolver 45.

El plan elaborado por Leonid Eitingon era que Ramón Mercader una vez dentro de la casa armara jaleo para distraer a la guardia interna norteamericana y abrir la puerta para que él y Caridad del Río entraran. Entre los tres llevarían a cabo la matanza, matarían a Trotsky y a todos los que se cruzaran en el camino. Ramón Mercader no estuvo de acuerdo, su madre insistió en que era el mejor plan y de ahí salió el célebre:

«Madre, ya lo hago yo».

“A Ramón Mercader y a la madre les ocultaron que había otros implicados en el asalto que serían los encargados de neutralizar a los policías mejicanos que hacían guardia en el exterior de la finca, después servirían como apoyo para la huida”

Natalia Sedova acompañó al joven hasta el despacho de su marido después de haberle ofrecido un té que el espía catalán rechazó con una voz tan estrangulada por el miedo que se perdió en el interior de su garganta. Estaba tan preocupada que cuando le dejó fue a preguntar a los guardias si habían cacheado al visitante.

—Quítese la gabardina joven, me dan sudores sólo con verle —dijo Lev Trotsky a su visita y continuó—: mire señor Jackson lo que usted ha escrito es un panfleto infumable que no se puede arreglar por muchas correcciones que haga. Si quiere repetir el trabajo, que es lo que le recomiendo, deje que le haga unas recomendaciones.

Ramón Mercader no contestó estaba blanco. Lev Trotsky se sentó en su mesa y empezó a escribir las mínimas pautas razonables para hacer un buen artículo. Ramón Mercader se había quitado la gabardina. Pensó cuál de las tres armas utilizaría y decidió que el pico de escalar sería la más apropiada; rápida, segura, y sobre todo silenciosa. Metió la mano en el bolsillo interior de la gabardina donde llevaba oculto el piolet y se preparó para descargar el golpe.

—¿Qué hace detrás de mí joven? —preguntó Trotsky mosqueado—. Póngase donde pueda verle.

Tantos años esperando que alguien le asesinara a traición había hecho de León Trotsky una persona desconfiada y esto le libró de morir al instante cuando giró la cabeza antes de recibir el golpe mortal.

Gritó y todavía sentado en la silla sujetó la mano que sostenía el piolet y mordió a su agresor que gritó asustado. El asesino no pudo repetir el golpe, los guardias entraron en el despacho y golpearon con furia al agresor que gritaba asustado llamando a su madre.

Fuera Caridad del Río no podía oír los gritos de su hijo, pero sí escucho el revuelo y los gritos que salían del interior alarmando a todo el mundo de dentro y de fuera de la casa. Los guardias mejicanos del exterior miraban hacia todos lados buscando el objetivo contra el que debían disparar. Al ver el coche aparcado donde Caridad del Río y Leonid Eitingon esperaban la salida de Ramón Mercader dirigieron sus armas contra ellos poniéndoles a la fuga.

—¡Me cago en Dios, para! ¡Ahí dentro está mi hijo! —gritó Caridad a su amante y camarada para que detuviera el coche.

—¡Estás loca! ¡Tu hijo ha fallado! ¿No lo ves? —contestó el camarada Kótov.

—¡Tenemos que sacarle de ahí! —chilló Caridad sujetando la pistola con fuerza.

Leonid Eitingon no hizo caso, si Ramón Mercader había fracasado debían encontrar un agujero lo bastante secreto para esquivar la ira de Stalin.

Dentro de la casa Lev Trotsky se mantenía en pie con la espalda apoyada en la pared y no paraba de gritarle a los guardias:

—¡No le matéis, debe decir quien le manda!

Los guardias tenían al agresor en el suelo y seguían golpeándole mientras este gritaba: «¡Me han obligado a hacerlo! ¡Tienen presa a mi madre!»

Fue la primera de la serie de mentiras que dijo durante el atentado, los posteriores interrogatorios y el proceso que le llevó a la cárcel de Lecumberri, donde también cumplía condena David Alfaro Siqueiros, aunque en su caso mucho más corta.

—¡Tenemos que volver! —insistía Caridad del Río desesperada—. A mi hijo lo van a matar ahí dentro.

El camarada Eitingon no hizo caso y continuó la huida alejándose a toda velocidad de la calle Viena. Pensó que vendría ahora. Ramón Mercader estaba más seguro en manos de los guardias de Trotsky, o detenido por el servicio secreto mejicano, que cayendo en manos de los soviéticos. Un día después de recibir el mortal ataque León Trotsky murió en el hospital donde también estaba Ramón Mercader reponiéndose de la terrible paliza que había recibido de los guardias. Tenía la cabeza vendada y no paraba de repetir que le dejaran libre para ir a rescatar a su madre.

A miles de kilómetros Stalin se daba por fin satisfecho, la segunda parte de la Operación Utká «Pato» había sido un éxito. Muerto Trotsky nadie podía disputarle el control del régimen que le correspondía como único «Caudillo». Ahora faltaba la parte final: dirigir las culpas hacia otra parte y silenciar al grupo que lo había llevado a cabo.

La orden que recibió Lavrenti Beria, el genocida jefe supremo de la NKVD, lo que antes fue: OGPU, GPU, CHECA, y terminó siendo el KGB de la Guerra Fría, fue tajante: el «Grupo Madre» debía desaparecer. Sólo la experiencia del camarada Leonid Eitingon, conociendo los métodos del Servicio Secreto soviético, libró al grupo de morir terminada la misión. El «Grupo Madre» desapareció sí, pero los tres que lo formaron sobrevivieron «al padre de todos los pueblos comunistas», el padre de la patria alabada por el poeta chileno Pablo Neruda que pregonaba con orgullo: «A pesar de la jauría cada vez más amenazadora en sus aullidos la Unión Soviética sigue siendo para los pueblos el baluarte de la paz y la creación».

En su papel, como Frank Jackson, Ramón Mercader del Río se defendió durante los interrogatorios con la carta que llevaba en el bolsillo en la que declaraba:

“Fui devoto admirador del camarada Trotsky, adepto a sus principios y uno de los jóvenes más fieles al trotskismo. Conocerle fue lo más importante que me había ocurrido en la vida pero, a medida que lo conocía con mayor profundidad, se apoderaba de mí un desencanto y un sentimiento de odio y desprecio hacia su persona. Me encontré frente a un traidor que odiaba a la madre patria de todos los comunistas, un viejo retorcido que no deseaba otra cosa que satisfacer sus deseos de venganza”

—Señor Jackson —pregunta del fiscal a un asustadizo detenido que parecía no estar en el lugar del juicio—. ¿Por qué atacó usted al señor Trotsky precisamente con un pico de escalar?

—Me defendí —contestó—. Dijo que saliera de su casa amenazándome con una pistola.

—¿Por qué señor Jackson llevaba el piolet de alpinista escondido en un bolsillo.

—Escondido no, venía de recogerlo del carpintero —contestó.

—Del carpintero que recortó el mango para poder esconderlo en el bolsillo de la gabardina ¿Quién es usted señor Jackson?

El juicio transcurrió entre preguntas de la fiscalía que recibía respuestas cada vez más disparatadas. El fiscal durante el juicio mostró los papeles que demostraban que no era Frank Jackson, quien tuvo ese nombre en vida fue un trotskista canadiense alistado en las Brigadas Internacionales que combatió en España y desapareció en extrañas circunstancias, como tantos otros que fueron cazados allí por los agentes del Komintern.

“Las Brigadas Internacionales fueron el mito romántico de la propaganda antifascista. Es verdad que entre los alistados había idealistas que creían que sin la República España volvería a la esclavitud. Otros que defendían el ideal político fiel reflejo de la Unión Soviética. Pero hubo un nutrido grupo de trotskistas que llegaron a España huyendo de la gran purga estalinista. A todos ellos se les retiró el pasaporte para ser usados o vendidos por los Servicios Secretos soviéticos”

Al comunista catalán fue imposible sacarle la confesión que esperaban los trotskistas para incriminar a Stalin. Confesión que el ideólogo preso se hubiera replanteado de conocer que, estaba vivo, porque en ningún momento estuvo a tiro de los agentes del gran capo Lavrenti Beria, que ordenó a sus sicarios que le cerraran la boca para siempre.

Leonid Eitingon convenció a Moscú que lo seguro era tener «al preso sin nombre» encerrado en la cárcel de Lecumberri porque libre sería capturado por los trotskistas de la IV Internacional y obligado a confesar

«Muerto no es de ninguna utilidad porque no podrá repetir, como lo está haciendo convencido y sin tregua, que la muerte de Lev Trotsky obedece a una venganza personal sin ningún motivo político».

Esta fue la recomendación de Leonid Eitingon reunido en el despacho de Lavrenti Beria situado en la tercera planta del edificio de la dirección del Comisariado del Pueblo en Lubianka. Convencer al jefe de la policía de Seguridad Nacional Soviética era una dura tarea porque pensaba como su líder, el padre Iósif Stalin que decía:

«El hombre que menos habla es el que está muerto, quemado en un horno y sus cenizas esparcidas».

—¡Ah! Leonid —dijo Lavrenti Beria mirando al camarada Kótov a los ojos mientras se despedía—. Mantén alejada a tu puta española, no quiero verla por allí.

Sin embargo, permitió que el camarada Kótov, uno de sus principales oficiales de Inteligencia, se hiciera responsable de la seguridad del preso Frank Jackson.

El principal organizador del terrorismo de Estado Lavrenti Beria pasó una orden a los estamentos financieros del Kremlin para que enviara regularmente dólares americanos que cubrieran las necesidades del preso y la compra de conciencias. Caridad del Río no se conformó con la medida, ni se asustó con la amenaza de quien también era su jefe. Buscó la ayuda de abogados y se reunió con políticos del Partido Comunista a los que pidió que mediaran ante el Gobierno mejicano para sacar a su hijo del «Palacio Negro»: macabro nombre con el que se conocía a la cárcel de Lecumberri.

Se equivocó. Los del grupo encargado por Moscú para cuidar y tratar de liberar al «preso sin nombre» se quedaban con buena parte de los dólares americanos enviados por el Kremlin, así que decidieron asesinarla. Quitarla de en medio.

Mientras su madre salió ilesa de un atentado el preso comunista estuvo a punto de salir de la cárcel con un indulto similar al que obtuvo el pintor-muralista David Alfaro Siqueiros, que vio impulsada su libertad por la intervención del diplomático y poeta comunista Pablo Neruda, y el escritor e hijo de diplomático colombiano Álvaro Mutis.

Los movimientos políticos de su madre para sacarle de la cárcel atraen la atención de un grupo de refugiados políticos españoles que al reconocer en los periódicos al asesino de Trotsky entregan al coronel del Servicio Secreto Leandro Sánchez Salazar una fotografía en la que Ramón Mercader está vestido de miliciano del V Regimiento del Frente Popular en la Guerra Civil española. La nueva hipótesis de que el «preso sin nombre» no sea ni canadiense ni belga, como repetía una y otra vez durante los interrogatorios, lo corrobora el hecho de que él mismo se traiciona cuando un carcelero le descubre cantando en su celda una canción de cuna en catalán:

«¿Qué li donarem al noi de la mare? ¿Qué li donarem que li sàpiga bo?»

Conocida su identidad dejó de ser Frank Jackson o Jaques Mornard para convertirse en el ideólogo comunista Ramón Mercader del Río, comandante del V Regimiento en la Guerra Civil Española y militante del Partido Socialista Unificado de Cataluña.

Con la nueva situación el preso ya no sufrió los continuos y violentos interrogatorios y fue trasladado a otra sección de la cárcel de mayor seguridad, más para protegerle de posibles atentados de sus camaradas comunistas, que para evitar los riesgos de fuga. Ramón Mercader es ahora una «patata caliente». El psicoanalista y criminólogo Raúl Carranza Trujillo, juez que instruyó la causa por la que estaba encerrado en Lecumberri, compuso entonces un informe que llegaba a la siguiente conclusión:

“El condenado Ramón Mercader es un degenerado asesino estalinista que sufre un activo complejo de Edipo por parte de una madre dominante y la siniestra figura del padre que para él no es otro que el camarada Iósif Stalin”

«Madre, he cometido un asesinato y debo pagar por ello»

Ramón Mercader dijo a su madre que dejara de intervenir, la Pasionaria catalana no lo veía así y consiguió que en lugar de pagar con cuatro años de cárcel tuviera que cumplir entera la condena. Los dieciséis años que cumplió de más nunca se los perdonó.

Con los dólares que regularmente recibía de los agentes soviéticos llenaba poco a poco su celda de libros y pagaba a la dirección de la cárcel para que le permitieran salir de vez en cuando. Conocida esta circunstancia el Kremlin ordenó que aprovechando una salida la NKVD se encargara de su secuestro y traslado a Cuba, pero los agentes soviéticos no estaban dispuestos a cortar el flujo mensual de dinero que recibían desde los despachos de Lubianka. Ellos mismos hacían que las acciones fueran un fracaso.

Los dólares del Kremlin proporcionaban al preso una vida fácil y llevadera, disponía en el «Palacio Negro» de una cocinera que pagaba para que se ocupaba de su comida. En la cárcel se dedicó al estudio y formación personal. Sin embargo, el «desmemoriado preso» no se olvidó en ningún momento de su bien ganada fama de conquistador. Se trataba en esta ocasión de una bailarina folklórica llamada Roquelia Mendoza, era hija de su cocinera. Le visitaba a diario y hacía que su condena fuera más comfortable.

“Roquelia se convirtió en la pareja estable que ya no le abandonó durante la segunda parte de su vida. Tuvieron tres hijos, huérfanos adoptados de comunistas españoles exiliados en Moscú. Su mujer y sus hijos estuvieron a su lado hasta que murió de cáncer en la Cuba de los hermanos Castro”

En la cárcel se convirtió en un personaje popular. Se encargaba de alfabetizar a los presos y darles clases de historia para ellos desconocida: les hablaba sobre el holocausto impuesto por el franquismo fascista para oprimir y arrebatar a los catalanes su nación, su merecida libertad y su propia lengua catalana. Por su labor didáctica y empeño en adoctrinar presos en Lecumberri el preso catalán era conocido como «El Santo» una antilogía opuesta a su declarado ateísmo comunista. Él lo sabía, pero lo aceptaba con una sonrisa de conformismo. En el «Palacio Negro» recibió la visita del Presidente de la República de México y fue propuesto para recibir una medalla por su labor didáctica y humanitaria.

—En el golpe de estado militar que provocó en Cataluña la Guerra Civil española los catalanes nos echamos a la calle enfurecidos para hacer respetar nuestros derechos y nuestra dignidad ante la sumisión vergonzosa que nos trataba de imponer la derecha fascista de los españoles.

—Aquí en México llamamos a los españoles «gachupines» —dijo un muchacho que cumplía condena por haber robado dos gallinas y no se detuvo ante el alto de la policía. Se le había quedado una cojera crónica por el balazo que recibió cuando corría.

—Me parece bien, yo no soy español —dijo el catalán estirando el cuello—. La raza catalana es de origen «ario-gótica». Los españoles pertenecen a raíces «semíticas» inferiores que nada tienen que ver con los catalanes...

—¿Semíticas? —preguntaron sorprendidos varios a la vez.

—...Judíos, árabes, beréberes —aclaró Ramón Mercader—. Los españoles fueron durante siglos dominados por los «semitas», mientras que los catalanes vivieron bajo la benéfica influencia «aria» de los francos.

Los incultos presos del otro lado del océano Atlántico no estaban preparados para asimilar nada sobre tribus germánicas europeas, y menos de las dinastías poderosas de los francos. La incultura es la tierra abonada donde se cultiva el adoctrinamiento nacionalista. Joseph Goebbels, ministro de propaganda nazi de la Alemania de Hitler aseguraba: «Una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad»

—En la Guerra Civil los comunistas catalanes impedimos que las tropas fascistas invadieran Barcelona —continuó el improvisado profesor—. Por cuestión de higiene echamos de nuestra patria catalana a los que pretendían robarnos la riqueza que por historia nos pertenece.



Cárcel de Lecumberri – Ramón Mercader del Río – León Trotsky.

Capítulo VII, México año 1950.

Que trata sobre «La segunda vida de Ramón Mercader»

El preso recibía visitas y camaradas en la cárcel de Lecumberri. Las visitas más agradables eran las de la actriz española Sara Montiel. En México, la belleza que nació en Campo de Criptana durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera y el reinado de Alfonso XIII, aprovechó que el país vivía su época de oro cinematográfico para subir al tren rápido que la llevaría a la fama. En 1951 adquirió la nacionalidad mejicana y con ese pasaporte se casó con el productor y director de cine norteamericano Anthony Mann. Se casó tres veces más, pero fue el empresario mallorquín Pepe Tous quien llenó la mayor parte de su vida y le permitió el sueño de ser madre. Adoptando a sus hijos Thais y Zeus.

«La Saritísima» fue admirada por su belleza y sonados y extraordinarios romances entre los que no faltaron los altos personajes políticos. El presidente de México Miguel Alemán impulsó su carrera convirtiéndola en la estrella del pueblo mejicano. Indalecio Prieto, exiliado y exministro socialista que pudo proporcionarle el «acercamiento» para que formara parte de la extensa nómina de sus romances, como lo pudo ser el popular comunista catalán encerrado en la cárcel de Lecumberri Ramón Mercader del Río, asesino del exiliado comunista León Trotsky.

Como María Antonia Abad —según el registro civil—, la bella actriz era sencilla y llena de ternura. Como Sara Montiel fantasiosa y dada a dejarse llevar por su creativa imaginación. Le gustaba contar historias fantásticas siendo ella siempre la protagonista.

—Fui víctima de la trama de niños robados...

Le dijo Sara a su íntima amiga Marujita Díaz. La actriz y cantante sevillana conocía la afición de Sara, así que la miró a los ojos para ver si en ese momento hablaba como María Antonia Abad, o como Sara Montiel.

—...Me quedé embarazada en México...

Dijo Sara mientras fumaba un puro cubano, afición que le introdujo otro de sus posibles amantes, el escritor Ernest Hemingway

—...Me obligaron a ocultar mi embarazo y... bueno sufrí mucho hasta llegar al parto, que fue doloroso y complicado.

El sol no estaba dispuesto a perderse la confesión, entró de puntillas a través de los cristales y se quedó en un rincón para no interrumpir ni perderse una palabra.

—...Tuve una niña. Me tuvieron que abrir, la sacaron mediante una cesárea, pero no sobrevivió, según los médicos nació muerta.

—¡Qué horror! Y tú piensas que no murió, ¿que los médicos mintieron? —preguntó Maruja mirando a su amiga que había depositado la mirada en un punto lejano y tras un par de gestos suaves con las manos contestó:

—Sí, creo que nació viva y me la robaron.

—¿Y no has podido averiguar nada? No sé ¿Te ha llamado alguien para pedirte dinero...para... para...

Maruja estaba sorprendida. Aquello no era otra confidencia como las muchas que las amigas se cruzaban, confidencia principalmente relacionadas con hombres a los que conquistaron y con los que tenían, tuvieron relaciones íntimas o de clara amistad.

—Tuve al principio una pista que... bueno... una pista que se perdió en Valencia.

Dijo Sara con el mismo interés que pone alguien que no está dispuesto a descubrir el origen cirrípedo de los percebes.

—Entonces puedes tener hijos, pensé que habías adoptado a los tuyos porque Pepe no podía... en fin... con él no podías quedarte embarazada.

—No, la culpa es mía, nada tiene que ver con él —contestó Sara dejando un poco de ceniza del habano en un precioso cenicero de cerámica de Sèvres—. En el mismo hospital donde tuve a la niña me extirparon el útero. En México me dejaron sin la posibilidad de volver a ser madre.

En el ambiente quedó una sombra de duda, de preguntas y respuestas, que rompió Maruja Díaz con la clásica pregunta:

—Y, ¿quién era el padre?

—Un hombre muy importante —contestó Sara a media voz—. No puedo decirte más.

El hombre importante pudo ser quien cumplía condena en Lecumberri, aunque cabe la duda, entre los que estuvieron cerca de la estrella fue quien tuvo menos oportunidades para dejarla embarazada. El preso disfrutaba en la cárcel de privilegios que no estaban al alcance de otros presos: tenía teléfono en la celda, le traían la prensa todos los días y recibía visitas a partir de las quince horas, la mayoría pertenecían al sexo femenino, guapas mujeres que se quedaban con él a solas hasta media tarde. Los guardias estaban a su servicio y podía estar en cualquier lugar de la cárcel porque todos en el «Palacio Negro» recibían la suficiente cantidad de dinero para ser complacientes. Todas estas prerrogativas se debían gracias a los dólares americanos enviados por el Kremlin.

Sara Montiel fue presentada a Frida Kalho y Diego Ribera por el director de cine aragonés Luís Buñuel, pensando que la actriz era comunista por las amistades que frecuentaba. Los pintores mejicanos le hablaron de la tragedia del asesinato de León Trotsky y la persona que lo había llevado a cabo, lo que despertó la curiosidad de Sara Montiel que deseó al instante conocer al preso comunista de origen catalán que estaba cerrado en la prisión de Lecumberri. León Felipe, dispuesto siempre a darle a la estrella cualquier capricho, le presentó a un comunista que había llegado a México en 1939 escoltando el tesoro robado por la República en el yate Vita:

—Mira querida, este camarada será quien te lleve a Lecumberri a visitar a Ramón Mercader. Él le visita a menudo, se conocen. —le dijo a Sara el poeta republicano.

Se trataba de Juan Plaza y cuando fueron presentados fue un auténtico flechazo. Se enamoraron nada más conocerse y mantuvieron un apasionado romance mientras Sara vivió en Cuernavaca acompañada por su madre. Este personaje fue quien tuvo más oportunidades para dejar embarazada a Sara Montiel. El tipo alardeaba de dinero porque todos los que estaban en la órbita de Indalecio Prieto lo hacían. Se paseaba con un descapotable americano presumiendo de haber sido en España productor y director de cine y a lo más que llegó fue a tratar de abrir un cineclub en Valencia y poner algo de dinero en una revista para amantes del cine, un «Ricciotto Canudo» a la española.

“Entre sus jocosos paisanos era conocido por el hecho insólito que le ocurrió con una maestra en San Clemente, una joven de belleza poco destacable que tras el incidente que les ocurrió una noche se convirtió en su esposa y más tarde en cónyuge abandonada”

El que aseguraba ser productor y director de cine «visitaba» a la maestra cada noche, pero al no tener permitida su entrada en la casa practicaban sus escenas de sexo teniendo entre ellos una reja de hierro. La pareja se cubría con una manta para evitar miradas indiscretas y una fría noche de invierno la pasión les traicionó: el «Canudo español» llegando al grado máximo de exaltación no pudo sacar la cabeza que había metido entre los barrotes. Después de muchos intentos, y dejarse pelo y cera de las orejas entre la reja de hierro, no tuvo más remedio que dejar caer la manta al suelo y gritar pidiendo auxilio. La ayuda llegó, sí, un grupo de mozos del pueblo llegaron allí con el herrero y la banda del pueblo para que tocara pasodobles mientras el herrero serraba los barrotes.

Llevado por su exacerbada ideología comunista Juan Plaza visitaba a Ramón Mercader con cierta regularidad, así que estuvo de acuerdo en llevar a Sara para que conociera a su ideólogo camarada. Quien alardeaba de ser una autoridad en el cine, ahora lo hacía presumiendo de pareja. Era un tipo vehemente y celoso, resulta poco creíble que permitiera que el preso tuviera «un bis a bis» con Sara, pero nunca se sabe, los comunistas lo comparten todo. Según Sara Ramón Mercader era buen chico. Se fiaba de él. Visitó al preso a veces sola y en una ocasión le hizo un regalo ¿Quién sabe qué regalo? Ante las repetidas preguntas a la estrella sobre «el regalo» confesó en una ocasión que le llevó al preso un jersey de punto porque en la cárcel de Lecumberri hacía mucho frío.

Anthony Mann, antes de convertirse en su marido, ofreció a la actriz un contrato para hacer dos películas en Hollywood y ella, que aún no era una estrella consagrada, no lo pensó.

—Pero querida —le dijeron en México—. En Estados Unidos no son bien recibidos los comunistas, así que tendrás que dejar aquí a tu pareja.

Sara ofreció a Juan Plaza una noche de ardiente pasión y de madrugada salió sigilosamente de la casa de Cuernavaca y se marchó con su madre camino de Los Ángeles, que esperó la total consumación de la despedida con el equipaje preparado.

Juan Plaza era rencoroso y vengativo. Se pasaba el día amenazando con la pistola que siempre llevaba encima. Cuando Sara le abandonó no juró porque era ateo, pero sí prometió matarla cuando la tuviera delante, cosa que no hizo cuando tuvo la ocasión.

En la época que Sara Montiel quedó embarazada rondaba los veintidós y mantenía la activa vida sexual que comenzó a los diecisiete años, cuando se unió sentimentalmente al periodista y autor teatral Miguel Mihura, que tenía cuarenta y uno. Desde entonces sus amantes fueron siempre hombres maduros. Sobre su embarazo quien tuvo más números de la tómbola fue sin duda Juan Plaza. Ramón Mercader tuvo tantas amantes o más que Sara, pero tampoco tuvo hijos propios, sus hijos eran adoptados.

Por razones de virilidad masculina contrastada el presidente de México Miguel Alemán debía era un buen candidato, tuvo seis vástagos con Beatriz Velasco, su mujer.

También se debe incluir en este póquer político al personaje que, como Juan Plaza, se dejaba ver con un lujoso Cadillac frecuentando ambientes de millonario y gastando dinero como un miembro más de la familia Rothschild. Se trataba del exministro de la Segunda República Indalecio Prieto que «manejaba» bajo su especialísimo criterio la inmensa fortuna que llegó a México a bordo del yate Vita.

Indalecio Prieto se encontraba cerca de los setenta años cuando conoció a Sara Montiel, lo de «estar juntos» tendría más que ver con una «desinteresada» subvención a la artista española que se nacionalizó mejicana debido a su acercamiento ideológico en aquella época, era más cómodo declararse republicano o de izquierdas. El señor Prieto era un vividor partidario del poder y la riqueza... a pesar de su ideología política.

La Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles «JARE» fue creada por el exministro Indalecio Prieto con el inmenso tesoro transportado a México el yate Vita. Sin embargo, el destino del tesoro robado a la Burguesía española era el Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles «SERE» organismo de auxilio republicano creado por el Ministro de Hacienda y Primer Ministro de la Segunda República Juan Negrín. Terminada la Guerra Civil española el expresidente republicano mantuvo con el exministro Prieto un enconado enfrentamiento. Le acusó de repartir lo que no le pertenecía entre sus amigos y correligionarios que llegaban a México como exiliados, precisamente el preso Ramón Mercader recibió una ayuda para montar un taller en la prisión de Lecumberri que producía cajas de madera para aparatos de radio. El trabajo lo hacían los presos.

—Querido amigo llamo para anunciarle mi pronta llegada a México y exponerle la razones de mi viaje, que no son otras que aclarar el equívoco que ha llevado usted a cabo adueñándose de lo que no le pertenece —la llamada del expresidente Juan Negrín fue escuchada por Indalecio Prieto desde el otro lado de la línea telefónica con total escepticismo.

—Mire usted. No siga y ni mucho menos me trate como amigo —contestó el exministro—. A usted y a mí no nos une nada; por tanto, olvídense de la visita que desde luego no será de mi agrado por inútil, inapropiada y sobre todo penosa —hizo una pausa oyendo como al otro lado de la línea la respiración de Negrín subía de tono y enseguida continuó—. Si tiene usted que reprochar mi conducta le ruego lo haga por carta, para que sea también por este medio mi respuesta, de esta forma ambos eliminaremos los riesgos de equívocas interpretaciones.

Las acusaciones y reproches en ambas direcciones se convirtieron en desagradables cuando el expresidente Negrín, además de ladrón, le llamó traidor acusándole de contribuir a la derrota republicana.

El exministro Indalecio Prieto no se cortó al enviarle su respuesta por carta:

«Usted señor además de saqueador del pueblo ha sido la causa del colosal desastre. Ha utilizado el poder para colmar su faraónica ambición y beneficiar al Partido Comunista, con quien comparte doctrina e ideológica política. Ante sus ojos tiene el desagradable espectáculo de una España que se debate en la ruina y un socialismo sometido a las más viles humillaciones por el militarismo que ha ganado la guerra. A la vista de este desastre ¿Se atreve usted a decir que fui yo quien incubo la catástrofe? Con sarcasmos no tapará usted señor Negrín su tremenda irresponsabilidad. No entiendo su jactanciosa actitud para condenar a los demás y exigir algo que ya no le pertenece»

El enfrentamiento entre ambos políticos se debía a que Indalecio Prieto no quería devolver la colosal rapiña que llegó a México a bordo del yate Vita y que Juan Negrín reclamaba desde Londres como presidente de la Segunda República en el exilio. Ambos justificaban que sus organizaciones estaban consagradas a las ayudas que recibían los desterrados de la guerra fascista, cuando en realidad lo que hacían era conceder elevadas pensiones a los políticos y militares que perdieron la guerra. Las dos organizaciones se distinguieron como fuentes de favoritismos y extrema corrupción.

Durante su etapa como Ministro de Hacienda Juan Negrín se encargó de poner a buen recaudo lo que incautaba la República como práctica habitual. Según el gobierno francés miles de millones de francos oro fueron enviados durante los primeros meses de la Guerra Civil, un valor incalculable que cruzó la aduana francesa al que había que sumar lo introducido en Francia de manera ilegal y lo perdido o pagado a Gobiernos extranjeros en concepto de «comisiones».

Ni la Unión Soviética ni los países con Gobierno republicano o de ideología marxista que recibieron oro y divisas de la España republicana devolvieron nada a la España franquista. Se quedaron con todo como botín de guerra.

El yate Vita se llamó antes «Giralda» y perteneció al rey Alfonso XIII. El yate fue comprado con dinero de las arcas de la Segunda República por Marino Gamboa, un descendiente de vascos nacionalizado norteamericano que inmediatamente borró el pasado monárquico del barco cambiando su nombre. De buena posición, o así lo daba a entender, el yanqui nacido en Filipinas afirmaba que había comprado el yate para su recreo personal, cuando en realidad lo compró por orden de Juan Negrín durante su etapa de Primer Ministro para sacar de España el fabuloso tesoro de guerra que había ordenado reunir, un colosal expolio sin precedentes en la historia.

No todos los expatriados republicanos disfrutaron con sus familias de un exilio de lujo. Un coronel republicano reconoció durante su exilio en México las arbitrariedades llevadas a cabo por la Junta de Auxilio a los Refugiados Españoles «JARE» creada con el inmenso tesoro que llegó a México a bordo del yate Vita:

«Lo que según sus planes debía pertenecer a los refugiados españoles —afirmaba el coronel refugiado—, se destina a pagar a las corruptas autoridades mejicanas y llenar los bolsillos de «amigas» y cómplices del señor Indalecio Prieto. Los militares que no pertenecemos a ningún partido político no somos parte de su camarilla, sino parte del grupo de exiliados que se enfrentan aquí a los fantasmas del hambre. Es injusto ver a intelectuales españoles de carrera que se ven obligados a aceptar trabajos para los que no fueron preparados y a los paniaguados del exministro Prieto con pensiones que les sitúa en una posición cómoda sin estrecheces»

Juan Sapiña, exdiputado del Partido Socialista Obrero Español y ahora en su exilio mejicano profesor y traductor, denunciaba la fabulosa fortuna que gozaba el exministro Prieto y le acusaba del abandono sometido a un sinnúmero de refugiados españoles. Estaba reunido con Máximo Muñoz, un ingeniero cordobés que fue «prietista» durante la Guerra Civil y ahora se encontraba exiliado como él en México. Se encontraban ambos en el despacho de la editorial en la que Juan Sapiña Camaró era el subdirector.

—Sólo el círculo de sus amigos está capacitado para exhibir cantidades de dinero y presumir de poder, cuando esos personajes no son lo suficientemente listos para lograr los ahorros tan fantásticos con los que presumen.

—Lo que está claro es que nosotros no estamos entre sus amigos —dijo el ingeniero que durante la guerra estuvo cerca al exministro Prieto haciendo bailar entre sus dedos un lapicero que había cogido del bote que había sobre la mesa del despacho.

—Soy uno de sus más incómodos críticos y él lo sabe —afirmó el exdiputado—. Conozco con nombres y apellidos a los que fueron de origen humilde como, como lo fue el «compañero» Prieto, que manejan aquí una elevada fortuna.

—¿Conoces el incidente de las joyas ocurrido en el edificio de la Junta de Auxilio a los Refugiados? —preguntó el ingeniero cordobés dejando el lapicero en el bote donde lo había cogido.

—Algo he oído sí —contestó el exdiputado que debía conformarse con un sueldo modesto que conseguía trabajando para la editorial—. Parecer ser que un empleado de recogida de basuras encontró un bote de galletas repleto de joyas de gran valor en un contenedor. Lo que no sé es como llegaron las joyas allí.

—Un magnate norteamericano se había puesto en contacto con Indalecio Prieto para adquirir un lote de piedras preciosas valoradas en nueve millones de dólares —aclaró el ingeniero—. El millonario no se presentó el día acordado y tuvieron que dejar las joyas en la oficina...

—Sigo sin entender cómo llegaron las joyas al contenedor —insistió el exdiputado Juan Sapiña.

—Para evitar a los interesados en averiguar dónde guardaba la «JARE» las joyas que tenía en su poder dejaron el bote de galletas oculto donde pensaban que a ningún curioso se le ocurriría mirar. En una papelería —concluyó el ingeniero haciendo el gesto del que piensa que hay que ser tonto del culo para hacer algo así.

Las risas de los camaradas se hubieran oído hasta en los canales de Xochimilco si las ventanas de la editorial hubieran estado abiertas. Cuando se disolvieron entre los libros recién editados por UTEHA, la editorial cuya mayoría de empleados eran exiliados españoles, el exdiputado sacó una carta del cajón principal de su mesa de despacho y se la entregó al ingeniero Máximo Muñoz.

—Esta carta me la ha hecho llegar Concha Largo, la hija del que fue nuestro camarada Francisco Largo Caballero. Ella vive aquí en México con su marido, el compañero Luís Barrero. Esta es la crítica que Largo Caballero hace desde su exilio en Francia, un exilio que no es tan cómodo y feliz como el que disfrutaban los compañeros Prieto y Negrín. Léela, no tiene desperdicio.

«El dinero enviado fuera de España por el Ministro Negrín debería ser escrupulosa y desinteresadamente administrado por nosotros los socialistas. Su fin no es otro que atender las necesidades de los exiliados y preparar la repatriación de los camaradas, cuando el fascismo sea eliminado de España y el espíritu socialista sea recuperado en lo que es nuestra propia tierra. El dinero no debe ser gastado para ahondar más las diferencias entre los emigrados, pues esto conlleva a crear los pilares del cisma que necesita Franco, el usurpador»

La Memoria Histórica es un concepto ideológico e historiográfico desarrollado en un tiempo relativamente reciente y que designa el esfuerzo consciente por encontrar en el pasado los hechos que deben ser tratados con especial respeto, y valorar si estos hechos son reales, o simplemente imaginarios.

Treinta años después del fin de la Guerra Civil Española, durante el período del Gobierno franquista se dictó el Decreto-Ley de 1969 por el que prescribían todos los delitos cometidos durante el Régimen político republicano: del 14 de abril de 1931 al 1 de abril de 1939. La Ley de Memoria Histórica de España de 2007 fue una ley de ordenamiento jurídico promovida por el Gobierno socialista de José Luís Rodríguez Zapatero que contempla las graves violaciones de los Derechos Humanos cometidas en España durante la Dictadura franquista: de 1939 a 1975. La Ley no contempla a los que sufrieron injusticias y agravios por motivos políticos o creencias religiosas ni a los que fueron obligados a soportar la confiscación de sus bienes y perdieron la vida por tratar de defenderlos. Los perseguidos que sufrieron juicios sumarísimos y fueron fusilados por no reconocer unos símbolos a los que no juraron lealtad. Todos ellos son víctimas ignoradas porque su padecimiento pertenece a un pasado prescrito.

La Ley establece que los símbolos, calles y monumentos conmemorativos que recuerden la represión del Frente Nacional sean eliminados y establece el respeto a los símbolos, calles y monumentos que representen al Frente Popular. Extraña Ley que ignora a los vencedores y enaltece a los vencidos.

El uso político de la historia ha sido una constante desde que esta existe, incurriendo en manipulaciones políticas y partidistas de los hechos. Los romanos, orgullosos de su saluto Hispano, incluían en sus condenas judiciales la memoria histórica para destruir cualquier vestigio o recuerdo de los enemigos del Estado y prohibían citar sus nombres.

Son decisivos los elementos cuyas funciones son conmemorativas: Indalecio Prieto, además de los reconocimientos que para algunos son difíciles de comprender, es tratado como el héroe que salvó al Pueblo del fascismo. En toda España le han dedicado calles, reconocimientos y monumentos en su honor. La estación de la ciudad de Bilbao lleva su nombre, una ciudad que siendo Ministro de Defensa mandó dinamitar para que no cayera en manos del Frente Nacional.



El exministro socialista Indalecio Prieto

Capítulo VIII, Madrid 2015

Que trata sobre Madrid 2015 «O volver donde empezamos»

La Memoria Histórica se ha configurado con dramáticas historias que los abuelitos encantadores contaban para seducir a sus nietos, en muchos casos episodios de la historia en los que ni de lejos participaron. En el Congreso de los Diputados se representan ahora escenas que, sin ser tan violentas como la que protagonizó Indalecio Prieto amenazando con su pistola a los diputados de la derecha conservadora, si resultan esperpénticas cuando están representadas por el buenismo de la izquierda progresista que tiene en el decoro ético y social del Estado su principal rasgo ideológico.

Pablo Iglesias II, el politólogo que convirtió «la indignación» en Partido político, tras el discurso de uno de sus correligionarios le besó emocionado en la boca al más puro estilo soviético. Para el Secretario general de Podemos algo tan natural como es el beso de dos hombres en presencia de todos los Diputados de la Cámara abría el proceso de cambio que había elegido el pueblo y la ciudadanía con sus votos. Sin embargo, algo tan «natural» como un beso apasionado entre hombres no se había visto jamás en el Palacio de las Cortes, ni siquiera cuando se aprobó la ley de matrimonio homosexual.

Los nuevos diputados «del cambio» sujetan su pelo con una revolucionaria coleta atada detrás de la cabeza con una goma y acuden al Palacio de las Cortes vestidos como si fueran de «barbacoa», inapropiado en un lugar donde hasta el ujier que pone el vaso de agua va correctamente vestido.

Pablo Manuel Iglesias, de nombres y apellido sinsentido para un ateo que no cree en los santos y repudia las iglesias, se permite y permite a sus «indignados acólitos» hacer ante toda la Cámara el saludo de la Revolución comunista de 1917: levantar el brazo amenazante con el puño cerrado. Obedeciendo su estilo televisivo de reality show, proclive al socialismo bolivariano, el «indignado» señor Iglesias dijo ante el pleno de la Cámara de los Diputados que el expresidente socialista Felipe González tenía su pasado político manchado de cal viva, forma solapada de acusarle de terrorista de Estado.

El señor González, haciendo gala de su conocido buen talante, se limitó a señalar la carga de rabia, odio y revanchismo encerrado en las palabras de quien justifica su resentimiento por ser nieto de Manuel Iglesias Ramírez: mártir inocente y represaliado del franquismo.

«Si los hombres nos conociéramos mejor, nos odiaríamos menos»

Con este alegato final Manuel Iglesias justificó sus acciones durante la Guerra Civil ante el Consejo Militar que le condenó a muerte en 1939. El abuelo de quien en 2015 se convirtió en Caudillo de la nueva izquierda española fue encerrado en una prisión donde debía esperar el día de su muerte.

«Capitán auditor republicano
—Doctor catorce veces en Derecho—,
A la furia enemiga opuso el pecho
Por la causa del pueblo soberano.
En la cárcel, de todos el hermano,
A todos ayudó de dicho y hecho;
Compartió de la Muerte el frío lecho,
Y escapó, por milagro, de su mano.
Por toda recompensa ha merecido
El derecho a morir en el rincón
Donde muere —también pobre— el olvido:
Que no tiene derecho a más pensión
El que fue militar para vencido,
Pero no militar de escalafón»

Tras cinco meses de tortuosa angustia su sentencia fue conmutada por treinta años de cárcel, rebajados a veinte por los informes favorables de un antiguo compañero de universidad y ministro franquista, que intercedió en su favor. En 1943 se le concedió la libertad condicional y en 1946 el Tribunal de Responsabilidades Políticas le concedió la plena libertad y un expediente limpio para trabajar como funcionario en el Ministerio de Trabajo franquista, División del Seguro Obligatorio de Enfermedad.

Según el Obispado de Madrid se casó por la Iglesia en plena Guerra Civil. Sin embargo, cabe la duda que Manuel Iglesias fuera creyente porque participó en el asalto de una iglesia en Villafranca donde el Frente Popular recluía a católicos y enemigos de la República. La iglesia fue quemada con los presos dentro. Fueron varios los muertos y muchos los heridos, algunos gravemente quemados.

Entregó además ochenta fusiles al grupo de milicianos de su pueblo con los que asaltaron el cuartel de la Guardia Civil y fusilaron a los guardias que no se pusieron inmediatamente al servicio de la República.

«Soy demócrata español, socialista y creyente. Jamás, conscientemente, he causado mal a ninguna persona, pensare como pensare»

Repetía una y otra vez el «represaliado franquista». Sin embargo, la declaración de María Zúñiga y Solís, Marquesa viuda de San Fernando contradice sus palabras sobre la participación que tuvo en los acontecimientos que ocurrieron durante la Guerra Civil en su pueblo natal, Villafranca de los Barros:

«Manuel Iglesias era conocido en el pueblo como «Revertino». Junto a la partida de milicianos: «Chaparro» «Cojo de Molletes» «Hornachego» «Vinagre» «Ojo de Perdiz» fueron a Madrid en busca de mi marido, el marqués de San Fernando. El 7 de noviembre de 1936 le detuvieron junto a mi hermano Pedro, después de maltratarlos y humillarlos en la «checa» de la calle Serrano 43 los llevaron a pie a la pradera de San Isidro donde fueron ejecutados»

Los padres de Manuel Iglesias eran propietarios de la Fonda Reverte, de ahí su mote de «Revertino». Ingresó en el Partido Socialista Obrero Español y en el Cuerpo Jurídico Militar antes de comenzar la Guerra Civil de 1936. Cuando esta empezó era ya teniente jurídico del Ejército republicano y en 1938 Presidente del Tribunal permanente del IX Cuerpo del Ejército. Intervino en 650 causas represivas y decretó nueve penas de muerte. Sus paisanos le acusaron de haber permitido fusilar en Madrid a tres de sus paisanos: posiblemente enterrados en las fosas comunes de Paracuellos del Jarama.

“Un grito desolador anunció la llegada del Monstruo. Dragón terrible, serpiente de siete cabezas del capitalismo internacional que arrastra su viscosa piel por el verde malva de la campiña andaluza. Gigante llamado fascismo, macrocéfalo vacío de contenido cuyo lema se llama Exterminio. Monstruo que junto a sus hijos: la Incultura la Traición y el Odio, derraman la sal y el azufre sobre los campos yermos de Castilla” «Manuel Iglesias»

Pablo Iglesias resta hechos y añade literatura sobre su abuelo asegurando que «sufrió la atenta mirada de la Dictadura franquista». Eso el mismo abuelo lo desmentía. No fue condenado por ser miembro del Tribunal Militar, tampoco por ser oficial del Ejército republicano, sino por tomar parte en las «sacas de presos» que los paramilitares grupos milicianos realizaron en Madrid en 1936.

Manuel Iglesias no fue víctima de la represión, sino al contrario. El Gobierno franquista le condonó la pena de muerte, le facilitó un trabajo seguro y permitió desarrollarse en su carrera profesional. Su familia tuvo una vida cómoda con estudios universitarios para sus seis hijos. El Ministerio de Trabajo, controlado por falangistas y franquistas, franqueó el acceso de él y sus parientes en la Administración del Estado. Los hijos ingresaron como Inspectores de Trabajo y Seguridad Social y la familia se integró en la maquinaria del Régimen franquista, una tía de Pablo Iglesias se casó en 1976 con un miembro de la nobleza española. Resulta extraño que los familiares del señor Iglesias fueran «rojos represaliados».

Javier Iglesias, uno de los seis hijos de Manuel Iglesias, conserva sus cargos de funcionario del Estado y profesor de Historia Contemporánea en Zamora, donde vive después de separarse de su esposa, Luisa Turrión, abogada de Comisiones Obreras y madre de Pablo Iglesias. Es militante de Izquierda Unida y es miembro del Consejo Ciudadano por Zamora del partido político que lidera su hijo, Diputado y Secretario General de Podemos. En su juventud Javier Iglesias militó en el Frente Revolucionario Antifascista y Patriota «FRAP» dedicado desde su fundación a la violencia organizada por el Partido Comunista Marxista-Leninista de España, que pretendía conseguir por medio del terrorismo y el movimiento insurreccional la instauración de una República Popular y Federativa. Durante su corta etapa antes de desaparecer, o fundirse con la organización terrorista Grupo de Resistencia Antifascista Primero de Octubre «GRAPO», el FRAP cometió cinco atentados contra miembros de las Fuerzas de Seguridad del Estado, con el resultado de un teniente de la Guardia Civil y cuatro policías muertos.

Los Iglesias no ocultan la militancia, se sienten orgullosos maquillando los crímenes, extorsiones y asaltos cometidos por los grupos terroristas que operan en España con la épica de la lucha armada contra la dictadura opresora y fascista de Franco.

Otro abuelo represaliado de la Dictadura franquista fue el capitán de infantería Juan Rodríguez Lozano: socialista y masón desde 1933 de la Gran Logia del Noroeste de España, donde se hacía llamar Hermano Rosseau. Fue fusilado en el campo de tiro de Puente Castro, en las afueras de León, el 18 de agosto de 1936. Era el abuelo paterno de José Luís Rodríguez Zapatero: exsecretario general del Partido Socialista Obrero Español y expresidente del Gobierno de España durante la VIII y IX Legislatura.

En la elecciones de 1931 hubo cerca de doscientas candidaturas de masones al Congreso y salieron elegidos 135 diputados que se convirtieron en los árbitros de las decisiones parlamentarias. La Segunda República fue una operación masónica, seis fueron jefes de su Gobierno. La penetración de los masones en la política fue paralela a su penetración en las Fuerzas Armadas. En la elecciones de 1933 fue derrotada la izquierda partidista y la masonería se dividió en dos corrientes de opinión: la moderada de los partidos de centroderecha y la radical de los partidos de izquierdas.

En 1935 se presentó en el Congreso la proposición de los diputados Ramiro de Maeztu y José Calvo Sotelo para prohibir la filiación de los militares en la masonería, proposición que fue rechazada. Esto envalentonó a los masones de la izquierda socialista que tras conseguir que el Estado condonara la pena de muerte de su camarada Ramón González Peña, generalísimo de la Revolución de Asturias de 1934, creó la Unión Militar Republicana Antifascista, a la que se unió el abuelo del expresidente Zapatero. Su abuelo fue la figura que más influyó y moldeó la personalidad política del expresidente socialista... aunque no le conoció. A pesar de ello aprobó en octubre de 2007 la Ley de Memoria Histórica por lo marcado que le dejó el testamento político que escribió su abuelo antes de ser fusilado por el fascismo:

«Muero inocente y perdono... Mi credo fue siempre una infinita ansia de paz, el amor al bien y mejoramiento social de los humildes»

La inscripción pertenece al monumento que erigió en honor de su abuelo siendo ya Secretario General de su partido. Fue construido en los montes de León, en un lugar del frente al que no se incorporó el capitán Rodríguez Lozano, y junto una trinchera de la Guerra Civil en la que nunca estuvo. Según el expresidente Zapatero su abuelo fue «un hombre bueno comprometido con sus ideas que perdió la vida por defender los valores de la democracia». Sin reconocer que el capitán Rodríguez Lozano estuvo a punto de morir en combate reprimiendo la Revolución de Octubre de 1934: huelga general revolucionaria organizada por sus compañeros del Partido Socialista Obrero Español y la Unión General de Trabajadores. El abuelo del señor Zapatero y el guardia civil Gregorio Díaz murieron en la Guerra Civil de 1936: el primero fusilado por el Frente Nacional, el segundo murió de un disparo accidental de un compañero. Su memoria pertenece a la tupida red de silencios con la que Sonsoles Espinosa, esposa del presidente Zapatero preserva la intimidad de su familia.

¿Desde qué año se debe empezar a contar la Memoria Histórica?

“José Calvo Sotelo fue asesinado en la madrugada del 13 de Julio de 1936 con dos disparos en la cabeza por el socialista Luís Cuenca. Este salvaje atentado contra la mente política mejor organizada de la derecha española impulsó al general Franco a unirse al Frente Nacional, iniciando la Guerra Civil. Ramiro de Maeztu fue detenido y fusilado tres meses después, acusado de ser de derechas y pertenecer a la nobleza”

El golpe de Estado Militar con el que empezó la Guerra Civil Española de 1936 no fue el único que sufrió la República. Durante su convulsos gobiernos ocurrieron otros hechos violentos que algunos desconocen, otros los ocultan y el resto los ignoran.

Los pobres resultados obtenidos por el Partido Socialista Obrero Español en las elecciones generales de 1933 sacaron a los socialistas del Gobierno. Históricamente si la derecha no gana las elecciones por mayoría absoluta no le es posible gobernar, la izquierda se lo impide. Conscientes de este hecho y del clima prerrevolucionario que vivía el país Gil Robles, líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas «CEDA», ofreció sus votos al segundo partido más votado para que formara Gobierno. El Partido Republicano Radical de Alejandro Lerroux se quedó con la Presidencia del Consejo de Ministros y quince de los dieciocho Ministerios, cediendo tres a los que habían ganado las elecciones: Justicia, Agricultura y Trabajo.

La izquierda no se conformó de verse desplazados de los lugares claves del Gobierno republicano desde los que podían manejar la voluntad del pueblo y algunos sustanciosos fondos públicos del Estado. No dudaron entonces en organizar una Huelga General Revolucionaria contra un Gobierno que según el PSOE, y su central sindical UGT, traicionaba a los trabajadores.

“No debemos cejar hasta que en las torres y edificios oficiales ondee la bandera roja de la revolución. Debemos recorrer un período de transición hasta el Socialismo integral, y ese período es la dictadura del proletariado ¡Templad el ánimo para la batalla!”

Con estos titulares en el periódico «El Socialista» Francisco Largo Caballero incitaba a la Comuna Obrera a instaurar en España la Dictadura del Proletariado, una dictadura similar a la de los «sóviets» de la Unión Soviética.

Tanto los políticos socialistas como los comunistas no estuvieron dispuestos a tolerar que la democracia parlamentaria burguesa de la derecha acabara con lo que a la clase obrera le había costado tanto conquistar. Se produjo entonces la Huelga General Revolucionaria de 1934, que pasó a la historia como «La Revolución de Asturias».

Los obreros revolucionarios dinamitaron las instituciones de los poderes burgueses, asaltaron ayuntamientos y los cuarteles de los Cuerpos de Seguridad del Estado. La Comuna Obrera tomó las cuencas mineras y las zonas industriales ante la pasividad del nacionalismo vasco y el entusiasmo de los nacionalistas catalanes, que aprovecharon el ambiente de guerra promovido en Asturias para declarar en Cataluña el 6 de octubre de 1934 su añorado Estado Independiente Catalán.

"El fascismo de la derecha ha logrado su objetivo asaltando el poder que elimina las libertades de nuestra tierra. ¡Catalanes! Los políticos que predicán constantemente el odio a Cataluña están hoy en las instituciones por tanto, en esta hora solemne, proclamo en nombre del pueblo y el Parlamento que presido el Estado Independiente Catalán dentro de la República Federal Española. Invito a los dirigentes de la protesta general contra el fascismo a que establezcan en Cataluña un gobierno provisional. Aquí encontrarán el generoso impulso de fraternidad en el común anhelo de edificar una República Socialista Federal libre y magnífica"

«Lluís Companys, Presidente de la Generalitat de Cataluña»

En Aragón, Andalucía y Extremadura los obreros no acudieron al llamamiento revolucionario, estaban exhaustos de tanta «huelga general».

En Cantabria la Revolución se centró en las zonas industriales de Torrelavega y Besaya, allí los revolucionarios fusilaron a once personas, religiosos y empresarios.

En Madrid los revolucionarios intentaron el asalto del Ministerio de la Gobernación para fusilar al Ministro y neutralizar las acciones del Gobierno republicano.

La «Huelga General Revolucionaria» derivó en el País Vasco un cruento movimiento separatista. Los paramilitares de UGT ocuparon las zonas industriales manteniendo la situación de guerra hasta que el Ejército sofocó la sedición. Su ideología reaccionaria los llevó a fusilar a burgueses y empresarios, entre ellos el diputado tradicionalista Marcelino Oreja Elósegui: padre de Marcelino Oreja Aguirre y abuelo de Jaime Mayor Oreja, ambos exministros de la Democracia y ambos diputados del Partido Popular.

En Asturias la izquierda socialista destilaba odio visceral y es allí donde con mayor virulencia se intenta acabar con la Segunda República. Con el grito ¡UHP! «Uníos Hermanos Proletarios» se toman las cuencas mineras y las fábricas de armas de Trubia y La Vega. En Oviedo se proclama la República Socialista Asturiana y se organiza un enfurecido Ejército Rojo que pone en marcha una orgía de violencia y revanchismo dinamitando la Cámara Santa de la Catedral y robando todo lo que encuentran de valor. Fueron fusilados 34 sacerdotes y los edificios religiosos reducidos a escombros. Más de novecientos edificios civiles fueron quemados o destruidos. La ciudad de Oviedo quedó asolada, la Universidad incendiada, el teatro Campoamor parcialmente destruido. Hubo mil trescientos muertos, muchos eran militares o pertenecían a la Seguridad del Estado. Se contaron miles entre heridos y represaliados. Media Asturias perdió su trabajo.

Ante el ambiente de guerra civil en Cataluña y Asturias, el Presidente Alejandro Lerroux adoptó medidas enérgicas contra los rebeldes enviando a los generales Goded y Franco para sofocar el golpe de Estado revolucionario contra la legalidad republicana.

El general Manuel Goded: responsable junto a Franco de sofocar la Revolución de Asturias de 1934, fue fusilado dos años más tarde por el ejército paramilitar de la Generalitat de Cataluña el 12 de agosto de 1936. Junto a él también fue fusilado en el Castillo de Montjuic el general Álvaro Fernández Burriel, ambos secundaron en Barcelona el golpe de Estado militar del 18 julio de 1936.

Franco tenía experiencia contrarrevolucionaria por haber participado en la represión de la Huelga General Revolucionaria de 1934 que según el socialista Largo Caballero perseguía «La transformación completa de la estructura política y económica del país»

El Gobierno era dirigido entonces por el político del Partido Conservador Eduardo Dato, presidente del Consejo de Ministros que fue asesinado en la Puerta de Alcalá de Madrid por tres anarcosindicalistas catalanes de la CNT. El automóvil presidencial recibió veinte disparos desde una moto con sidecar. Las balas provocaron la muerte del Presidente y una grave crisis en todo el país. La aventura independentista del señor Companys produjo 107 muertos en sólo diez horas. Terminada la lucha, en la que no participó, fue detenido y encarcelado. También fue detenido el político Manuel Azaña que se encontraba de visita en Barcelona, aunque nada tuvo que ver con la declaración de independencia. Preso y destituido el Presidente Companys, por su Declaración de Independencia del 6 de octubre de 1934, ocupó su lugar como III Presidente el militar granadino Francisco Jiménez Arenas, que estuvo al frente de la Generalitat de Cataluña desde el 10 de octubre de 1934 hasta el 10 de enero de 1935.

Lluís Companys fue indultado por el gobierno de la Segunda República y restituido como Presidente de la Generalitat. La noche del 1 de septiembre de 1936 los milicianos que estaban a las órdenes del señor Companys sacaron de madrugada al expresidente Jiménez Arenas del buque-prisión Uruguay, donde había sido recluido por participar en la Sublevación militar de 1936. Fue fusilado junto a un oscuro camino.

La República perdonó al señor Companys su Declaración de Independencia de 1934. El señor Companys no perdonó al señor Jiménez Arenas su participación en la Rebelión militar de 1936. Cuatro meses después de ser fusilado se celebró en el buque-prisión Uruguay una parodia de juicio para condenar por «rebeldía» al expresidente Jiménez Arenas. Se trataba de revestir su fusilamiento celebrando una grotesca farsa legal.

“La Memoria Histórica ha premiado al Molt Honorable Senyor Companys con calles paseos y monumentos en su honor. Incluso el Estado Olímpico de Barcelona lleva su nombre”

Lluís Companys fundó por Decreto el Comité de Milicias Antifascistas de Cataluña que fue responsable de miles de fusilamientos y torturas. Permitió el montaje de las terroríficas «checas» comunistas de Barcelona. Implantó el comunismo libertario. Colectivizó quinientas fábricas en Cataluña. Confiscó bienes de la Burguesía catalana. Hizo desaparecer buena parte del Patrimonio Artístico catalán. Quemó una parte de la Sagrada Familia. Promovió la mayor persecución religiosa de la historia de Cataluña. Prohibió el culto y destruyó siete mil edificios religiosos. Su Comité de Milicias asesinó al treinta por ciento del clero catalán, incluidos cuatro obispos. Detuvo y fusiló a más de ocho mil «enemigos de clase», entre ellos cuarenta y siete periodistas críticos con sus métodos violentos. Reclamado por el Gobierno franquista fue detenido en París por la Gestapo y entregado a España junto con lo poco que pudo recuperarse de lo expoliado por el Gobierno de la Generalitat durante la Guerra Civil.

El Ministerio de la Gobernación de Madrid entregó al señor Companys al Tribunal Especial de Barcelona, que fue quien le juzgó y le condenó a muerte. Fue fusilado el 15 de octubre de 1940 en el mismo Castillo de Montjuic donde fueron fusilados por la Generalitat los generales Goded y Fernández Burriel. Sus enemigos de clase. Franco se limitó a dar el «enterado» permitiendo que le fusilaran.

Las últimas palabras del ex Presidente Companys fueron: «¡Por Cataluña!»

Por este breve manifiesto es considerado un héroe.

En el mes de junio de 2013 Esquerra Republicana de Catalunya se querelló desde Argentina contra el Estado español, por los crímenes franquistas cometidos contra los mártires y represaliados de su partido.

“Ni Franco ni el general Goded se desplazaron a los lugares de conflicto donde los socialistas, anarquistas y comunistas, se habían unido en la denominada Alianza Obrera que pretendía controlar de todas las actividades políticas, económicas e industriales de la recién proclamada República Socialista Asturiana. Los ataques eran tan virulentos que al igual que en Cataluña el Gobierno de la Segunda República declaró el Estado de Guerra en Asturias. Del Ministerio de la Guerra salió la orden para que desde León marchara en dirección a Oviedo el Regimiento de Infantería Burgos nº 36, al que pertenecía el capitán Juan Rodríguez Lozano, abuelo del expresidente del Gobierno socialista José Luís Rodríguez Zapatero”

—De verdad no entiendo qué vuestro secretario general presume de abuelo mártir del franquismo y no de abuelo héroe de la guerra de África, como lo fue.

—Por lo que sé él está dispuesto a reiterar el compromiso que defendió su abuelo en vida: «Una Humanidad mejor y más justa con los humildes».

El cruce de palabras se intercaló entre las notas que un joven alumno de esgrima interpretaba en un piano algo desafinado, pero siempre dispuesto en la segunda planta del Casino Militar. El imponente edificio de marcado estilo modernista fue edificado en 1871, en principio como Ateneo Militar y después como la versión castiza del Naval and Military Club de Londres. Está situado en el número trece de la Gran Vía de Madrid y perfectamente identificado por la amplia y exclusiva visera de cristal y el escudo con el lema: «Si Vis Pacem Para Bellum». Si Quieres la Paz Prepara la Guerra.

“A pesar de la amenazante máxima latina, no existe en el edificio más contiendas que las libradas en la planta baja por los alumnos de la escuela de esgrima más antigua de Europa”

Quien aseguraba no entender la postura del expresidente Zapatero era un militar de alta graduación ya retirado que estaba sentado en una mesa situada entre el bar y el restaurante con un invitado que por sus formas de estar y comportarse se encontraba en las antípodas de los ideales militares.

—Reconozco que la justicia militar es rigurosa en sus formas —justificó el militar tomando un sorbo de vino sin dar mayor importancia a las palabras del invitado, estaba acostumbrado a los discursos victimistas de ese calado.

—¿Rigurosa? —protestó el civil con gesto y tono resentido—. La justicia militar fue la esclava fiel del totalitarismo franquista, el capitán Rodríguez Lozano fue víctima del «¡Viva la Muerte!» con el que el falangismo franquista exterminó la cultura.

Desde que entró el invitado se sintió incómodo por estar rodeado de tanta bandera rojigualda, buscó la forma de sentarse dando la espalda al retrato de Alfonso XIII, difícil de conseguir porque desde que el rey inauguró el Centro Cultural de los Ejércitos en 1916 los había por todas partes.

Dos mujeres mayores, sin duda viudas de militares, pasaron junto a la mesa y el militar se puso en pie respetuosamente saludando a las damas. Su acompañante no hizo ninguna intención de levantarse, ni se inmutó. Una de ellas le fulminó con la mirada sin duda pensando «Qué hace aquí este...señor». Tras recibir el atento saludo del militar las señoras se dirigieron hacia una de las mesas del bar donde fueron recibidas por el camarero con un saludo y sonrisa merecedora de una excelente propina. El militar estuvo tentado de preguntar a su invitado si conocía a las señoras que había saludado, pero ante su actitud indiferente prosiguió sin darle mayor importancia al asunto:

—Por lo que he podido constatar el capitán Rodríguez Lozano fue un militar de talento, en África fue distinguido con la Cruz al Mérito Militar. Sin embargo, su acercamiento ideológico cambió acercándose a la masonería y tomando partido con los planteamientos social-comunistas del Frete Popular.

»Fue enviado para que participara en las acciones represivas contra los mineros asturianos de la Comuna Obrera, formando parte de la operación militar que sofocó la Revolución de Asturias de 1934. En esta ocasión no recibió ninguna medalla porque hizo todo lo posible para que su participación pasara desapercibida.

»Sus problemas empezaron cuando fue denunciado ante la Justicia Militar por su dudosa lealtad al Ejército republicano, tras un juicio militar fue separado del Ejército y pasó a la reserva como disponible forzoso hasta que los resultados de las elecciones de 1936, que llevaron a los socialistas de Indalecio Prieto y Francisco Largo Caballero al poder y al republicano Manuel Azaña a la Presidencia del Gobierno, permitieron que los imputados por los sucesos revolucionarios de 1934 fueron amnistiados. El capitán Rodríguez Lozano fue entonces readmitido en el ejército y la condena del Juicio Militar eliminada en su hoja de servicios.

El estudiante de esgrima dejó de tocar piano, quizá por las palabras que escuchaba tras él o porque debía acudir a su clase de sable. Quería evitar la presencia del que estando allí invitando no paraba de espolvorear una gris neblina de revanchismo sobre los espejos del salón. Lámparas de cristal incluidas. La botella de vino verdejo que hacía guardia dentro de un cubo de hielo se sentía también cada vez más incómoda, pero ella no podía marcharse, no tenía clase de esgrima, ya lo tuvo momentos antes luchando contra el punzante sacacorchos.

—Cuando empezó la Guerra Civil —continuó el militar poniendo sobre la mesa lo que el invitado desconocía por su peculiar adoctrinamiento—, el capitán Rodríguez Lozano estaba de vacaciones con su familia en un pueblo de las cercanías de León, hoy desaparecido bajo las aguas del embalse de Barrios de Luna.

»En ese momento esa parte de León era zona republicana, sólo la capital estaba controlada por los militares que se habían sublevado. Si el capitán pretendía seguir siendo leal a la República ¿Por qué fue a León a incorporarse al regimiento de Infantería Burgos nº-36, que detenía a los políticos marxistas y sindicalistas del Frente Popular?

Uno de los camareros se acercó y dejó un periódico que el militar había solicitado al entrar, le dijo además que su mesa en el restaurante estaba preparada. El militar le dio las gracias y dejó el periódico plegado sobre la mesa, después continuó:

—»Según las declaraciones del coronel Vicente Lafuente Baleztena su ayudante, que era el capitán Rodríguez Lozano, fue detenido para protegerle de la venganza de los falangistas que le acusaban de enterrar a sus camaradas con la cabeza fuera para hacer prácticas de tiro. Esa falacia no merece comentario. Ningún militar de carrera haría algo así y el capitán Rodríguez Lozano lo era, como lo era su padre, un teniente de infantería que murió en la Guerra de Cuba... por cierto... aquí en este edificio tenemos un monumento dedicado a los militares muertos en Cuba y Filipinas, espero que los de la Memoria Histórica no nos obliguen a quitarlo.

El militar una hizo una breve pausa y enseguida continuó:

—»¿Qué llevó al capitán Rodríguez Lozano ante un consejo de guerra? Conozco varias versiones, pero... la verdad... no lo tengo nada claro. A los militares nos gustan los informes, vivimos y dependemos de ellos, los hacemos hasta para solicitar el papel higiénico de la tropa. El informe que el coronel Lafuente dio de su ayudante, el capitán Rodríguez Lozano, no sirvió para otra cosa que para condenarle a muerte por delito de traición.

—De locos —dijo el civil con una mueca.

—Estoy de acuerdo —convino el militar acercando el periódico que estaba sobre la mesa a su invitado—. Me gustaría que leyeras lo que Alfonso Ussía ha escrito hoy en este periódico sobre el abuelo de tu secretario general, el señor Rodríguez Zapatero. Lo leí esta mañana en el salón de abajo, donde está la biblioteca, le he pedido al camarero que lo subiera. Puedes llevártelo.

—No leo nada que venga de ese payaso que presume de ser el sobrino del general fascista que participó en el golpe de Estado del 23-F

—Es cierto, es sobrino del general Jaime Milans del Bosch y Ussía. También es hijo del segundo conde de los Gaitanes y nieto del dramaturgo español Pedro Muñoz Seca, enterrado en una fosa común de Paracuellos del Jarama junto a otros miles de españoles. Por cierto, muchos de los fusilados eran hijos y nietos de militares.

Se levantaron para dirigirse al comedor donde les esperaba un agradable almuerzo. El invitado por supuesto no se llevo el periódico, no estaba dispuesto a leer nada de quien estaba considerado por él y por sus bases «un enemigo de clase».



Casino Militar de Madrid

Capítulo IX, Madrid 1936-39

Que trata sobre «Los otros abuelos fusilados»

La Ley de Memoria Histórica obliga a ocultarse a los vencedores para evitar la ira de los vencidos. La izquierda se adueñó del término «progresismo» para decirle a la sociedad que sólo los partidos de ideología marxista garantizan el estado del bienestar, la defensa de los derechos civiles, la participación ciudadana y distribución de la riqueza, la igualdad económica y social, los progresos socioculturales. Sin embargo, se ha comprobado que los «progresistas» se quedan sin ideas a medida que se acaba el dinero público, son maestros en repartirlo... sobre todo si pertenece a los demás.

Según el claro «progresismo» el oscuro «conservadurismo» sólo ofrece a la sociedad, sus tradiciones antiguas y radicales opuestas al progreso y mantienen a la sociedad presa de los antiguos y trasnochados valores religiosos y familiares.

“El buenismo progresista ha convertido a España en un país acomplejado sometido a pedir perdón a los que no tienen derecho a reclamarlo”

Desde que Hollywood llevó al cine a Mickey Mouse y Pixie y Dixie, los ratones son víctimas del terrorismo de los gatos. Sin embargo, son ellos los que transmiten a los humanos la Peste Bubónica el Tifus y el Hantavirus. Los gatos comen whiskas y llenan el sillón de pelos.

“No sé la razón que asiste a los gatos para justificar su odio opresivo a los ratones. Sí sé que prefiero tener a un opresivo gato en mi salón, que una victimista rata en el trastero”

La controvertida y partidista primera Ley de Memoria Histórica Democracia sólo reconoce las víctimas y los derechos de un sólo frente. El Frente Popular. En su afán por destruir el pasado la Ley 52/2007 elimina todas las referencias posibles que les recuerde la derrota de la Revolución Social de 1936. Para borrar de la memoria a los enemigos del Frente Popular han quitado los monumentos, plazas y calles que recuerden el triunfo en la Guerra Civil del Frente Nacional. Sus enemigos de clase. El autor de teatro español don Pedro Muñoz Seca estuvo entre ellos.

Los historiadores «progresistas» que decidieron qué españoles eran mejores que otros ignoraron que Muñoz Seca fue el autor teatral que estrenó 187 comedias, entre ellas «La Venganza de Don Mendo», que comparte con «Don Juan Tenorio» de José Zorrilla el honor de ser la obra más representada en la historia del teatro en España.

El genial autor pertenecía a la generación del 14. Estaba considerado como el «fénix de los ingenios del siglo XX».

“La calle dedicada al señor Muñoz Seca está entre la Plaza de Cibeles y la Puerta de Alcalá. Es perpendicular a la calle Marqués del Duero sobre la que se edificó en 1872 el Palacio Zabálburu, un bonito palacio incautado a los condes de Heredia Spínola por el Gobierno de la Segunda República”

En este palacio se instaló la Alianza de Intelectuales Antifascistas y fue allí donde se celebraron lujosas fiestas a las que asistían escritores y poetas de ideología marxista, entre muchos otros: Ernest Hemingway, Pablo Neruda y León Felipe. El director del exclusivo «club» de intelectuales era el comunista Rafael Alberti y de su mano salían las denuncias elaboradas por el «Comité de Depuración» contra los autores, escritores e intelectuales antimarxistas que debían ser depurados. Uno de estos depurados fue don Pedro Muñoz Seca, abuelo del famoso periodista y escritor Alfonso Ussía.

Según refleja la Ley de Memoria Histórica fue fusilado por ser «franquista» y hay que aclarar que el señor Muñoz Seca fue detenido en 1936 en la revolucionaria ciudad de Barcelona cuando el «franquismo» aún no existía. Es posible que como monárquico, cristiano y conservador alejado de la filosofía comunista llegaría a serlo terminada la Guerra Civil, pero los intelectuales antifascistas no le dieron la oportunidad de elegir.

Se dice en círculos intelectuales que los militares republicanos que fusilaron al señor Muñoz Seca le pidieron perdón y él, además de perdonarlos, les consoló diciéndoles: «Por mí no se molesten señores, aunque me temo que no tienen ustedes la intención de incluirme en su círculo de amistades».

También el padre Avelino, hermano prior de los padres agustinos del Monasterio de El Escorial, pidiendo permiso al jefe del pelotón que les iba a fusilar, dijo a los que le apuntaban a él y a los 97 padres agustinos que como él habían sido condenados:

«Sabemos que nos matáis por lo que somos, católicos y religiosos. Tenéis razón, lo somos. Pero quiero que sepáis que tanto yo como mis hermanos os perdonamos de todo corazón».

Días antes, mientras recluidos esperaban la muerte, don Pedro Muñoz Seca le decía al padre prior de los agustinos de El Escorial:

—No entiendo padre porque fueron detenidos y encerrados aquí.

—Nos dijeron que nos detenían para salvarnos la vida —contestó el religioso forzando una sonrisa—. ¿Y usted, cómo ha llegado aquí?

—Me detuvieron en Barcelona, aún no sé por qué. Había ido con mi mujer al estreno de mi última obra: «La tonta del rizo» El día anterior, el 17 de julio, la tropas de África se habían sublevado y los milicianos paramilitares arengados desde el balcón de la Generalitat por el presidente Companys y el anarquista Buenaventura Durruti recorrían las calles matando a los que consideraban sus enemigos de clase. Los actores me dijeron que dejara el hotel y me hospedara en una discreta pensión de la vía Layetana, los milicianos recorrían los hoteles de categoría deteniendo y matando a capricho a todo el que se resistía.

—¡Qué espanto!

—Esa es la palabra padre ¡Qué espanto! —dijo don Pedro sin hacer caso de la provocativa mirada de los carceleros que los miraban desde lejos.

—¿Y de qué está usted acusado? —preguntó el padre agustino.

—Pues no lo sé: quizá porque soy católico, conozco al rey... leo el ABC.

—¿Y doña Asunción, su mujer?

—No la pueden detener, es ciudadana cubana, pero permanece vigilada en espera que haga algo sospechoso.

—Usted ha sido detenido por ser un autor envidiado —afirmó el padre prior—. Los envidiosos se rodean de cómplices que les sirven en bandeja sus deseos de venganza.

—Sin duda me halagaría más que otra cosa, pero no. En realidad, soy una china en el zapato, no les gusta mi satírica manera de criticar su ambigua Constitución.

—Mala época para los escritores de su talante —aseveró el padre prior moviendo la cabeza con pesar.

—Lo mío puede estar justificado, pero ¿Lo de ustedes?

—Nos acusan de impartir un adoctrinamiento antipopulista que dicen ejercemos en nuestras escuelas...

—Poco adoctrinamiento antipopulista recibió el presidente de la República como alumno de ustedes, el señor Azaña además de anticatólico les ha salido ateo, radical y masón —dijo don Pedro con una ligera sonrisa.

—Son los anticatólicos los que nos culpan de los males y pobreza que sufre el país.

Guardaron silencio ante la llegada de dos milicianos que, empujados por uno de sus mandos, querían cortar lo que pensaban que hacía el autor: ¡Confesar sus pecados al padre prior!

—¡Venga vale ya de cotorreo! —dijo el peor encarado—. Ya rezaréis en el sitio donde vais mañana.

Aquel fue el presagio del holocausto, la terrible carnicería de los detenidos a los que no se les daba ninguna oportunidad. En la checa-prisión de San Antón, sin luz por las noches por causa de los bombardeos, todos los días a la cinco de la mañana se vivía la angustia de la lectura de las trágicas listas de las «sacas carcelarias» que un miliciano leía a gritos linterna en mano: ¡Atención! ¡Oído a la lista!

La lista de aquel día, en la que salió nombrado don Pedro Muñoz Seca, no fue la más grande, pero sí la más selectiva.

¡A ver, los nombrados que recojan sus cosas y bajen a la portería!

A las siete de la mañana con las manos atadas a la espalda y sin equipaje subían a un macabro vehículo de fabricación rusa al que llamaban «el camión de los afligidos». Los presos eran trasladados a su último y trágico destino: una enorme zanja abierta en la Vega del Jarama donde se amontonaban los cuerpos de miles de fusilados.

Dos milicianos, conocidos por «Riquelme» y «Dinamita», despojaron al señor Muñoz Seca del reloj y la cartera con las fotos de su familia. Le arrebataron el abrigo con tal violencia que estrellaron sus gafas contra el suelo y cuando el preso las quiso recuperar los milicianos le dijeron entre risas:

—Deja ahí los anteojos, en el infierno no se lee el catecismo.

—Ni tampoco te hace falta el abrigo, allí se está muy calentito.

Los presos que estaban subiendo al camión de transporte miraron asustados y don Pedro, echando mano de su portentoso ingenio, dijo a los milicianos:

—Podéis quitarme mi hacienda, mis tierras, mi riqueza. Podéis quitarme la vida como vais a hacer, pero hay algo que no me podéis quitar, y es el miedo que tengo.

Eso no les gustó a sus verdugos y para humillarle le cortaron su largo, orgulloso y célebre bigote. El siniestro capitán Gálvez, encargado de las «sacas» de presos de la cárcel de San Antón —casualmente llamado Pedro, y casualmente autor de una obra de teatro no representada por infumable—, ordenó con su voz agriamente alcoholizada que ataran juntos a don Pedro Muñoz Seca y al padre Guillermo Llop: prior de los hermanos de San Juan de Dios de Ciempozuelos.

Rafael Alberti perteneció a la Generación del Veintisiete: poeta luminoso con la palabra, pero poco calaba esa virtud en su persona. En la Guerra Civil se vestía con el mono azul de las milicias obreras sin manchas y recién planchado. Nunca acudió al frente, pertenecía al grupo de señoritos intelectuales cuya principal misión era divertirse en el Madrid rojo. Vicente Alberti escribió a su hermano para que hiciera algo por quien como ellos nació en el Puerto de Santa María, don Pedro Muñoz Seca espero el indulto junto a los 107 hermanos agustinos de El Escorial. El Presidente Azaña, exalumno de los agustinos, no hizo nada para evitar que 98 fueran fusilados. Rafael Alberti tampoco hizo nada para salvar a su paisano. La noticia que le dio a su hermano fue:

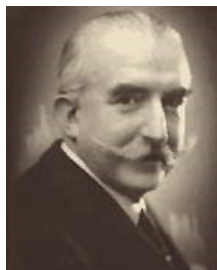
«No te preocupes más por él, lo fusilamos en noviembre»

Rafael Alberti pertenecía a la cómoda retaguardia del Madrid republicano. Su misión era supervisar los métodos de interrogatorio en las «checas» comunistas. «Lo fusilamos en noviembre» fue la respuesta del poeta estalinista ensalzado por sus camaradas como un mártir exiliado víctima de la represión franquista.

A Pedro Muñoz Seca le colocaron de pie con las manos atadas con un cable eléctrico frente a una batería de ametralladoras que eran manejadas por milicianos y brigadistas antifascistas. Había sido un fumador empedernido y hacía diez años que había dejado de fumar; no obstante, solicitó un cigarrillo y un miliciano piadoso encendió uno y se lo puso en la boca. Tras un par de caladas dejó caer el cigarrillo que rodó a sus pies y dijo:

«Cuando queráis, dentro de poco estaré en un lugar mucho mejor que este»

Después cayó a saco en la zanja abierta con la cabeza rota y el pecho acribillado. Sus huesos descansan en una de las inmensas fosas comunes dedicadas a los enemigos de clase de la Segunda República. La Ley de Memoria Histórica concede a los brigadistas extranjeros la nacionalidad española sin tener que renunciar a la suya propia, como premio a las heroicas acciones llevadas a cabo contra el fascismo: entre las heroicas acciones la Ley contempla los ametrallamientos en Paracuellos del Jarama de los presos de la cárcel madrileña de San Antón.



«Don Pedro Muñoz Seca»

Capítulo X, Madrid 1936 - 1939

Epílogo o quizá un «Políticamente Incorrecto Final»

La Ley de Memoria Histórica obliga a ocultarse a los vencedores, para evitar la ira de los vencidos que han convertido a España en un país acomplejado, sometido a pedir perdón a los que no tienen derecho a reclamarlo. Salió del bar-museo de Perico Chicote y miró a los lados de la Gran Vía sopesando la alternativa de bajar hacia Cibeles o subir a la Red de San Luís. La popular, elegante y exclusiva avenida bullía de actividad y la consulta a sus piernas fue suficiente para tomar la decisión. Bajaría. Sus pronto se acoplaron a los que habían adoptado su misma idea y bajaban en disciplinado orden hacia el encuentro de la Gran Vía con la calle de Alcalá, donde los rayos de luz se escondían entre los ornamentos decorativos de los edificios modernistas de inspiración francesa, construidos a principios de 1900 durante el reinado del Alfonso XIII.

Dejó atrás el emblemático edificio de la compañía de seguros La Unión y el Fénix, sin duda el más identificable de la Gran Vía desde su inauguración en 1910. Es su torre circular estilo bajo imperio, coronada por su elegante cúpula de pizarra negra con incrustaciones doradas estilo Pompier, destacaba el majestuoso símbolo patrimonio de la compañía, el Ave Fénix de bronce con la figura humana de Ganimedes que con tanto descaro saludaba a los madrileños con el brazo extendido haciendo el saludo fascista.

Desde la puerta de la iglesia barroca de San José miró hacia el edificio de Bellas Artes que le trajo el macabro recuerdo de las treinta horas que estuvo allí detenido en los sótanos de la más exclusiva y terrorífica «checa» comunista del Frente Popular, hacía un mes que había empezado la Guerra Civil. Él no participaba porque su carácter distaba mucho de ser belicista, además de estar exento por razones de edad.

Regresando a su casa a escasos metros de su domicilio un grupo de milicianos paramilitares, conjurados para llevar a cabo las acciones de represión directa del Frente Popular, le obligaron a punta de fusil a subir a un camión de fabricación rusa con menos diseño que la corbata de un indio donde había otros detenidos: un disidente republicano, tres revolucionarios contrarios a los estalinistas del «PCE», dos simpatizantes cercanos al Bando Nacional y un apolítico que se «cagaba en la Republica» cada vez que el camión cogía un bache. Los detenidos no simulaban su preocupación, sabían que serían juzgados por un tribunal popular y fusilados en la Dehesa de la Villa.

Los milicianos repartieron a los detenidos entre la «checa» del Ateneo Libertario de Ventas, de la Confederación Nacional del Trabajo «CNT» y la «checa» comunista de la Guindalera. A él le reservaron la más exclusiva. La Checa de Bellas Artes, creada por iniciativa de las instituciones del Estado republicano, actuaba como Comité Provincial de Investigación Pública. Entrar en ella para ser interrogado era darse por muerto.

En las «chechas» los comités estaban formados por tres miembros de cada partido del Frente Popular, treinta personas para seis tribunales que tomaban decisiones inapelables, sin procesos, ni garantías. Actuaban dos tribunales simultáneamente en turnos de ocho horas. Contra sus decisiones no había recursos, en media hora salían docenas de detenidos condenados a muerte camino de su destino final, «el paseo».

Durante las angustiosas horas que estuvo detenido en los sótanos de la «checa» de Bellas Artes escuchó los lamentos de los detenidos y de gente desesperada desposeída de sus bienes y propiedades por los «Tribunales del Pueblo» y condenados a muerte. El tesorero de la «checa» llevaba a diario al Director General de Seguridad parte de los saqueos, los tribunales obtenían sus retribuciones de resultado de las incautaciones.

Sabía que tenía pocas posibilidades de salir de allí con vida. Tendría un juicio sumarísimo en cuya sentencia escribirían la palabra «libertad» seguida de un punto, el «punto» representaba la sentencia de muerte. Tras el simulacro de juicio le invitarían a marcharse ofreciéndole transporte y escolta para llevarle a su casa y el viaje terminaría en la pradera de San Isidro donde sería fusilado. En su juicio «sumarísimo» el portavoz del tribunal con intencionada voz dijo: «¿Para qué han traído aquí a este hombre?»

Le dijeron que podía marcharse a casa sin darle ningún papel y esto, que a otro le hubiera tranquilizado, a él le corroboró su trágica situación. No le habían devuelto lo que llevaba en los bolsillos y no tuvo que esperar para comprobar que no estaba equivocado, en la puerta el grupo de milicianos que le había llevado allí tenían en las manos los papeles de la sentencia.

Pidiéndole cínicamente perdón por haberle detenido le invitaron a subir al camión para llevarle a su casa. Sabía que si lo hacía sería el final, pero no había ninguna otra alternativa, si huía le dispararían por la espalda. Resignado miró a la fachada barroca de la iglesia de San José y al nicho empotrado que había en la fachada con la imagen de Nuestra Señora del Carmen. «Hágase tu voluntad» —pensó conformado.

Estaba dispuesto a enfrentarse a su fatal destino cuando alguien tocó en su hombro saludándole de forma afectiva:

—¿Qué haces tú aquí Jesús? —preguntó alguien tras él con absoluto desconcierto.

Se volvió viendo como los milicianos se cuadraban ante un general del Ejército republicano que había bajado de un Rolls Royce blanco de 1932, incautado sin duda a una rica y poderosa familia por el Tribunal de la «checa» de Bellas Artes.

—Preparándome para el «paseo» —contestó el preso resignado.

—¡Tú! ¿Quién ha dado esa orden?

—Alguien que ha dicho «¿Qué hace este hombre aquí?»

El militar arrancó de las manos del miliciano los papeles y dijo:

—¿Quién cojones ha puesto aquí «libertad y punto»?

—Los de ahí dentro, parece ser que me han condenado a muerte por llevar sombrero.

—¿Esta es la justicia de los que dicen que luchan por la libertad? —bramó el «militar rojo» rojo de ira—. ¡Vamos! te acompañaré a casa, luego me encargaré de leerle la cartilla al cabrón responsable del «punto» —amenazó el general blandiendo la sentencia ante las narices de los milicianos que no sabían que decir ni qué hacer.

En el coche, con un teniente de escolta sentado junto al chofer, el general dijo poniendo la mano sobre la rodilla de quien por su intervención se había librado de la muerte.

—No les provoques Jesús...

—¿Yo? ¿A quién provoco?

—... Ese sombrero...

—¿Qué quieres que me ponga, ¿un pañuelo atado con cuatro nudos?

—Mira... la guerra... la guerra no durará mucho si Franco se pone al frente.

—No entiendo —don Jesús miró a su amigo extrañado.

—El generalito que no tiene media ostia es un incompetente.

—No es eso lo que la gente cree.

—No le conocen.

El general hizo una pausa para entregar al escolta la nota que había escrito con la dirección a la que debían dirigirse y continuó:

—»Al «franquito» le llegaron los ascensos por sus manipulaciones y mentiras, la mayoría de los méritos de su hoja de servicios son falsos o fueron inflados. Los jefes y oficiales a su mando temen que aparezca en el Frente porque toma decisiones que espantan por su frialdad, a veces sacrifica vidas con total indiferencia. El problema es que al generalito le faltan los conocimientos básicos de estrategia de un general con experiencia. Si los nazis alemanes dejan de apoyarle, y sus socios fascistas italianos se marchan de aquí cagando leches, la guerra será cuestión de días.

El militar hizo otra pausa para encender un cigarrillo y ofrecerle uno a don Jesús que lo rechazó, no estaban los ánimos para fumar.

—»La preparación teórica de «franquito» es muy deficiente, fue un tipo mediocre en la academia militar, de hecho no hizo los cursos para ascender a comandante y mucho menos para ser general.

—Entonces los ascensos...

—Los más significativos los consiguió contándole al rey batallas en las que no había participado. El ascenso a general lo consiguió durante la dictadura militar del general Primo de Rivera, que estuvo de acuerdo con el capricho del rey de tener en su ejército al general más joven de Europa... todo fue propaganda... pero poco le importó que el ascenso a general no fuera precisamente por sus méritos en combate. Si hubiera sido un militar orgulloso de su carrera no hubiera aceptado los favores del rey. Pero él no es así, cree que es un héroe... y lo que es peor... cree que es un elegido de Dios.

—Se ve a las claras quien es tu enemigo —dijo sonriendo don Jesús.

—Tampoco le valoro como enemigo. Su experiencia en el campo de batalla se limita a la guerra de guerrillas en las que colaboró en las campañas de África. La experiencia en ese tipo de campañas sirve para luchar contra las tribus rifeñas, no para enfrentarse en una guerra a un ejército entrenado y poderoso.

—¿Qué ocurrirá si queda probada su ineptitud?

—Que será demasiado tarde —concluyó el general.

—Estamos llegando a casa —observó don Jesús—. Será mejor que me baje aquí.

—De acuerdo, dile a Carmen que vendré uno de estos días a disculparme por el susto que hemos estado a punto de darle a tu familia.

Don Jesús bajó del coche y dijo al general:

—Me han quitado lo que llevaba encima, además de los documentos...

—Lo recuperaré, no te preocupes... y por favor... el traje y la corbata en el armario, y el sombrero colgado detrás de la puerta.

—¡Ya!

—No les provoques Jesús. No les provoques.

Después del consejo del general del Ejército rojo republicano dejó su forma habitual de vestir. Cambió su aparente aspecto de opresor burgués con un pantalón de pana, camisa sin cuello, chaleco en lugar de chaqueta y... la boina, siempre la boina, signo de identidad que reafirmaba el carácter proletario de los españoles. El sombrero quedó colgado en un perchero hasta el 1 de abril de 1939.

Quizá don Jesús G. Altares no fue tan grande como don Pedro Muñoz Seca: uno de los más importantes autores españoles y abuelo materno de Alfonso Ussía. Tampoco como el abuelo de Pablo Iglesias, que sufrió la represión franquista por haber tomado parte en las «sacas de presos» de 1936, de triste resultado para sus enemigos de clase.

No fue como el mártir fusilado en la Guerra Civil que sirvió de inspiración al quinto presidente de la democracia José Luís Rodríguez Zapatero. Pero para mí fue el más valiente ser humano a quien amé y admiré durante los años que viví junto a él porque, quien fue condenado a muerte por llevar puesto el sombrero... era mi abuelo.



Milicianos del Frente Popular disparando al Monumento del Sagrado Corazón de Jesús, según la sentencia del Tribunal Popular que sentencio a Dios a muerte por fusilamiento.

COMO SI YO LO SUPIERA

Ángel P. García Díaz (Romance)

Llorando dejé mi casa,
y a través de su vidriera,
a mis hijos preguntando
Cómo si yo lo supiera.

Y encerrado en una celda,
me preguntaba cualquiera,
¿A qué frente perteneces?
Cómo si yo lo supiera.

Anduve con pies descalzos
por un camino cualquiera;
me llevaron a fusilar,
sin un mal juicio siquiera,
y a la sombra mis verdugos,
riéndose de mi ceguera,
me dijeron: ¿Verás a Dios?
Cómo si yo lo supiera.

En una tumba secreta,
arrimada a una chopera,
quedó mi cuerpo sin vida
sin una cruz tan siquiera.
Y no he podido ver a Dios,
pues mi alma dejé en la riera,
y el agua, aún me pregunta,
Cómo si yo lo supiera.

A las víctimas y fusilados de ambos Frentes

INDICE	PÁGINA
Capítulo I, Madrid año 2015:	
Que trata de lo «Políticamente Incorrecto»	6-18
Capítulo II, Madrid año 2008:	
Que trata sobre los «Viejecitos Encantadores»	19-25
Capítulo III, Moscú año 1977:	
Que trata sobre un crimen «Políticamente Incorrecto»	26-38
Capítulo IV, Barcelona año 1936:	
Que trata sobre esos: «Héroes de Medalla»	39-51
Capítulo V, Barcelona año 1936:	
Que trata sobre «El atentado contra León Trotsky»	52-64
Capítulo VI, México año 1940:	
Que trata sobre el famoso «Madre ya lo hago yo»	65-76
Capítulo VII, México año 1950:	
Que trata sobre «La segunda vida de Ramón Mercader»	77-85
Capítulo VIII, Madrid año 2015:	
Que trata sobre Madrid 2015: «O volver donde Empezamos»	86-98
Capítulo IX, Madrid año 1936-1939:	
Que trata sobre «Los otros abuelos Fusilados»	99-103
Capítulo X, Madrid año 1936-1939:	
Epilogo o quizá un «Políticamente Incorrecto Final»	104-109



El acontecimiento más fascinante ocurrido en el siglo XX fue sin duda la Guerra Civil Española. La llegada al Estado de la Segunda República fue el principio de la puesta en marcha de las reformas cuyo primer paso era la transformación de la opresora sociedad burguesa en liberada sociedad proletaria. Educar a las masas, redistribuir la riqueza, separar la Iglesia del Estado fueron las medidas radicales que al fracasar provocaron la rebeldía y el anarquismo de los que creían que la única forma de establecer el orden en la sociedad libre y proletaria era a través del régimen inspirado en la Revolución Social totalitaria y marxista. Desde el punto de vista histórico el enfrentamiento fue la lucha ideológica entre los que forzaron el cambio de la sociedad radicalizando el Estado y los que defendieron los fundamentos tradicionales de la histórica sociedad burguesa.



Existe el viejo tópico de que los pobres son de izquierdas y los ricos de derechas. Nada más lejos. Es posible que ocurra en las ciudades más industrializadas por razones de la lucha de clases entre la burguesía empresarial y el proletariado obrero, no en el ámbito rural, históricamente tradicionalista, religioso y conservador. Por otro lado están los miembros de la burguesía urbana que viajan al extranjero, conocen otros horizontes, admiran el Estado laico, defienden el divorcio, el aborto libre y la libertad sexual. Progresistas de corazón joven que los años les han convertido en sentados y maduros burgueses conservadores.

POLÍTICAMENTE INCORRECTOS

Ángel P. García Díaz

